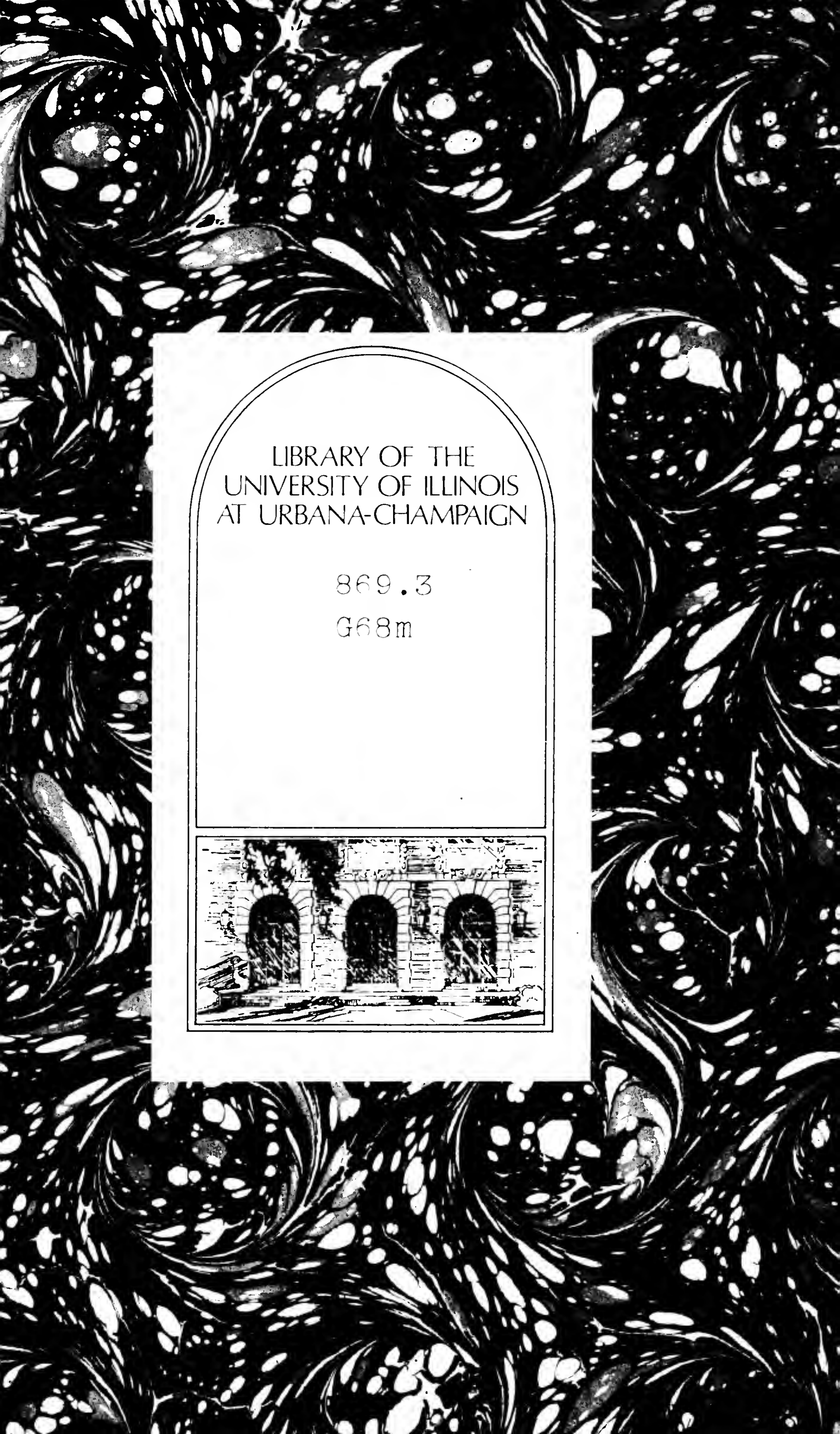
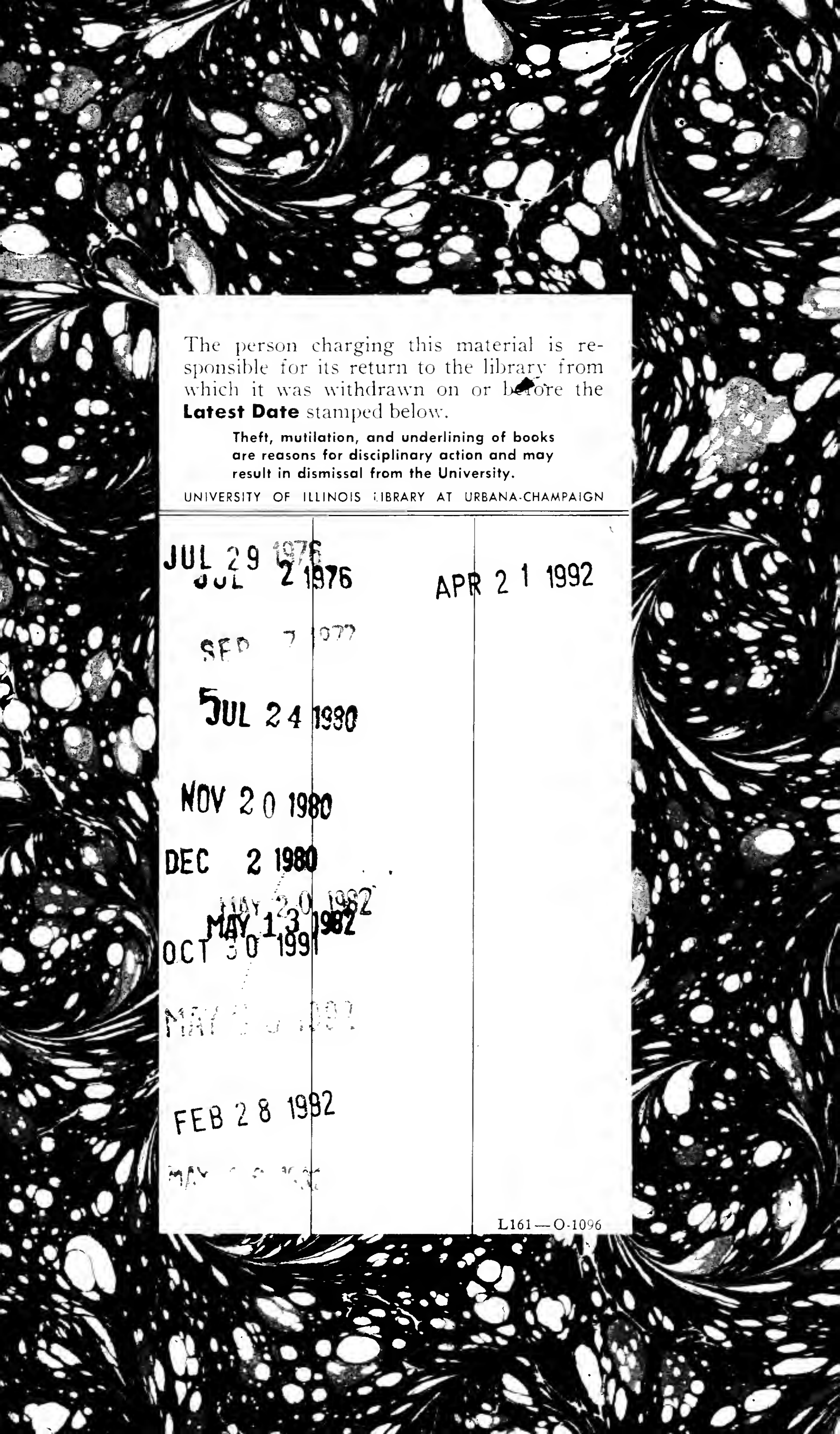




MISCELÁNEAS

POR

JUANA MANUELA GORRITI

COLECCION

DE

LEYENDAS, JUICIOS, PENSAMIENTOS, DISCURSOS,
IMPRESIONES DE VIAJE
Y DESCRIPCIONES AMERICANAS

PRECEDIDA

DE UNA BIOGRAFIA DE LA AUTORA

POR EL

DR. PASTOR S. OBLIGADO



BUENOS AIRES

Imprenta de M. BIEDMA, Belgrano número 135

1878

BIOGRAFIA

DE LA ROMANCISTA ARGENTINA

JUANA MANUELA GORRITI

No solo es fuerte el que la espada esgrime.
y sabe diestro fulminar las balas,
el que de fuego al pensamiento da álas
suele en la lucha descollar tambien.

R. Indarte.

I

No obstante que las comparaciones debieran en lo posible evitarse, paralelos hay, que al solo pronunciar dos nombres se establecen; y la autora de *Coincidencias* siguiendo lánguidamente los pasos del fúnebre acompañamiento de la Redactora de los «Anales de la Educacion» vino al regresar á la patria á despedirse en el linde de la vida, de la que no conoció antes, pero con quien, aun teniendo por medio cuan vasto es el continente americano, desde sus opuestos estremos, han sido ambas representantes de un mismo apostolado.

Algunos periódicos han mencionado la presencia de la señora Gorriti en el entierro de la señora Manso. Otro admirador de ambas notables escritoras, nos refiere la tocante y conmovedora escena de su entrevista. Apenas llegada á esta ciudad, la señora Gorriti, y sabedora de que la señora Manso hallábase postrada en el lecho del que ya no habia de levantarse, trasladóse á la casa de la que espiraba. y con profunda emocion se inclinó diciéndole: «permítame al pedirle su amistad besar la mano de mi maestra y mi colega, pues que, aun de muy lejos he seguido sus huellas, y estudiado en sus libros.»

Así, al borde de una tumba entre-abierta se saludaron y despidieron para siempre estas dos famosas literatas ame-

ricanas, que partiendo de tan distintos puntos vinieron á encontrarse, por un momento, en la hora de separarse por una eternidad.

Cual otro Zorrilla sobre el féretro de Larra, la romancista argentina que desde las risueñas márgenes del Rimac elevaba sus himnos de gloria que inmortalizaron á los héroes de la independencia; y la armoniosa cantora de Tiyuca que desde allí al Missisippi ha sembrado en las *Leyendas del Plata* la historia poética de nuestro suelo, se reconocieron al remontarse, esta última, á aquella region sin riberas de que no se vuelve.........................

Aunque la señora Gorriti no nació á la vida literaria en el momento que ese otro astro del cielo de la literatura argentina desaparece, bien ha podido despedirle como el bardo del Guadalquivir:

Duerme en paz en la tumba solitaria,
Donde no llegue á tu cegado oido
Mas que la triste y funeral plegaria,
Que otro poeta cantará por tí,

II

Sin atreverme á delinear el paralelo entre ambas escritoras argentinas igualmente ilustradas y perseverantes en la lucha trás una misma noble idea, estas dos interesantes figuras contemporáneas se destacarán un dia de relieve, con todas sus luces y sus sombras en la historia de nuestra naciente literatura, como dignas de personificar la mas enérjica representacion de la emancipacion de la mujer argentina.

¿Debe esta saber surcir y apuntar la ropa, como estaba destinada en el coloniage, bajo cuyo régimen á la mujer aquí como en el Perú, le era vedado el que sus conocimientos llegaran hasta saber leer en carta? ó puede ya confesarse no estar demás, que, á los adornos de la educacion general de una jóven, al conocimienio de las faenas del hogar, puedan agregarse el de algunos idiomas, de ciertas ciencias y artes, que la preparan mejor á la vida práctica de la época, el de todos los conocimientos útiles que en ninguna inteligencia son supérfluos? Tal es la

cuestion que ambas valientes escritoras abordaron con igual éxito, no sin antes haber cruzado un mismo calvario.

Pero no es este el único punto de contacto de tan fecundas y brillantes inteligencias, tan preparadas por el estudio para el torneo de las ideas que han dejado en pos de sí una estela luminosa de su paso.

Nacidas ambas en el año terrible de la revolucion, en los opuestos estremos de la República: la una desde la ribera del Juramento, la otra desde el Plata, ambas toman la pesada cruz á pocos pasos de la cuna; y con ella al hombro cruzan sin vacilar la escabrosa senda de la vida, mas empinada para ellas, mas resbaladiza, dando ejemplo de abnegacion, de heroismo, de virtud, mostrándose inquebrantables en el combate, y cayéndo y alzándose en la contienda, hasta elevar bien alto el lábaro de su fé.

Las dos á un tiempo dejan su patria muy jóvenes, porque sus familias son perseguidas por el tirano.

Una recorre Montevideo, el Brasil, la Habana, Nueva-York: aprendiendo, instruyéndose, recojiendo impresiones y conocimientos que mas tarde populariza con su pluma, y difunde con su palabra. Otra desde Salta pasa á Bolivia, visita al Perú, llega hasta California, y de aquellos labaderos trae el oro limpiado de sus pensamientos, que, mina inagotable en su talento, y la fecunda pluma que Dios puso en sus manos, derrama por donde pasa ya un romance histórico, ora un cuento moral, siempre una leccion para todos.

Las dos son perseguidas por unitárias, liberales en sus ideas, desgraciadas en su destino, atadas al yunque del trabajo desde el primer dia, sin otra herencia que la de su inteligencia, sin otra esperanza que la de su labor, el porvenir cerrado á cada paso, la energía de una alma bien templada impeliéndolas siempre adelante: el abatimiento jamás. Ambas se quejan del compañero que les dió la suerte. Pero apesar de haber sido clavada la espina mas aguda en el corazon por las mismas manos destinadas á llenar de flores el camino, ellas han sabido formar dignas hijas, que á su vez son ya, madres de familia y dignos ejemplos del hogar.

III

Y para terminar, perfilando apenas semejante paralelo, de dos séres que desde la cuna traen un nombre, hasta los argumentos, el desenvolvimiento y aun los personages de sus romances son semejantes; llegando la coincídencia en algunos casos hasta haber ido á buscar las costumbres ó tipos á esbosar, en la misma fuente y lugares.—Así, en «Un año en California» de la señora Gorriti, se reproducen las escenas que en «De Buenos Aires á Nueva-York» de la señora Manso, pintando las costumbre yankes. *Esmeralda*, es un drama puesto en escena por esta fecunda dramaturga parafraseado de la obra inmortal del gran poeta, y «Una página de Victor Hugo», refleja los mismos tipos, y la misma protagonista.

Hasta en los títulos, los temas y argumentos mas de una vez se copian al acaso.

«Un drama en quince minutos» describe sobre el Mediterráneo el golpe audaz de un corsario griego, y la señora Manso que ha enseñado ya todo aquel mundo antíguo en su libro «Estudios sobre la Grecia» describe en *cinco minutos*, novelita chispeante de gracia y frescura, de chiste y crítica, todos los accidentes y contratiempos que le acontecen á su héroe, por haber retardádose cinco minutos de la diligencia que partia para Petrópolis.

En «Pájinas de la juventud»-«Guerras del Plata« puede empezarse á leer la biografia de alguno de aquellos héroes de la cruzada libertadora que la señora Manso vió partir desde Montevidèo con el general Lavalle, ávidos de triunfos por derrocar la tirania, y entre los que mas de uno llevaron al combate la cinta azul y blanca con que, al entusiasmarlos y aplaudir su decision, adornara ella su lanza con sus propias manos; y continuarla en «La novia del muerto» ú otras de las muchas leyendas de esos heróicos derrotados, que la señora Gorriti acogiera con piedad sin ejemplo. para cerrar sus heridas en su refugio de Bolivia.

Así estas dos sublimes imájenes del patriotismo en los estremos de un tan largo y escabroso camino, no obstante la diversidad de opiniones en ciertas cuestiones, y el distinto fondo filosófico de sus obras, hánse ayudado y com-



plementado sin conocerse, en la obra de abnegacion y de propaganda á que fueron inclinadas.

Periodistas, viajeras, educacionistas; las dos han cumplido su mision dignamente, y si la una vive aun para la gloria de la literatura argentina, no desdeñará que en las páginas de su biografia se honre la memoria de esta otra celebridad que descendió, pues que, aunque solo llegó á conocerla en la muerte ella vino á ser por el tributo pagado en sus honras, la amiga de la última hora.

....

....

IV

Pero es solo de la señora Gorriti que debemos en las siguientes pájinas ocuparnos; mas que de la reseña de sus obras, conocidas ya ventajosamente antes de su arribo, en una reminiscencia de la melancólica historia de sus dias, con que deseamos saludar á la inminente literata argentina al pisar su playa natal que por tan largos años perdió de vista.

¿Hasta dónde figuran en sus romances los borrascosos dias de la existencia de esta célebre escritora, como hasta qué punto su vida hállase entremezclada de la novela en que ella fué su principal protagonista, podráse apenas percibirse, como distínguese apenas la línea imperceptible casi, del doble azul en que, coufundiéndose el del mar y del cielo se desvanecen en un solo horizonte.

En verdad que la dramática existencia de la señora Gorriti ha sido un romance continuado, de aventuras é impresiones á cuales mas tocantes y conmovedoras.

Abriendo los ojos á la luz del vivac del campamento, en los momentos en que la Nacion independiente desprendíase de la metrópoli, balas españolas cruzaron sobre su cuna, en los dias de gloria que los renombrados guerrilleros del célebre caudillo Güemes arrojaban allende los confines de la República los últimos restos de sus dominadores; y medio siglo despues, á la caida de la tarde de la vida, cuando ya el ángel que abriera sus álas al calor de los fogones del campamento, plegábalas, reconcentrándose en el seno del hogar, donde otras hijas de su seno

habian dado la vida á entusiastas defensores de la democracia, todavía, sobre las baterias del Callao, frente á la misma bandera de la antígua metrópoli, balas españolas otra vez, amenazaron su vida; mientras ella, como el Samaritano del Evangelio, derramaba el óleo y el vino sobre las heridas de los valientes peruanos, que caian en defensa de su independencia amenazada.

De antígua familia patriota, nacida en la frontera de Salta, fué hija, esposa, y madre, de preclaros soldados que abrillantaron con el lampo de su espada el suelo en que nacieron. Los mas ilustres vástagos de aquella provincia, entre otros, los de Güemes, Zuviría y Puch, tejen entre estambres dorados la cuna de flores en que se meció Juana Manuela; y cuando las tempestades políticas dispersan por los cuatro vientos del desierto, lejos de sus fronteras, los restos de la familia argentina, esta peregrina, fujitiva, sin fijo hogar sobre la tierra, suspende un momento su improvisado techo bajo el ramaje del mas elevado árbol de la vecina tierra extranjera, acaso por darse el consuelo, al menos, de divisar desde su alta cima la patria ausente. Allí tambien, las mas nobles ramas de la familia boliviana como las de Bélzu, Córdova, Dorado, le rodean y enlazan: un Jeneral solicita su mano, y luego, otro la de su hija, siendo sucesivamente esposa de un Presidente de la República de Bolivia, y madre política de otro.

Mas, no era el humo vano del poder lo que á ella halagaba, ni la deslumbró nunca el brillo fátuo que embriaga al hijo mimado de la victoria, cuando en una hora de buena fortuna por un arranque audaz salta desde una trinchera al sólio del poder; y ella que fué la compañera abnegada en las horas de la desgracia del general Bélzu, apartóse á lo mas retirado, del paso de sus legiones vencedoras en sus dias de gloria.

Pero no anticipemos los sucesos........

V

La señora doña Juana Manuela Gorriti nació en Orcones, antigua Estancia cerca de la frontera de Salta, como dejamos referido, el 15 de Junio de 1818, y no el año diez y nueve, como equivocadamente afirma su biografo el Sr. Ministro de Venezuela Dr. Torres Caicedo; siendo sus

padres, el Jeneral Doctor José Ignacio Gorriti, tan inteligente soldado sobre el campo de la accion, como ardiente orador en el seno de las Asambleas, hermano del no menos célebre tribuno elocuente canónigo Gorriti, cuya palabra fácil y persuasiva dilatábase como un éco limpido de plata en el memorable Congreso del año veintiseis, como en el que diez años antes sancionó la solemne declaracion de la independencia en cuya acta se lee el nombre ya célebre de José Ignacio Gorriti; y doña Feliciana Zuviria, hermana del erudito abogado de ese nombre, prominente figura tambien desde aquella época.

Entregado por completo desde la aurora de la Independencia á las mas premiosas de las atenciones de la patria, muy principalmente desde 1810, como guerrero en los ejércitos en campaña, como Diputado en el glorioso Congreso de Tucuman, ora como Gobernrdor de la provincia de Salta, el Jeneral Gorriti abandonó todas sus comodidades y bien estar, sacrificando en aras de la patria sus intereses y cuanto tenia mas caro, dejando su familia al cuidado de su inteligente esposa: quien, para mejor consagrarse á ella, alejándose de la ciudad, como prudente paloma temerosa de la tempestad que se anunciaba en lejanos horizontes, replegó su nido en la frontera, preservando al calor del ala maternal sus tiernos hijos; viviendo alternativamente en Orcones ó Miraflores, hermosa Estancia que se destaca á gran distancia sobre las rientes márgenes del Salado.

Pero oigamos como describe ella misma la mansion donde se deslizaron sus primeros dias.

«¡Orcones! hogar paterno, monton informe de ruinas habitado solo por los chacales y las culebras, qué ha quedado de tu antiguo esplendor? Tus muros yacen desmoronados, los pilares de tus galerias se han hundido, cual si hubieran sido edificados sobre un abismo. Apénas si, las raices sinuosas de una higuera, y el bronceado tronco de un naranjo, señalan el sitio de tus vergeles. A la ruidosa turbulencia de tus fiestas ha sucedido el silencio y la soledad. Tus avenidas están desiertas, y la yerba del olvido crece sobre tus umbrales abandonados. Un dia la fatalidad penetró en tu alegre recinto, arrebató á tus huéspedes desprevenidos, y los esparció en los cuatro vientos del mundo ¿Qué fué de ellos? Unos cayeron agoviados de cansancio: los otros marchan aún en las penosas sendas de la vida. Si un dia los llamáras, algunos responderian con un gemido: por los mas hablaria solo el silencio de la tumba. Es fama que sus almas, bajo el blanco

sudario de los fantasmas, vagan en la noche, renovando entre tus escombros el simulácro de su existencia!

¡Ah! yo tambien, sombra viviente entre esas vanas sombras; yo tambien voy allí con el recuerdo á reconstruir mi vida despedazada por tantos dolores, y extraer del delicioso oásis de la infancia, algunos rayos de luz, algunas flores para alumbrar y perfumar mi camino. ¡Ah! cuantas veces, huyendo del desolado presente, he tenido necesidad de refujiarme como á mi único asilo, en las sombras del pasado, y evocar las nobles acciones de los muertos para olvidar las infámias de los vivos; asirme á la memoria de las virtudes de aquellos, para perdonar á la Providencia los crímenes de estos; colocar en la misma balanza la deslealtad, la perfidia, la cobardía y la impiedad con que los unos han encandalizado y entristecido mi juventud, y la lealtad, la fé, el heroismo y la piedad con que los otros unjieron mi infancia, para poder decir, ¡Dios es justo!.... Mas, ahora como entonces, apartemos nuestra mirada de los malos, esa bilis necesaria quizá, en la eterna sabiduria al equilibrio de la humanidad moral; y adorando aún en ellos, los designios de Dios, que ha enviado esa sombra para realzar mas su divina luz, volvámonos, hácia esta: hácia los buenos, y sigamos la huella de admiracion y de amor que deja en pos de sí, esa auréola preludio de la eterna beatitud.»

VI

Todo cuanto se relaciona con la popular escritora argentina es, célebre desde su orígen, ó ha tomado una mayor celebridad por las huellas de sus pasos que han quedado allí marcados, ó por las tintas de su pincel de un admirable colorido, por cuya májica paleta de paisajista diséñanse sobre el fondo gris azul de los Andes las auroras de Orcones, ó las puestas de sol en Miraflores.

El mismo rio que baña esta poblacion naciendo en el corazon de los Andes al pié del Acay, descendiendo al Paraná, cerca de Santa Fé, despues, de haber recorrido cerca de mil millas es célebre, por mas de un episodio de nuestra historia nacional.

Formado por las infiltraciones de las cimas siempre nevadas del Cachi recoje al descender en el valle los neva-

dos de Calchaquí, y cambiando bruscamente de direccion penetra en las quebradas de Guachipas, cuyo nombre toma; cruzando despues sobre el camino de Tucuman á Salta cambia aquí por tercera vez su nombre, en Rio Pasaje, porque conmemora el pasaje del ejército patriota; como mas arriba, llámase igualmente Rio Juramento, por que en sus riberas se juró la bandera azul y blanca la víspera, de ser sahumada por el humo de la victoria, (20 Febrero de 1823) tres veces mandada replegar, y tres veces enarbolada por el brazo vencedor de Belgrano.

Despues de cruzar el valle de Salta incorporándosele caudalosos arroyos, entre otros el hilo de agua de Orcones, riega las ruinas de la extinguida ciudad de Esteco y las antiguas reducciones de Miraflores y Ortega, de donde se relaciona el nombre del Salado.

En aquellas celestes albas de Miraflores, entre las sonrisas de una madre adorada y las perfumadas flores de los campos deslizóse la encantadora infancia de Juana Manuela, errando sobre la vega solitaria en la libre vida del desierto, dividiendo las ledas horas de esos dias sin nubes para su alma, entre los primeros estudios y agrestes juegos: ya bebiendo los vientos perfumados de la pampa sobre el lomo de su brioso alazan al traves de las dilatadas y verdes llanuras de Miraflores, ora deteniéndose en medio de sus escursiones, y recostada sobre las piedras de alguna ruina, abriendo el libro á que desde muy niña fué afecta, aspirando bien temprano con avidez las delicias derramadas en las páginas embelesadoras que se confiaban bajo sus tiernas miradas.

A la edad de ocho años fué enviada á un Colejio en la ciudad de Salta, dirijido por monjas Salesas, quienes la acojieron con ternura; pero aquella hija de los campos no pudo vivir encerrada en los muros que se interponían entre ella y los inmensos horizontes que acostumbraba contemplar desde su infancia.

Bien pronto enfermó de melancolia y forzoso fué devolverla á sus amados prados donde vivió, vida feliz de amores y de sonrisas, bajo el dulce calor del regazo maternal; tal vez únicos dias azules de ventura, hasta que la tempestad destructora de la guerra civil, llegó como el *simoun* del desierto, llevando la ruina y la desolacion al seno de aquella felicidad.

VII

Derrotado el ejército nacional en Tucuman por las huéstes de Quiroga, persiguieron estas á sangre y fuego á los vencidos, saqueando casas, y ultrajando á las familias, el General Gorriti proscrito y despojado de sus bienes, refugióse en Bolivia.

De dos mil emigrados que el trece de Noviembre de 1831 transponian la frontera de la patria, tal vez ninguno llevaba en el corazon tanto duelo como una interesante jovencita que aún no contaba tres lustros. Vueltas continuamente hácia atras sus miradas, alejábase llorando inconsolablemente en su partida.

¿Por qué tan honda pena en esa riente edad de imprevision, en que el alma aláda todavia, no ha echado aún, puede decirse, raices sobre la tierra? ¿Era que entre todos esos desterrados ninguno amaba el suelo natal como ella? ó seria que en aquella existencia predestinada al infortunio alzábanse ya las negras visiones del porvenir?

Pero antes de traspasar las fronteras escuchemos como se despide del suelo en que nació, cuan poeticamente describe la cuna de Monteagudo y Avellaneda.

« En la deliciosa region que se estiende desde el confin boliviano hasta la línea patagónica, al centro de una comarca donde se hallan reunidas todas las bellezas de la creacion, sobre una llanura surcada de cristalinas fuentes y perdida como el nido de una ave entre rosas y jazmines, álzase una ciudad de aspecto oriental. Sus blancas cúpulas se dibujan con primor sobre el verde oscuro de los bosques de naranjos que la circundan. cautivando las miradas del viajero que la contempla á lo lejos. Sus caminos son avenidas de flores; su aire es tibio y fragante; sus dias irradiacion de oro y azul; sus noches serenas, estrelladas, pobladas de músicas y amorosos cantares. Quien una vez la haya habitado no la olvida jamás; y si un dia volviera á ella, aunque Dios hubiera quitado la luz á sus ojos, al aspirar su perfumada atmósfera exclamaria:

¡Tucuman! »

En otra parte á la la llegada de fugitivos de Lavalle agrega:

« La primavera tendia sus verdes guirnaldas sobre la ciudad convertida en campamento.

El acre perfume de los retoños circulaba en la brisa; los cantos de la calandria y del ruiseñor se mezclaban á la voz de los clarines, y el estrépito fragoroso de la armas no era bastadte á los armoniosos susurros de aquella hermosa naturaleza.

La primavera de Tucuman!—es decir, torrentes de luz, de perfumes; cielo azul ornado de nacarados celajes; vergeles poblados de flores; mugeres bellísimas, cuyos ojos resplandecen como fulgorasas estrellas, todo en fin, lo que puede convidar al deleite y al olvido. Así, los guerreros del ejército unitario en ese alto de un dia, entregando su alma á todas las ilusiones de una eternidad de amor. »

La triste peregrina, en pos del padre proscrito, atravesó los elevados Andes, contemplando de un lado la patria que dejaba, divisando del otro la tierra extrangera que iba á buscar, y en lontananza, entre las sombras del ostracismo, las primera ilusiones de la juventud, que la llamaban sonriendo.

Los procritos hicieron su primer alto en Tarija, ciudad pintoresca, como nivio nido de alondras escondido en lo mas profundo de los valles andinos.

VIII

Entre los oficiales de un batallon que la guarnecia, encontrábase un jóven Capitan, que, víctima de un ódio misterioso del General Santa Cruz, entonces Presidente de Bolivia, habia sido arrancado de su brillante posicion en el Batallon 9 de línea, y relegado allí como supernumerario; humillacion que él llevaba con la frente erguida, cual si divisara ya los altos destinos que la fortuna le reservaba.

Los dos jóvenes desterrados se amaron, y poco despues uniólos el matrimonio.

....

¿Hasta donde sea permitido al biógrafo levantar el velo de la vida, doméstica, penetrar el misterio de una pasion, ó esponer al público las disenciones ó contraríedades en que el alma mas bien templada suele no dejar de

caer? cuestion es esta, que, no nos es dable resolver aquí; y por mas que háse repetido que el génio no reconoce patria, edad, ni sexo, y que hasta los mas vulgares detalles de un personage ó escritor público son debidos al público, cayendo bajo el dominio del biógrafo todo lo que, del pró ó en contra de sus accidentes puede deducirse una leccion útil, no lo juzgamos así, y respetando el principio americano, «la vida privada debe ser amurallada,» no traspasaremos los umbrales del hogar, para ir arrancar de entre los repliegues del cortinaje de una alcoba de mujer el secreto de esta dramática existencia, recordando al pasar, únicamente, los detalles mas precisos que han de venir á asentuar los rasgos mas enérgicos de tan perseverante escritora.

Aun no habia trascurrido largo tiempo, cuando ya, tristes y sofocados rumores empezaban á oirse entre los círculos de la sociedad boliviana sobre las desventuras de esta interesante jóven esposa, pero la serenidad de su frente, y la sonrisa de sus lábios parecian desmentirlos.

....

Así trascurrieron algunos años y con ellos la mala fortuna del antiguo Capitan, que era ya un brillante Jeneral y dirijia los destinos de una nacion.

El dia que la prosperidad vino á visitar á su esposo, Juana Manuela Gorriti se apartó de él y fué á pedir la subsistencia al trabajo.

¿Por qué ella, la compañera de su desgracia no lo era tambien en su felicidad?

Paz al sepulcro!..

....

....

IX

La Sra. Da. Juana Manuela Gorriti llegó á Lima en la orfandad y la pobreza; pero habituada desde muy temprano al infortunio, léjos de desanlentarse, dióse con valor al trabajo, consagrándose á la enseñanza.

El tiempo que sus ocupaciones profesorales le dejaban libre, empleábalo escribiendo novelas, biografias, y fantasias que los periódicos de Lima publicaban y reproducian

los de Chile, Colombia, Ecuador, Paris y Madrid.........
....

Y veinte años pasaron sobre esa existencia de labor y meditacion, sin llevar á ella mudanza alguna.

No así en la de su esposo, quien despues de haber brillado en el gran escenario del poder supremo, con actos de energía y audacia, ahogando la anarquía, enalteciendo á los humildes con el piadoso amor de un padre, humillando á los poderosos con la arbitrariedad de un déspota, sofocando revoluciones pacificando el país, enriciendo su erario, habia efectuado por primera vez en Bolivia la transmision legal del poder, y alejándose de su patria, habia viajado largo tiempo en Europa, Asia, y Africa, derramando por todas partes sobre los desgraciados, socorros y consuelos. De regreso á la América volvió de nuevo al Perú.

Cierto dia la ya célebre romancista, profesora y periodista, á la vez, se dirijia á sus clases, llevando en una mano un rimero de libros, y en la otra un rollo de originales, para el folletin de un periódico. Al volver el ángulo de una calle, encontróse cara á cara con un hombre, y las miradas de ambos se cruzaron: Ella leyó en la tristeza de una: ¡ he ahí mi compañera en la degracia! El leyó en la sombria severidad de la otra:

« He ahí el hombre, que, noble magnánimo y generoso con todos, ha sido el único ser innoble conmigo ....

Y marcó en la mente ese dia notable para ambos, Era el 27 de Marzo. ¡ Como volvieron á encontrarse un año mas tarde ese mismo dia!

Poco despues de aquel encuentro, la señora Gorriti que habia jurado no volver mas á Bolivia, funesto país para ella, regresó á él, atraida,por el amor de sus hijas establecidas allí.

X

Habituada al trabajo, léjos de aceptar la blanda vida que éstas le ofrecian al lado suyo en la Paz, fundó un Colegio, y como en Lima, consagrose á la enseñanza.

Agitábase entonces en Bolivia la cuestion electoral. El Jeneral Bélzu, puesto que ya es preciso nombrar al héroe

de esta anónima hasta aquí, pero verídica leyenda, aclamado de nuevo en todos los ámbitos de la República, no podia sin embargo, entrar en su patria, porque el gobierno del Perú, en acuerdo con el general Acha, lo habia confinado en Islay.

Aprovechando de esta detencion, y del general descontento, Melgarejo, un favorito de Acha, sublevó al ejército, derrocó al gobierno, y se invistió del mando supremo.

Vino luego á la Paz atrájose las simpatias de las hijas del Jeneral Bélzu, y de su partido, y se posecionó del poder. Pero muy luego, Bélzu, libre del confinamiento que lo detuviera en el Perú atravesó la frontera, y acompañado de las aclamaciones de todas las poblaciones del tránsito entró á la Paz, en medio de las inmensas y entusiastas multitudes que alzaban en hombros el caballo que montaba.

En tanto que su esposo triunfante era conducido á Palacio en tan gloriosa manifestacion, Juana Manuela Gorriti sentada en el humilde banco de profesora, rodeada de sus discipulas, daba clase en su colegio.

El rebelde caudillo que hallábase á la sazon en Oruro, regresó para alcanzar á Bélzu. Pero cuando el ejército se encontró en presencia de su antiguo gefe rindióse á él como un solo hombre.

XI

En un país que vive en pérpetua revolucion como Bolivia, su palacio gubernativo ha sido por repetidas veces teatro de mas de una tragédia.

En aquella misma sala presidencial donde fuera conducido en triunfo el aclamado caudillo, despues de tan incruenta como inesperada victoria, fué donde los indios de Copacabana presentaron en un cesto al Jeneral Bélzu la cabeza del doctor Guerra, unos de los mas eminentes bolivianos, á quien habian sorprendido y asesinado cruelmente en su fuga al Perú. En el mismo sitio de semejante escena el famoso Melgarejo, con una audacia sin ejemplo, se presentaba al mismo Bélzu, creyendo este venia á rendirle sus homenajes, despues de haberlo vencido en las calles de la ciudad, se adelantó á recibirlo, y,

un balazo asestado en la frente de Jeneral victorioso, cambió en un instante la suerte de aquel infortunado país.

Consumado el asesinato en presencia de varios especdores que quedaron atónitos, Melgarejo asoma á uno de los balcones, y desde allí dá la nueva al ejército.— Soldados! —les increpa, —Bélzu ha muerto ¿quién vive ahora?

—Melgarejo—contestaron todos con un viva unísono.

La derrota conviertese entónces en una expléndida victoria, y Melgarejo afianza su dominacion por seis años......

Pero, cuando la señora Gorriti fué sorprendida en medio de sus tareas escolares con la infausta noticia, desde que supo que su esposo habia caido víctima de un asesinato no vió ya en él sino aquel proscrito que ella amó en otro tiempo; y tornando á ser la esposa amante y abnegada corrió al sitio de la catástrofe, y atravesando por entre las balas que se cruzaban en aquella aciaga hora, levantó el ensagrentado cadáver en sus brazos, auxiliada y seguidas de multitudes populares, llevólo á su casa, improvisándole allí una capilla ardiente, veló su cuerpo, ayudó con sus própias manos á embalsamarlo, y lo condujo al cementerio.

XII

Nada quedaba ya que hacer sino vengarlo, prosiguiendo la obra que él habia comenzado.

Poco dias despues, en union con los partidarios de Bélzu levantaba el estandarte de la restauracion constitucional, y muy luego dos cuerpos de ejército afiliábanse á la improvisada y entusiasta contra-revolucion.

Por desgracia, aquellas tropas eran mandadas por hombres incapaces, y su inercia hizo fracasar los resultados esperados.

Tal fué el último capítulo de la vida borrascosa del Jeneral Bélzu, escrito por la misma mano cariñosa de la que fué su leal compañera en la desgracia, y por lo que deciamos, que, en la vida de esta célebre escritora leíanse con emocion mas de una de las melancólicas páginas de la biografia de su padre el Jeneral Gorriti como de su esposo el inolvidable Jeneral Bélzu.

La señora Gorriti regresó á Lima donde siguió consagrándose de nuevo á la literatura, y á la enseñanza,

El dia 2 de Mayo asistió al combate del Callao, acompañando á las hermanas de la Caridad, volviendo á encontrarse frente á balas enemigas, que en esta ocasion eran bombas y metrallas, las que, como en otro tiempo respetaron su vida destinada á todos los infortunios. Lleva por esto sobre su pecho la Cruz acordada á los que asistieron á aquella memorable jornada.

No era ella que buscaba la muerte, reservada á otros dolores.... Sus desventuras escitaron el interés mas afectuoso, la conmiseracion mas tierna, y los poetas hicieron de su dolor una apoteosis.

He ahí en compendio esa existencia, cuyas flores se convirtieron tan temprano y para siempre en abrojos y espinas.

Despues de aquellos dias de prueba y de amargura, la laboriosa escritora ha continuado dividiendo su atencion en la de un colegio de educadas que dirije con brillante éxito y en la de un periódico literario, y varias correspondencias y colaboraciones.

XIII

A principios de 1874 empezó á publicar en Lima « El Album, » periódico literario, en colaboracion con otra inteligente peruana Carolina F. de Jaimes, y á fines del mismo año fundó « La Alborada » en colaboracion con el célebre poeta Numa Pompilio Llona. Publicó con algun intérvalo bajo el título de «Panoramas de la vida» y en dos volúmenes la segunda série de sus obras, donde algunos romances nacionales, en los que se relieva el trágico fin de la señora Felicitas de Alzaga, señora O'Gorman, y otras, no son los menos notables,

Entre la primera produccion de la señora Gorriti escrita á la edad de diez ocho años, «La quena,» y la última «El chifle indio,» median:

« El guante negro, » « La hija del mazorquero » « El lucero del manantial, » « El ángel caido, » « Si haces mal no esperes bien, » « La novia del muerto, » « Gubi Ama-

ya,» «Un drama en el Adriático,» «Güemes,» «El naranjo y el cedro» «Perfiles divinos,» «La fiebre amarilla,» «El pozo de Yocci,» «Un año en california,» «Un viaje aciago,» «Impresiones del 2 de Mayo,» «Gethsemani,» «Un drama en 15 minutos,» «El postrer mandato,» «Coincídencias,» «Una querella,» «Juez y verdugo,» «Vidal,» «Biográfia de Bélzu,» «Los mellizos del Illimani,« «Coleccion de romances,» «Leyenda bajo el Sauce,» «Una redondilla» «El ramillete de la velada,» «Una hora de coqueteria,» «La alcoba de una escéntrica,» «El tesoro de los Incas,» «Quién escucha su mal oye,« «Una noche de agonía,» «El lecho nupcial,» «Tres noches de una historia,» «Fragmentos del album de una peregrina,» «Una ojeada á la patria,» «La prediccion,» «Historia de un salteador,» y un sin número de leyendas, artículos, biografias y breves cuentos morales de corto aliento, pero que en todos ellos encuéntrase siempre algo que admirar.

¡Qué ingenio en la inventiva, qué gracia en el decir, qué jiros tan sorprendentes al crear una escena; para preparar una situacion, para sostener su interés, en la gradacion de impresiones que encaminan fácilmente á un desenlace natural.

Por mas que su brillante y festiva pluma sobresalga en la descripcion, los diálogos son amenos, salpicados de chispeantes epígramas. y los razgos prominentes con que presenta un personaje y asentúa en dos pinceladas su carácter, su espresion viva, su aire local, descuella en la fácil locucion de su frase suelta, con arranques verdaderamente poéticos en muchas partes. Luego al través de la forma graciosa y sencilla que como un velo de silvestres flores, cubre y reviste sus ideas, brotan pensamientos profundos; sobre un fondo de filosofía sensata y de la mas alta moralidad.

XIV.

No hemos ofrecido un nuevo juicio crítico de las numerosas obras de la señora Gorriti, pues entre uno y otro alegato de abogado, no contamos ni con el tiempo necesario para releer de nuevo sus voluminosas páginas.

Bien que sean las de tan ilustrada escritora de aquellas obras, que, mas se juzgan con el corazon, que con la fria observacion del crítico, escritores tan aventajados como el señor Torres-Caicedo, Quesada, Mitre, como la prensa toda del Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Repúblicas del Plata y alguna de Europa se ha pronunciado ya en términos muy favorables, que hacen alto honor á la autora.

—«La señora doña Juana Manuela Gorriti, brillante escritora argentina, digna como tal bajo algunos aspectos de colocarse al lado de Jorge Sand»—dice el Jeneral Mitre en su biografia de Güemes. A lo que agrega el conocido literato venezolano señor Torrez-Caicedo—Si Sthal hubiera visto á la señora Gorriti. y hubiera leido sus obras, habria exclamado:

«Hé ahí una de las mujeres de que hablo!

«Belleza de cuerpo, nobleza de sentimientos, elevacion de ideas, bondad de corazon, prendas del alma, gracia en el decir, y talento para contar; eso, mas que eso, las decepciones y las lágrimas forman la aureola que brilla sobre la inspirada frente de esta literata americana».

Y en otras pájinas otro literato argentino escribe:

—«El interés que inspiran sus novelas por el colorido local, la elegante fluidez de su lenguaje y la moralidad de sus argumentos, las hacen una verdadera joya de la literatura americana. Su autora es una gloria nacional, y todo homenaje que se le tribute es merecido.»

—«Ella es una argentina de génio, tan inteligente como desgraciada, y que desde los paises mas risueños tiene fijo su pensamiento, como en el ideal de lo mas perfecto social, en esta ciudad de Buenos Aires, en donde ella deseara pasar la vida—decia «La Tribuna» del 9 de Junio de 1865, al publicarse las obras de la señora Gorriti.

—«Los grandes talentos de todas las edades solo han adquirido el génio á costa de sus dolores, dice Madama D'Abrantés, y es sin duda por esto que, cuando el viento de la desgracia asoló el hogar, y el dolor marchitó las mejillas de esta mujer, surgió la inspiracion, y es en el seno del pesar profundo y del amargo llanto, que esas novelas han sido concebidas! Novelas todas que se distinguen por sus tendencias morales, de manera que pueden sin peligro ser leidas por las familias que sea mas dadas á la práctica de la virtud».«Este carácter de moralidad,—agrega el doctor Quesada,—las hace una joya digna de estimacion, y bueno es que se conozcan como contra veneno á la lectura corruptora de ciertos novelistas franceses, cuyos escritos preparados, por lo que aparecen, para loretas y

grisetas, es pernicioso se introduzca en el hogar de las familias, derramando verdadero veneno en el inocente é incauto corazon de las vírgenes».

Y el mismo biógrafo, en otras pájinas continúa:

........«Apesar de la ausencia no olvidais la patria. Vuestros libros están llenos de recuerdos de la tierra natal; recuerdos embellecidos por el santo amor del peregrino, engalanados por vuestra poesía, vivificados por vuestros sentimientos.

«El guante negro»—«Los recuerdos de la infancia»—«El lucero del manantial», son preciosas producciones que encierran suavísimos perfumes y vagas armonias, que revelan que sufrís el mal del país, la nostálgia, ese dolor misterioso de los que viven lejos de la patria y de sus lares.

«Es imposible leer vuestros libros sin sentirse engreido al reconoceros argentina; porque las escenas son argentinas, y argentinos los héroes de vuestras novelas.

«En vuestros libros se encuentra naturalídad en el argumento, verdad sostenida en los caracteres, fuego y colorido en los cuadros, moralidad consoladora en las tendencias: y un espíritu tranquilo dirije el desarrollo de los detalles: el conjunto alhaga el corazon.

«Hay en la delicadeza de los sentimientos que pintais y en las escenas que describís, ese esquisíto tacto que revela el corazon de la mujer, por lo que vuestra lectura produce el efecto de las brisas perfumadas: embelesan y encantan. Hablais de la patria con entusiasmo, amais la libertad como un culto, y en vuestros libros palpitan estos sentimientos de un modo fascinador. Ellos enriquesen las letras americanas, y honran la patria de vuestro nacimiento».—

Tal fué el juicio unánime de la prensa al reaparecer sus obras en el Plata en las ediciones que corren bajo título de «Sueños y Realidades» y «Panoramas de la Vida.»

XV

La fisonomía moral de la señora Gorriti bien puede haber quedado delineada por los rasgos de su pluma que en diversos fragmentos leensé en estas pájinas, y por si en alguno de sus detalles hemos sido acaso en algo imprudentes concluiremos con las palabras de uno de sus biógrafos.

«La vida de esta mujer extraordinaria pertenece á la historia literaria del pais; su talento encontró demasiado estrecha la modestia del hogar, y ha conseguido la gloria en medio de los desastres y de las lágrimas de su existencia dramática y desgraciada. Ha profundizado todos los abismos del sufrimiento, y como ella dice, puede dicertar hasta lo infinito sobre esa terrible ciencia cuyo estudio termina solo en el sepulcro. La vida de tal mujer no puede menos de interesar al público, como interesa todo lo que es escepcional, porque no es solo su talento lo que atrae y seduce, son tambien sus angustias, sus dolores, sus esperanzas! Todo lo que la dé á conocer, lo que sirva para juzgarla, lo que revela su mérito las peripécias de su existencia, no pueden quedar en el misterio de la vida íntima, y debemos darla á conocer á este público, en el cual tantas y tan generales simpatias se ha conquistado, sin temor de que se nos vitupere de indiscretos.»

Pero creemos oportuno poner ya término á estas pájinas, en que, como la linfa pura del Juramento que corre refrescando las flores olvidadas en el fértil valle de Lerma háse deslisado la vida risueña en su aurora, y llena de contrastes mas tarde, de esta célebre hija de Orcones; refrescando tambien recuerdos mal guardados de heróicos defensores de la Independencia; y queremos hacerlo con una reminiscencia oportuna del último dia de nuestra permanencia en el viejo mundo. Así, estos rasgos biográficos que tienen por introduccion un paralelo literario tomado al pié de una tumba, terminarán con otro, al tropesar con el féretro de otro notable hijo de Salta que una coincidencia puso en nuestro camino.

Regresando de dar la vuelta al mundo, veníamos á embarcarnos en el puerto de Lisboa, cuando al dosembocar de la calle de Buenos Aires, en la capital portuguesa, un

fúnebre cortejo nos detuvo, frente al monumento levantado á la gloria del príncipe de los poetas lucitanos.

Una bandera argentina cubria aquellos restos, que no eran otros que los del Jeneral D. Dionisio Puch, quien, embarcado en Lima despues de un tan largo viaje y no menos penosa enfermedad, espiraba al llegar á las playas de la Europa.

Pariente de la señora Gorriti, era el mismo á quien la autora habia dedicado la biografia de Güemes.

Los colores de aquella bandera, el sitio de aquel encuentro, ese nombre, este recuerdo traen hoy á la imaginacion una reminiscencia que no creemos del todo importuna aquí.

XVI

Descuellan en los dos pueblos peninsulares, la España y el Portugal, dos génios inmensos, dos vidas cuyo paralelismo señaló incompletamente Clemencia y cuya semejanza es absoluta. Madrid y Alcalá, la ciudad complutense, se han disputado el nacimiento del uno; Lisboa y Coimbra, la ciudad universitaria, el del otro; el que nació en Alcalá era de mediana estatura, blanco, de buen color, pelo castaño, barba y bigotes rubios, ojos alegres, nariz larga, con una elevacion no desairada en la mitad (testigo de ingenio); los dos eran de afable, ameno y festivo carácter; los dos fueron hidalgos, soldados, poetas y pobres; los dos hicieron largas y penosas peregrinaciones; el uno tuvo por recompensa de sus servicios una plaza de recaudador de alcabalas, que dió con él en la cárcel; el otro un cargo de proveedor y fué á parar á una prision; los dos escribieron desde su calabozo, los dos recibieron algun tiempo pensiones, aunque tan escasas, que pasaron en la mayor miseria los últimos años. Al final de estos decia uno:

Fuíme con esto, y lleno de despecho
busqué mi antígua y lóbrega posada,
y arrójeme molido sobre el lecho,
que cansa, cuando es larga, una jornada.

Y escribia el otro:

—«¿Quién habia de decir que en tan pequeño teatro

como el de un pobre lecho, queria la fortuna representar tan grandes desventuras?»

Al dia siguiente de recibir la Estremauncion escribia el uno:

Puesto ya el pié en el estribo
con las ansias de la muerte,
Gran Señor esta te escribo.

Poco antes de morir escribia el otro:

«En fin acabaré la vida y verán todos, que tan aficionado fuí á mi patria que no me contenté solamente de morir en ella, sino de morir con ella.»

El que murió en Madrid fué pobremente enterrado en la iglesia de las monjas Trinitarias, y no tuvo quien grabara sobre su sepultura estas nueve letras: *Cervantes.*

El que murió en Lisboa fué pobremente enterrado en la iglesia de las monjas Franciscanas, y á los 16 años tuvo sobre su tumba la siguiente inscripcion:

Aqui jaz Luis de Camoens
Príncipe dos poetas do seu tempo
Viveu pobre e miseravelmente
E assim morreu

Las monjas Trinitarias perdieron las cenizas de Cervantes, y España tardó 218 años en erigir en una plaza de Madrid una estátua de bronce:

A Miguel de Cervantes Saavedra.
Príncipe de los poetas españoles

Las monjas Franciscanas perdieron los restos de Camoëns, y Portugal tardó 288 años en eregir en una plaza de Lisboa una estátua:

¡A Luis de Camoens!

Como se vé, el paralelismo entre las vidas de Cervantes y Camoëns empieza en la cuna y se prolonga despues de la tumba hasta el apoteosis de la posteridad, que si para el primero viene 70 años antes que para el segundo, en cambio es por obra de un Comisario de Cruzada, sin participacion alguna popular; mientras que para este como se lee en el siguente:

Por subcripçao.
Auxiliada de los poderes públicos. 1867.

XVII

Las señoras Manso y Gorriti no son sin duda Cervantes ni Camoëns, pero entre nosotros que no han descollado otras grandes ni mas eminentes escritoras, reclamarán siempre en el reducido cuadro de la naciente literatura argentina el puesto culminante al que, su injénio y la brillante inteligencia de que son prueba sus obras, las hacen acreedoras.

Del otro lado de la tumba empieza la inmortalidad del génio, pero hay algunos desgraciados de la fortuna, que lo fueron en vida,—y continuaron aún despues siéndolos en los anales de la historia........

Nosotros los argentinos, amante de las letras, que tenemos un aplauso para cada extranjero, que llega á nuestras playas, y muchas ovaciones para cada cantante que nos embelesa en una noche de entusíasmo, por las notas mas ó menos armoniosas de su garganta, para la ilustrada escritora que embelesará una y otra generacion por el suave perfume de moralidad de sus romances no tendremos palabra alguna de aliento?

¿Esperaremos que, como la infortunada señora Manso, descienda á la tumba, para levantar el apoteosis de la que desconocimos mientras que vivió entre nosotros?

No! La señora Gorriti es una gloria argentina y felizmente hemos sabido apreciarla.

XVIII

Despues de las producciones mencionadas há publicado muchos otros artículos y biografias, cerrando por hoy su preciosa coleccion que todavia no será la última, un nuevo libro; este, bajo el modesto título de *Misceláneas* reune, como en bello herbario los mas ricos frutos de la flora andina, del pensil literario de las cumbres boli-

vianas, las mas bellas impresiones desde el Rimac hasta el Plata.

Un año permaneció en Buenos Aires y en Noviembre de 1875, regresó á Lima para dar su último adios á aquellas dulces hijas del Perú entre las que habia pasado las mas melancólicas horas de su prolongado destierro, confortadas por el cariño de tan generosos corazones. Ahí la encontramos en 1876 á nuestro paso para la exposicion de Filadelfia, rodeada, en la capital de Lima, de todas las inteligencias femeniles que formaban coro al lado del arpa aún no enmudecida de la célebre romancista americana.

El hogar de esta compatríota sobre suelo extrangero fué para nosotros como un grato oásis en el largo desierto de nuestros viajes, y nunca se borrará de nuestra memoria la amena *Velada literaria* en que nos fué presentada, en su salon, gran parte de los poetas y escritores que cultivan las letras peruanas....

De alli, nombrada sócio del «Club Literario» y de la Sociedad «Amantes de la Instruccion» emprendió dos años despues su regreso á la patria llegando á dar su último adios á la cuna de sus hijas en la Paz: y tanto en Bolivia como en Chile, en Montevideo como en Buenos Aires, deslizóse como por un camino de flores que la prensa la jóven Musa Americana arrojáran á su paso.

En la ilustrada capital de la República Argentina fué recibida con el mismo entusiasmo que á su primer arribo, y el que su talento há despertado en cuantas ciudades visitó.

Una última peregrinacion á la cuna de su nacimiento fué detenida por los deshielos é inundaciones del rio Pasaje, que no le permitieron seguir hasta el fértil valle de Salta.

Dos meses se detuvo en Tucuman; allí tomó parte en la coferencia literaria con que se celebrara el Centenario del General San Martin, por lo que se la obsequió con una nota de agradecimiento impresa con letras doradas sobre razo blanco.

En vano esperó el paso deseado y aunque la lluvia la detuvo, en su transitoria mansion,entre las hermosas hijas del bello Tucuman, no impidió esto que, aquella se convertiera en sitio ameno de perpétua ovacion, á los descollantes talentos de nuestra compatriota.

Hoy se halla establecida en Buenos Aires, donde en su postrer periódico *La Alborada del Plata* resuenan aún sus brillantes armonias.

¿Serán estas las últimas fujitivas notas que á la canora

calándria de las selvas argentinas se escapan, en la tarde de la vida que detenida sobre el mústio sauce á la rivera del pátrio rio, cuando recien puede ver descender el sol á un espléndido ocaso?

Deseamos que todavia largos años de prosperidad y gloria literaria, le hagan olvidar las muchas espinas que encontrara tan distinguida escritora desde la aurora de su vida.

Muchos nombres ilustres han tejido la última corona literaria que le fuera ofrecida, y los mas encumbrados en las letras americanas figuran en su album de gloria, que le fuera ofrecido por sus admiradores del Plata, dias despues de la medalla que le obsequiáran las damas de esta ciudad.

La «Sociedad Tipográfica Bonaerense» no ha querido ser menos y la ha inscrito en el número de sus socios.

De entre aquellas hermosas páginas firmadas, por Gutierrez y Mitre, por Lopez, y Avellaneda, por Villergas y Bustillo, por Vicuña, y Palma &. tomamos, para cerrar estas, el precioso adios que uno de sus poetas le dedica.

....

Alondra que fujitiva
Vuelve al ombú de su casa;
El sol de Mayo sonrië
Al verte á orillas del Plata,
Y Buenos Aires se siente
Dichosa, con tu llegada.
Si te llora ausente Lima
Y Bolivia te reclama,
Envuelvete en la bandera
Que ostenta al Sol sobre plata,
Que trás su potente egida
Sabrán que estás en tu patria

....
....

Pastor S. Obligado.

Bueuos Aires, 1878.

ENTRE DOS CATACLISMOS.

A MI QUERIDA AMIGA MARÍA MENDIBURU DE PALACIOS.

La última hora de un hermoso dia de Octubre habia sonado con el tañido del *Angelus* en las torres del Callao, entónces bella y populosa ciudad, guardada por almenadas murallas.

El rojo fulgor de occidente desvanecíase en violados tintes; las primeras estrellas comenzaban á asomar en el azul del cielo; la brisa callaba, y el oceano, inmóvil, yacia entregado á un estraño reposo.

Pero si el viento y el mar dormian, la ciudad bullia con el fragor de ruidosas bacanales.

Hacia largo tiempo, era esta una moderna Sodoma, que escandalizaba á la metrópoli con la espantosa corrupcion de sus costumbres.

En vano los predicadores, de lo alto del púlpito se desgañitaban llamando al pueblo rebelde á la penitencia; amenazándolo con la ira de Dios y los tormentos eternos. Aquellos descreidos reian de las llamas, plomo derretido, sapos, culebras y demás accesorios del infierno; y en el atrio mismo de los templos, formando rondas, danzaban al son de sacrílegos cantos.

Al fondo de una callejuela solitaria vecina á las murallas, una jóven, sentada en el umbral de una puerta, trabajaba en una labor de aguja á la última luz del crepúsculo.

De vez en cuando levantaba los ojos para dar una

mirada á los amarillentos celajes del ocaso y volvia á su obra con presuroso afan.

—No veo ya!—esclamó de pronto, deteniendo el movimiento rápido del aguja—Se acabó la luz de Dios!.... Con ella este pespunte, es cierto; pero falta coser los lazos.—

Y entrando á tientas en el cuarto, sopló sobre dos tizones medio consumidos en un brasero de cobre, y encendió una vela de sebo, cuyo remisa claridad alumbró un taller de zapatero, y el agraciado rostro de una mulata vestida con un faldellin de lana raido, pero en estremo limpio, como todo en aquella pobre morada.

La mulata, lavadas sus manos, que enjugó en la orla de su delantal, sentóse delante de una mesita cargada de hormas, leznas y otros utensilios del oficio, y tomó de nuevo su labor.

Era un zapatito de raso blanco bordado de oro y empinado en un tacon forrado con tisú color de grana.

La mulata fué á buscar el compañero en los anaqueles de una alhacena, y colocándolos el uno al lado del otro, púsose á contemplarlos con amor.

—¡Quién fuera blanca—decia—para tener ese pié!.... y marquesa, para calzar con legítimo derecho estos blasonados dijes!.... y rica para costear la pedrería de su bordado!

¡Rica!.... ja! ja!.... risa dá de pensarlo.... Y sin embargo ¿por qué no?—diria cualquiera.—El trabajo es un tesoro, y tú vives trabajando sin tregua ni descanso.—Oh! sí, pero ahí está mi marido con sus dos engullideras: el garito y la taberna.

Asi andaría yo si no fuera por mi estremado aseo, y las flores que la vecina huerta me alarga, como una limosna, de lo alto de la pared.

Y la mulata paseaba la mano sobre su rizada cabellera, toda constelada de blancos jazmines.

—Estefa!—dijo una dulce voz en el dintel de la puerta.

—La señora marquesa!—exclamó la mulata, levantándose presurosa, á tiempo que una dama de gentil apostura, medio cubierto el rostro con las blondas de su mantilla, se deslizaba furtivamente en el taller.

Vestia una ancha saya de terciopelo negro y un casaquin de la misma tela, severamente abotonado; pero cuyas mangas y gorguera, dejaban admirar, entre vaporosas malinas, un cuello largo, fino, redondo, blanquísimo, y unas manos de reina.

—Ah! señora marquesa! V. E. misma en busca de su calzado!....

—Silencio!—exclamó la dama interrumpiendo á la mulata. —No he venido por eso....Pero alguien estaba aquí contigo.

—No, señora marquesa: estaba sola.

—Pues ¿con quién hablabas?

—Con mi suerte, señora marquesa.

—¡Con la suerte! Y ¿qué tenias que decirla?

—Quejábame de ella. Ah! señora marquesa, gracias á Dios, V. E. ignora lo que es tenerla por enemiga.

—¡Quién sabe, hija mia, quién sabe!....Mas dejemos á la suerte con su ceño ó sus sonrisas.... y pues que miro aqui listo este par de joyas, probémoslo.—

Y la bella marquesa puso con desenfado, uno despues de otro, sobre la mesa sus piés de sílfide, que calzaron holgadamente los lindos zapatitos. Su dueño los contemplaba con una mirada de orgullo.

—Encantadores!—decia—deliciosos! En el sarao que se apresta para el natalicio del rey, habrán de estar admirables bajo la falda de tisú blanco, recamado de oro.

—Y sobre la media calada!—añadió la mulata.—Figúrese V. E.!....Mas lo que es ahora la señora marquesa me permitirá guardarlos para llevárselos á Lima el dia mismo de la fiesta, sahumados, en una bandeja de mistura.

—Eres muy amable, Estefa; pero entre tanto, vé á mi

casa de verano, donde hace tres dias está el marqués, sin darme acuerdo de sí; llama á Mauricio el portero, y dale órden de alejar con maña á los criados; porque quiero entrar secretamente y pasar allí la noche.—

La mulata se apresuró á obedecer; pero en el momento que se echaba el rebozo de flanela, una voz aguardentoso hízose oir no léjos cantando un refran impío.

—Mi marido!—exclamó la mulata, retrocediendo asustada.

—Borracho?

—Sí, señora marquesa.

—Pues me escabullo, y entraré en casa como pueda.—

Era tarde. Cuando la marquesa ponia el pié en el umbral de la puerta, un hombre desarrapado, sin sombrero, y los cabellos enmarañados, se plantó delante de ella.

Al verla abrió tamaños ojos.

—V. E. por aquí!—exclamó. Y volviéndose á Estefa. —¿Lo ves, mulata testaruda, que niegas la semejanza de la Capulí con la señora marquesa? Pregunta si no me equivoqué esta tarde, cuando el señor marqués se la llevaba á Lima en su calesa dorada.—

Un relámpagó sombrío fulguró en los negros ojos de la marquesa; su lábio se contrajo con una amarga sonrisa, y echando sobre su rostro el velo de la mantilla se alejó sin permitir á Estefa acompañarla.

—Gaspar! — dijo á su marido la mulata, confusa y apesarada—cómo has tenido alma para hacer saber á la marquesa las maldades de su esposo!

—La he dicho la verdad; y ahora te digo á tí que tu obstinacion en llevarme la contraria ha de costarte mas de un trancazo.

—Borracho desvergonzado! atreverse á comparar con una dama de alta clase á esa perdida que lleva por nombre un apodo!

—Capulí? Así la llaman por su olor, color y sabor. ¡Perdida! Cómo pudiera hallarla yo, para ponerla en tu lugar!

—¡En lugar mio!—exclamó la mulata, con una terrible espresion de cólera—en el lugar que ocupa á tu lado la esposa honrada! Dáselo en buena hora, miserable; que yo, á vivir con un hombre envilecido, prefiero arrojarme de lo alto de las murallas.—

Y la mulata, uniendo la accion á la amenaza, echóse afuera y se dirigió á la rampa, que no léjos de allí daba ascenso á los muros.

—Vamos á verlo!—gritó el zapatero, corriendo en pos suya,—y habrás de arrojarte, si nó de grado, por fuerza.—

Estefa que esto oyó, y que no llevaba intencion de realizar su propósito, temió por su vida, y dióse á huir con la velocidad que pudo.

Su marido la seguia con un garrote en la mano y en la boca la amenaza.........

De súbito, la fugitiva y el perseguidor se detuvieron pasmados de igual estupor.

Un ruido sordo, prolongado, aterrador, se elevó de las entrañas de la tierra y vibró en el aire con fragor estraño.

Y Estefa sintió que el suelo se estremecia bajo sus piés; y viendo las murallas vacilar oscilantes y desmoronarse, bajó los ojos hácia la ciudad, y vió que sus torres caian, que sus cúpulas se hundian, y que nubes de polvo se elevaban, oscureciendo el cielo.

Estefa dirigió su mirada al mar, y vió en el sitio que un momento antes ocupaba, un abismo negro y profundo que se prolongaba hasta el horizonte, donde se alzaba una montaña azul, inmensa, en cuyas fantásticas vertientes se reflejaban, móviles, los rayos de la luna.

Colocada entre dos cataclismos, Estefa se volvió hácia el que ya conocia y se arrojó en los brazos de su marido.

Gaspar abrazó á su mujer con angustia y señalando la

montaña azul que limitaba el abismo:—El mar!—exclamó —¡huyamos!

Y ambos, arrojándose de las desmoronadas murallas, ganaron el campo y se alejaron corriendo con la rapidez del terror.

Alcanzólos, no obstante, mas sin arrastrarlos consigo, la ola inmensa que tragó á la ciudad maldita con sus riquezas, sus placeres y sus abominaciones.

Los dos esposos se encontraron solos en medio de la noche, sobre un suelo cenagoso, sembrado de cadáveres.

—A dónde iremos ahora?—dijo Gaspar á su esposa.

—A Lima, donde debíamos vivir, sinó fuera por tu amor á esa funesta ciudad, que así debia acabar.

—Pésame de ello, hija mia!—dijo Gaspar dándose golpes de pecho.—Pero qué haremos en Lima, desnudos y miserables!

—Nos estableceremos con estos ahorros que yo hacia de mi trabajo, en tanto que tú malversabas el tuyo.—

Diciendo así, Estefa extrajo de cuatro ó cinco escapularios que llevaba al cuello, otras tantas onzas de oro; y dió un programa de existencia que hizo caer de rodillas al zapatero, y besar con fervor la orla de su faldellin.

Diz que desde entónces, Gaspar fué el mas amable de los maridos, y Estefa la mas feliz de las mulatas.

Habia, sin embargo, un pensamiento que oscurecia la dicha de Estefa: el recuerdo de la marquesa.

—Señor!—decia la mulata—¿cuál es, pues, la recompensa de los justos, si los envolveis en el castigo de los impios?

Pero una noche, la marquesa le apareció en sueños, rodeada la frente de una aureola celestial, vestida de albos cendales, y calzando, en vez de sus zapatitos bordados, el coturno de oro de los arcángeles.

MANCHAYPUITO

ó

EL YARAVI DE «LA QUENA».

ORIGINAL QUICHUA.

—

¿Maytacc chay sumacc uyaiqui?
Tica gina panchimusca!

—

¿Maytacc chay sumacc ñahuiqui?
Iscay chasca gina cahuahuacniqui!

—

¿Maytacc chay sumacc simiqui?
Coral gina muchahuaccniqui!

—

¿Maytacc chay sumacc quiruiqui?
Huallqui gina canihuaccniqui!

—

¿Maymi chay sumacc maquiqui?
Pichca yuracc tíca gina llancahuaccniqui!

—

¿Maytacc chay sumacc sinturaiqui?
Palmacc gina munaccchuaccníqui!

—

¿Maytacc chay llapacc sumacc? Maytacc chay?
¿Maypitacc canqui sumacc urpi?

—

Manaña camquichu huillacunaipa!
Huaccacuscaita llaquicuscaita

—

Huillacunaipa pacha ucumpi cauquí!
Huinay! Huinaypa!!!

TRADUCCION. (*)

—

¿Dónde está tu hermoso rostro
Que las rosas envidiaban?
¿Dónde están tus bellos ojos,
Luceros que me alumbraban?

—

¿Dónde esa boca divina
Que al coral avergonzaba
Y que en besos deliciosos
Mis tristezas encantaba?

—

¿Dónde tus dientes cual perlas
Que la risa iluminaban?
¿Dónde estan las azucenas
Que amantes me acariciaban?

—

¿En dónde tu blanco seno
Que turjente palpitaba?
... .
....

—

¿Dónde tus largos cabellos
Que en sus ondas me inundaban?
Dónde tu gallardo talle
Que á la palma remedaba?

—

¿Y tu hechicera cintura
Que con gracia se cimbreaba?
....
....

—

¿Dó las gracias misteriosas
Que á mi alma contentaban?
¿Dónde estas, tórtola hermosa?
¿Dónde estas, mi dulce amada?

—

Mas ay! que aun cuando te llamo
No oyes mis quejas amargas,
Porque duermes, para siempre,
En la mansion de las almas!

(*) Al hacerla hemos tenido especial cuidado de suprimir, en estas estrofas, los versos que pudieran ofender el decoro de nuestras lectoras.

IMPRESIONES Y PAISAJES.

I

Cuando mis amigos se apartaban de mí, abordo del «Bolivia», la luna nueva, entre sombras y sangrientos celajes, iba á esconderse en el ocaso.

Yo soy supersticiosa; y en ello ví un mal presagio. Ah! pudiera regresar pronto á Lima; fuérame dado en breve pisar su florido suelo, aspirar sus embalsamadas auras, y reiria de todos los siniestros augurios.

Entre Pisco y Mollendo encontramos al vapor «Santa Rosa» con su bandera á media asta. Otro mal presagio!

Al acercársenos, disparó un cañonazo de auxilio.

El capitan del «Bolivia» mandó echar el ancla y envió al segundo á bordo del «Santa Rosa.»

Este volvió luego anunciando que el capitan de aquel vapor habia muerto súbitamente algunas horas antes, en el momento que, sentado al lado de su esposa, tomaba *lunch*, platicando alegremente con sus amigos.

El capitan del «Bolivia» trajo luego á nuestro bordo á la jóven viuda y su niño de dos años, que reia y corria, llamando á su padre.

El «Santa Rosa» siguió su marcha al Callao, llevando el cadaver para sepultarlo en Bellavista, y nosotros continuamos la marcha hácia Mollendo.

Este puerto, asentado en un escollo por no sé qué inconcebible aberracion, nos recibió de la manera mas hostil; y al abordarlo hubiésemos perecido catorce personas que veníamos en una chalupa, sin el arrojo de Julio, quien echándose sobre la proa de un bote que de lo alto de una ola formidable iba á caer sobre nosotros y hundirnos, lo desvió. y nos salvó de la muerte, aunque esponiéndose él á un peligro inminente, que me hizo dar gritos de angustia y maldecir la cabeza de calabaza que imaginó cambiar el lindo, poético y seguro puerto de Islay por ese espantoso arrecife donde merece estrellarse aquel molondro caletre.

Palpitante el corazon con tan terribles emociones, los pasajeros de la amenazada chalupa fuimos en busca de unas horas de reposo al único hotel que posee Mollendo.

¿Reposo? Vana ilusion!

Al ruido de la orgía sucedió el ruido de las pláticas que algunos entablaron de vuelta á sus cuartos; del ruido de las pláticas pasaron estos á la orquesta de los ronquidos, que duró hasta que los cargadores vinieron á pedir los equipajes para llevarlos al tren que partia para Arequipa.

El ferro-carril del puerto á esta ciudad, obra maestra de ciencia y audacia, se estiende sobre alturas vertiginosas; pero cubiertas, en esta estacion del año, de una florida vejetacion. Nada tan bello como esos jardines aéreos, suspendidos sobre inmensos precipicios; nada tan espléndido como los horizontes que desde esas etéreas cimas se divisan. Allí el alma se siente estremecida á la vez que de placer, de horror y de entusiasmo!

Arequipa es hoy una ruina: sus orientales casas estan desmoronadas; las arcadas de sus galerias mutiladas; sus alegres habitantes tristes y silenciosos. Sombría y taciturna como ellos la contemplaba yo, arrasados los ojos de

lágrimas; y la comparaba conmigo. Ella y yo éramos ambas ruina y dolor!

El ferro-carril de Arequipa á Puno es, además de tantas otras ventajas, un inmenso beneficio para los pobres viajeros, que sentados en el desabrigado lomo de una mula tenian que atravesar la frígida cordillera de Pati.

Recostada en los mullidos cogines de un lujoso wagon, recordaba yo aquellas heladas estepas donde en otro tiempo el *soroche* asaltaba al peregrino, que no hallaba ni siquiera una choza donde guarecerse contra el cierzo que eternamente reina en aquellos páramos.

Y embozándome en mi suave bufanda de vicuña bendecia al progreso, y á Meiggs que lo introdujo en esos desiertos.

La navegacion del Lago es un sueño de hadas. Un lindo vaporcito nos trajo al traves de sus plácidas olas bordadas de verdes juncos, desde Puno á Chililaya.

En aquella ciudad, de donde vine al puerto en un precioso wagoncito debido á la galanteria del señor Angulo, gefe de la estacion; en el sombrío Puno, escuché las mas bellas piezas del repertorio italiano, ejecutadas en un magnífico Pleyel por la señorita Miranda, inteligente artista, inspirada en los espléndidos paisajes del Titicaca.

Chililaya no es aun un puerto: su muelle es un monton de piedras; pero se aborda á él con la seguridad que se tendria en un vaso de agua. Posee un buen hotel y una diligencia que trasporta al viajero de aquellas frias orillas á la bella ciudad de la Paz, donde encontré con las afecciones de la familia, las mas esquisitas atenciones de sus amables habitantes, de quienes hablaré en otra correspondencia.

II

Conoceis algo á la vez tan buscado y tan triste como viajar?

Anhelamos partir, hallarnos donde no estamos; cual los horizontes del porvenir, trasponer tambien los del espacio.

¡Es tan prestigiosa la aureola de lo desconocido!

Realizamos nuestro deseo: alzamos el vuelo en pos de nuevas impresiones, de perspectivas nuevas; y... paseamos el alma de decepcion en decepcion; de nostalgia en nostalgia; á menos de encontrar un país cuyo miraje guarde la mente; y cuyos recuerdos, siquiera sean dolorosos, existan vivos en el corazon.

Así pensaba yo; así sentia, en tanto que la diligencia; cargada de doce pasajeros, nos llevaba al traves de áridas estepas, hácia la ciudad de tradicional opulencia que se asienta, dividida por el aurífero *Chuquiapo*, en la falda del Illimani.

Nada hace presentir su proximidad, en la dilatada pampa que se estiende, árida y sembrada de piedras, hasta el pié de la elevada montaña que mezcla sus nieves con el azul del cielo.

De repente, el reborde sombrío de una profunda hondonada corta el paso al viajero y le muestra en su fondo la ciudad de rojas cúpulas, escondida como una alondra en su nido rodeado de verjeles.

Nada tan original como el descenso, en millares de zetas, de aquella rápida pendiente.

Entre nosotros hallábanse representadas todas las edades: desde la ardiente juventud, hasta la reflexiva madurez; hasta la helada ancianidad; y todos sentiamos el goce de un estraño placer:

El placer del peligro.

Tres jóvenes ingleses que viajaban por recreo, arrebatados por su excéntrico entusiasmo, arrojábanse por las estrechas ventanillas de la diligencia, asíanse á la borda de la imperial, colgándose sobre el abismo; saltaban encima; daban un par de *hurras* y volvian á su puesto.

El pesado vehículo detiénese en fin.

En la multitud, que palpitante de impaciencia aguarda en la estacion el arribo semanal de los viajeros, vénse rostros amigos, seres queridos que sonrien y nos tienden los brazos....

La Paz con sus anchas y accidentadas calles pobladas de recuerdos, está delante de mí.

La funesta guerra civil que, hace tanto tiempo, devasta á Bolivia, amontonando sobre esta bella ciudad catástrofe sobre catástrofe, desastre sobre desastre, no ha podido sin embargo debilitar su viril fortaleza.

Vuelve á levantarse, siempre, denodada, invencible y apercibida á nuevas luchas. Dueña de un extenso departamento que encierra los mas ricos tesoros minerales y los productos de todas las zonas, puede hacer de él una república, que sus hijos, valientes, laboriosos, y aguerridos, sabrian engrandecer y glorificar.

Sus valles son valiosos graneros que provéen á la subsistencia de millares de pueblos; sus *Yungas*, paraíso, donde, á media hora de las nieves eternas, crecen el naranjo y el limonero, que elevan hasta esos páramos el perfume de sus flores. Sus mujeres son tipo de beldad y abnegacion: verdaderas compañeras del hombre, así en la adquisicion de la fortuna como en los peligros del combate. En la Paz florece hoy una brillante juventud que puede exhibirse con gloria, tanto en una batalla como en la arena científica ó literaria.

Ocasion tuve de presenciarlo en una reunion de este género donde se leyeron trabajos qué no habrian desde-

ñado firmar las notabilidades mas gloriosas de nuestro siglo.

El Presidente de Bolivia es un apuesto jóven. Su esposa una niña tan linda como buena, se ha conquistado el amor de cuantos la conocen. Bella, sencilla, benéfica y humilde, goza de inmensa popularidad, y es el objeto de todas las bendiciones.

Ojalá tuvieran el talento de imitarla aquellas necias que, encastilladas en *su alta posicion social*, créenla un obstáculo que les impide visitar la morada del menesteroso y acudir en auxilio del desvalido..........

¡Cuán bello era el viaje proyectado al traves de los risueños valles y los fríjidos páramos de Bolivia, para entrar en el vasto Edén, que se estiende hasta la línea patagónica! Qué variedad de horizontes, qué transicion de emociones aguardaban á la mirada y al corazon!

¡Ah! el hombre cuenta con la fuerza del espíritu, sin pensar que este se halla encadenado al cuerpo, débil vehículo, sujeto á desfallecer!

Forzoso fué pues, renunciar á esas bellas perspetivas y cambiar la encantadora odisea que soñara la mente por la prosaica travesia del Estrecho.

Eternos dias de mareo, interrumpidos solo por una aparicion deliciosa:

Valparaiso!....

La vida es una continua y dolorosa despedida. Apenas llegando ayer al país de los juveniles recuerdos, hoy es necesario dejarlo; decirle adios. ¿Por cuánto tiempo?.. ..

¡Ah! Quién puede responder de lo que oculta la oscura niebla del porvenir!

Ayer hacia yo estas tristes reflexiones mientras atravezábamos el llano.

Una señora que viajaba rodeada de todos sus hijos, reia y charlaba, mirándolo todo, con infantil curiosidad. A

nadie echaba de menos, porque todo lo llevaba en torno suyo.

Nosotros!.... Estrechados el uno al otro, teniamos fijos los ojos en el Illimani, que á cada momento nos parecia mas lejano. Su blanca mole tomaba los tintes azulados de la distancia, y á su espalda alzábase la noche, dándole un aspecto estraño de sublime tristeza! Semejaba á un inmenso sudario, en el que la mente divisaba las sombras de los ilustres mártires que á su vista dieron su vida en aras de la Patria. . . . .

Hé ahí otra vez el Lago; mas bello ahora, porque lo ilumina una hermosa puesta de sol.

Nadie quiso sufrir el frio de la noche en Chililaya; y aunque el «Yapure» no debia zarpar aun, acojímonos á la franca hospitalidad de su capitan y al dulce calor de sus estufas, que nos dieron una agradable velada.

Aguardábame en la madrugada del siguiente dia una dicha inesperada; el cumplimiento de un voto largo tiempo anhelado:

Una visita al Santuario de Copacabana!

La luna palidecia y el golfo se coloreaba con los rayos de la aurora, que reflejándose en el azul sombrío del ocaso formaban una estrella inmensa, cuyos suavísimos resplandores abarcaban el oscuro horizonte.

A esta mística vision, el grupo de peregrinos cayó de rodillas, y nuestros labios murmuraron en unísona efusion: —*¡Ave Maris Stella!*—

Nos encontrábamos á la puerta del templo y penetramos en él, trémulos, y el corazon palpitante de una santa emocion.

¡Cuán bella estaba en su trono de flores, Aquella que con amor y confianza invocamos en todas las situaciones de la vida, desde la cuna hasta la tumba! La móvil llama de los sirios daba á su semblante celestial, el reflejo de una sonri-

sa ora dulce, ora triste que infundia en el alma á la vez gozo y pavor.

Al salir del templo, la alegria brillaba en las miradas de todos. Parecia que en él hubiéramos dejado nuestros temores, nuestras dudas, nuestros pesares................

¡Qué ruda transicion! de la tibia atmósfera de la cámara del «Yapure» al helado viento que sopla desde el muelle de Puno hasta la estacion del ferro-carril. Pero ahí se hallaba, velando en favor de la peregrina cansada y enferma, la fina galanteria de un hombre generoso: una pequeña máquina á vapor enviada por él me llevó del desembarcadero hasta mi asiento en el wagon.

El viajero, cualquiera que sea la condicion en que camine es un mendigo menesteroso, y su situacion, un termómetro en que se conoce el grado de caridad en el corazon humano....

La dulce sensacion que se esperimenta al pasar de las áridas y heladas regiones de la cordillera á los rientes valles, cargados de tibios aromas, que se esconden á sus piés, trae al lábio la gozosa esclamacion del Dante, cuando, dejando el Tártaro entraba en las celestes regiones de la luz.

Aquí un grupo de casas, alegres, aseadas, sombreadas de sauces; animadas por el canto de los gallos y la risa de los niños; mas allá, verdes sementeras, donde mujen las vacas y trinan las aves; mas allá, en fin, en el fondo del paisaje, entre jardines y verjeles, sentada á la falda del majestuoso Misti, la blanca ciudad de amorosas tradiciones, aparece como un ensueño maravilloso á los encantados ojos del viajero.

Arequipa, es, lo he dicho ya en otra parte, una metrópoli oriental, trasplantada de las riberas de la Siria á las floridas orillas del Chili. Falta el turbante; pero al traves de las celosías que encierran sus ojivas ventanas, vénse brillar ojos dignos del paraíso de Mahoma.

Cual la poética Atenas tiene una belleza inalterable hasta en sus ruinas.

Un ánjel me acojió bajo esas hospitalarias bóvedas; de donde me alejé llorando!

Zoila querida! llévente estas líneas la profunda gratitud con que evoco tu amado recuerdo.

III

En el corto espacio de dos meses he visitado á vuelo de ave, pero con largas etapas en sus ciudades, cinco repúblicas.

Milagros del vapor!

De todas las vanidades que constituyen el *omnia vanitas* del Sagrado Libro, nada hay tan vano como nuestros proyectos.

Aquel que esa verdad escribió, él, cuyas máximas serán, durante los siglos la norma de la humanidad; que eligió entre los supremos bienes la sabiduría, y edificara á Dios *el Templo de eterna adoracion*, cayó en las torpezas de la idolatría, y llevó á sus inmundos altares el sacro incienso del Tabernáculo.

Napoleon, el moderno César, propúsose la conquista del mundo, y murió cautivo en una roca del océano. Su heredero apellidóse el Héroe de la Paz; y en su efímero reinado atrajo sobre su pueblo la guerra mas desastrosa de que haya memoria en el mundo civilizado. . . .

Y . . . en fin, por grande que sea el salto desde esas elevadas prominencias hasta mi humilde entidad, preciso es decir, cómo yo, que habia jurado no aventurar mi pié

en el riscoso puerto de Mollendo, sino por la dicha de volver á Lima, hallábame desandando mi camino para arrojarme desde ese escollo á la nave que iba á llevarme léjos de aquella mansion querida.

A pesar de la fortaleza de mi ánimo, que no es poca, yo no podia olvidar las terribles peripecias de nuestro naufragio; y las negras oleadas que por poco nos chapuzan en la eternidad. Y veía las montañas de agua y los riscos en que se estrellaban, y nuestra pobre lancha aguardando el momento de irse á pique con nosotros. . . .

Por dicha, los bellos paisajes que se sucedian con rapidez en el veloz descenso, llevaron mi mente á otro género de pensamientos.

Este trayecto, delicioso por sus rientes perspectivas, tiene un encanto mas al regreso: la transicion de temperatura. A cada curva del camino os sentis bañado por las ráfagas de una atmósfera cada vez mas tibia, cada vez mas perfumada. El aroma de la salvia, del heliotropo, y la retama se eleva en ondas embriagantes que adormecen los sentidos y producen al espíritu un dulce desvarío.

Nuestros compañeros de viaje, que eran gente culta y de ameno trato, contribuyeron por su parte á hacer mas agradable aquella jornada. Muchos de ellos conocian los poéticos lugares que atravesábamos, y referian de ellos interesantes tradiciones.

Aquí nos mostraban una caverna que un célebre bandido convirtiera en confortable harem, secuestrando en ella á las mas bellas jóvenes de los vecinos valles, arrancadas del seno de la familia con increíble audacia. Allá, en la quiebra de un peñasco, el sitio donde una amante abandonada encontró dormido al fugitivo ingrato y le clavó un puñal en el corazon. Mas allá, aun, la hondonada en que la sombra de Salaverry apareció á un general traidor, y escupió sobre su frente, cual saliva de desprecio, un soplo helado que lo arrojó en tierra sin sentido.

En el fondo de una quebrada solitaria, pero cubierta de flores, divisamos una pilastra blanca, cercada con una verja de hierro.

—Es el sepulcro de un ingeniero de esta línea—dijo el narrador.—Murió de un accidente violento; y sus compañeros le alzaron esa tumba que á pesar de su aislamiento está en el espacio de dos leguas, á la vista de los viajeros que transitan este camino.

—Sin embargo—repuso alguien—nadie la visitará jamás!

—Error!—replicó el otro.—Cada año, en la primavera de estos parajes, cuando, como ahora el suelo se cubre de florida vegetacion, una mujer enlutada viene, acompañada de una comitiva de criadas, silenciosas como ella; levantan tres tiendas en torno al sepulcro del jóven ingeniero, y en ellas moran durante un mes, consagradas á meditaciones y plegarias.

Despues, una noche desparecen, sin dejar de sí huella alguna —.....

A una hora de Chishuarani, la vía férrea, apartándose de los desfiladeros, entró en el antiguo camino de la pampa, llanura arenosa y árida el resto del año; pero cubierta ahora de una matizada alfombra de flores.

Inemdiato á las ruinas del tambo de La Joya, en otro tiempo refugio obligado del viajero, encuéntrase un gracioso hotelito, bastante bien servido, que nos esperaba, puesto el cubierto y el almuerzo listo.

Dejé á mis compañeros que entrasen en el hotel y yo fuí á visitar los escombros del antiguo albergue.

Era una pobre casucha de la cual solo quedaba un monton de piedras denegridas; pero yo habia, allí, en otros dias, descansado bajo su pajizo techo; y buscaba en el recuerdo la huella de mis pasos.

Cuán prestigioso eres, miraje del pasado!......

Mi nombre, repetido á gritos desde las ventanas del co

medor, recordóme que tenia hambre, y que debia ir á almorzar, porque la hora del tren se acercaba.

Pero al entrar en el comedor ví el *beefteak* y la tortilla, intactos, enfriándose sobre la mesa, y á mis compañeros agrupados ante dos cuadros al óleo que absorbian su atencion.

Las figuras de dos mujeres iluminaban aquellos lienzos con la irradiacion de su belleza.

Eran las dos desdeñadas sublimes de inmortal memoria: Safo y Lavalliere.

El artista habia representado á Luisa en una hora de dolor supremo: cuando abandonada por *el alma de su alma*, esclamaba, arrancando las joyas que ornaban su frente para ceñirla con el cilicio de la penitencia.—Dios mio! te busco en mi corazon, pero solo hallo en él á Luis!....—

La poetisa de Lesbos, sentada en la roca fatal, suspendida sobre el abismo; elevados al cielo sus ojos y dada al viento la negra cabellera, estrecha entre sus brazos el melodioso instrumento intérprete de su génio; y sus labios entreabiertos parecen exhalar todavia aquella tierna despedida:

—Y tú, mi líra, que eres mis amores....—

Poder soberano del génio y de la beldad! el éco de esos lamentos, atravesando los siglos, resuena todavia; ha inspirado á tantos poetas; y ahora encadenaba allí á mis compañeros, que, en pié, inmóviles y extasiados, olvidaban el hambre, la sed y el cansancio.

¿Cómo habian venido á este oscuro parador del desierto aquellos cuadros, verdaderos tesoros del arte? El dueño del antiguo tambo habíalos encontrado, cerrados en una caja de cedro, bajo de un montícalo de arena que el viento dispersó en las estepas de la pampa.................

Hé allí, otra vez, Mollendo, y su agitado mar; y su silencioso puerto.

Cuán fastidioso es desandar un camino!....y sin em-

bargo, con qué gozo volveria de aquí sobre el mio! Dos singladuras mas, y podria esclamar—Lima!..........

Y mis ojos seguian hácia el norte el azulado elemento, que surcaba con el deseo.

Para desvanecer este dorado ensueño, el « Galicia » de la Compañia de Vapores por el Estrecho, apareció á lo lejos con su ondulante penacho de humo. Acercóse, echó el ancha, y dió el cañonazo de arribo.

A su bordo encontramos instalada una luna de miel que iba á ocultar sus treinta jornadas bajo la fronda de los vergeles que circundan á Tacna.

La enamorada pareja, sin duda por evitar el mareo, llevaba al pecho grandes escapularios, henchidos de azafran cuyo olor se difundia de proa á popa, hastiándonos de tal manera, que, de entonces mas, ninguno de nosotros, al presenciar una boda, dejará de darle por accesorio ese detestable perfume.

El «Galicia» es un vapor magnífico y bien servido por todos sus empleados, desde su Capitan, prudente y avezado marino, hasta mistris Henry, la camarista, consuelo de las pasageras en las tristes jornadas sobre el líquido elemento.

La primera comida, al zarpar de un puerto tiene un momento crítico, en el que cada uno de los recien embarcados se siente un punto de mira para los otros, que cuchichean é investigan con escrutadores ojeadas.

Nosotros acribillábamos á preguntas la paciencia del Contador, á quien su empleo ponia al corriente de los nombres y posicion de nuestros nuevos comensales.

—Mister Wolf ¿quiénes son estos dos personajes pálidos que sentados uno al lado de otro, mastican mirándose tristemente?

—Un matrimonio de enfermos. Cual los esposos de la leyenda de Sienna, contemplan mutuamente su lenta agonía.

—Y ese jóven que engulle con tan grave mesura cuanto se sirve en la mesa?

—Es un inglés desganado que viaja para recobrar el perdido apetito.

—¡Guay! de nosotros si lo hallara: acabaria con la despensa del Galicia.

—En la mesa del capitan está la familia arequipeña con la jóven tísica que llevan á Chile.

—Pobrecita! Sentada á popa y oculta detras del timon, ha llorado todo el dia, mirando la estela que el vapor dejaba en pos suyo.

—¿Qué dulce afecto habrá dejado en la falda del Misti? —dijo suspirando un poeta.

—Y dádole un adios eterno —añadió el médico del vapor.

—Tan avanzada está su enfermedad?

—En medio al tercer grado.

—Os engañais doctor. Vosotros los galenos lo veis todo en la materia. Para mí, la melancolía de aquel bello semblante está diciendo que su dolencia reside en el alma.

—Soñador!

—Qué no? Vais á verlo—

Y fué á sentarse al piano.

La comida habia acabado. Los pasageros se diseminaron: unos fueron á pasearse bajo el toldo; otros organizaron partidas de ajedrez y rocambor.

Acurrucada en un ángulo oscuro de la cámara, la jóven tísica habíase quedado sola, y parecia dormitar, con la mejilla apoyada en el reves de la mano.

Tras una cascada de diestrísimos preludios, el poeta entonó esta antigua cancion popular:

¿Por qué se vé en tu frente
Del padecer la huella?
Tan jóven y tan bella
Conoces el dolor?

La jóven enferma levantó la cabeza; su mirada pareció divisar en la lontananza del recuerdo un objeto querido y dos lágrimas se desprendieron de sus ojos.

Al siguiente dia esperamos en vano su aparicion en la mesa y sobre cubierta.

—La habeis muerto!—dijo el doctor al poeta—Sois un hombre sin corazon!

—Yo?

—Vos. Habriais, sino, recurrido á un cruel esperimento para descubrir en esa pobre alma la fibra del dolor?—

Aquellas severas palabras anonadaron al jóven bardo, que se quedó cabizbajo y pensativo. Mas, parecióme que el doctor tenia razon: un momento despues, saltaba de gozo á la vista de Valparaíso. Improvisóle no sé cuantas entusiastas estrofas, y se entregó al placer del desembarque, sin preocuparse mas por la suerte de la pobre enferma, á quien bajaron en una silla á la yola del Capitan de Puerto, traida en busca de la familia á cuyo cuidado venia encargada la desgraciada niña.

Encontramos la ciudad empavesada y preparando suntuosas fiestas para el siguiente dia, que era su aniversário nacional. Habia en la espectativa de esos regocijos algo de religiosamente solemne que imponia respeto y admi racion.

Chile es un pueblo sério que imprime un sello de gravedad en todos los actos de su vida.

IV

Valparaíso, de cualquier punto que se le contemple, es una bella ciudad.

Estiéndese en pintoresco anfiteatro desde el mar, que lame sus cimientos, hasta la elevada silueta de los cerros.

Sus edificios son elegantes; sus plazas sombreadas de árboles; sus calles, aunque un tanto angostas, llenas de luz y primorosamente límpias.

Atravesábalas yo, no bien hube desembarcado, y sin dar un momento al reposo, en busca de una amiga querida: —Rosario Orrego,—la poética novelista, la cantora de los armoniosos versos.

Habíala amado en las producciones de su génio, antes, aun, que me fuera dado contemplar aquel bello semblante que hace de ella un ser encantador.

Cuando, dos años ha, tuve la dicha de conocerla; y que nuestra amistad *literaria* se tornó amistad del corazon, la dulce poetisa vivia en triste viudez.

Hoy, la aureola de la felicidad ilumina su frente inspirada. Unida á un hombre eminente, digno de ella, Rosario Orrego de Chacon ha dado un mentis al pesimista axioma que excluye de la dicha al génio.

Qué deliciosas horas de paz y olvido gocé en ese venturoso hogar! que en las veladas de la noche es una verdadera academia de ciencias y artes......

Pero hé ahí que el «Galicia» surto, en la rada, enciende sus chimeneas, enviando al aire la señal de marcha.

Preciso es partir; abandonar esta hospitalaria ciudad, última estacion del viagero en las orillas del Pacífico.

Sin embargo, réstame un triste deber que cumplir.

¡Adolfo Valdez! caro amigo de los dias de dolor! entregada á las dulces espansiones de la amistad de los vivos, he olvidado tu sepulcro? No; que aguardaba la última hora para visitarlo.

Y me dí á buscar aquella tumba abierta bajo un cielo extrangero en ese bello cementerio que agrupando en la cima de una montaña sus marmóles funerarios, les dá por horizonte el infinito.

Mas en vano interrogué, desde el mausoleo hasta la humilde lápida: El nombre del poeta habia desparecido.

¿Dónde se hallaban aquellos queridos restos? ¿Habianlos arrojado impíamente á la fosa comun?

Anochecia, y forzoso me fué dejar aquel recinto sin haber encontrado el sepulcro que buscaba.

Deposité mi ofrenda y una plegaria al pié de la cruz que se alza á la entrada, y me alejé pensando en aquel bello jóven que *atravesó la vida como una melodía y se desvaneció como un ensueño.*

A la mitad del descenso encontré un convoy fúnebre. El ataud, llevado en hombros, iba cubierto con un velo blanco, sobre el que se veian una palma y una corona de rosas.

Entre los dolientes reconocí á la familia que acompañaba á la jóven tísica á bordo del «Galicia.»

Era ella! deciánlo esos atributos de la pureza; deciálo aquel albo cendal que ondeaba al viento de la noche cual un adios á la vida.

Y mi corazon se angustió. Nunca he hallado crueldad en la muerte, sino cuando ceba su guadaña en el campo de la juventud.

Morir en la infancia es pasar del regazo materno al seno de Dios; morir en la edad madura es cambiar en eterno descanso el amargo cáliz de las decepciones; pero morir en la edad de las rosas y de los dorados ensueños; cuando el alma comienza á abrirse á los tiernos afectos que hacen del mundo un paraíso; morir entónces ¿no es una horrible ironía del destino?....

Apoyada en la borda del «Galicia», que se alejaba de Valparaíso, mis ojos buscaban en el cementerio, el lugar donde la poética hija del Místi quedaba sola, olvidada de todos, quizá hasta de aquel por quien lloraba......

En esta nueva travesia, la mas penosa del viage, muy pocos eramos los pasageros de primera clase.—El *desganado*; una señora con dos niños que rabiaban de la mañana á la noche; tres ingleses tan parecidos entre sí, que

se les habria creido gemelos; y ultimamente, una escritora irlandesa que no nos perdia de vista, y consignaba en su libro de memorias cuanto acontecia á bordo, sin omitir el número de bostezos que con gran escándalo suyo, nos arrancaba el fastidio.

Poblaban la segunda y tercera cámara las víctimas del cataclismo, y de la crisis monetaria, que obligaban á huir de las costas del Pacífico á multitud de personas, entre ellas señoras habituadas al regalo, aglomeradas ahora en aquellos reductos estrechos, faltos de aire. y mal servidos.

Y no era esto solo: la severa etiqueta inglesa observada con rigidez en esta línea del Estrecho, vedábales el paseo bajo el toldo de popa; reservado esclusivamente para los huéspedes de la primera cámara.

Era para nosotros un tormento ver á jóvenes bellas, aseadas y primorosas, que por no asfixiarse, subian á respirar á proa un aire mezclado con humo y polvo de carbon; sin que nos fuera dado hacer nada por ellas, si no era ofrecerles algunas golosinas substraidas de la mesa en nuestros bolsillos.

Lota fué el terreno neutro en que nos reunimos en las cortas horas que el vapor demoró para embarcar agua, cobre y carbon.

Apresurámonos á bajar á tierra para estrechar la mano á esas amables compañeras de viaje, que la tiesura británica tenia alejadas de nosotros.

Juntos fuimos á visitar un bellísimo jardin propiedad de un hombre acaudalado, muerto hacia tiempo; y sin embargo, vivo todavia en los tesoros de arte y buen gusto que, en palacios, vergeles, jardines y galerias de pinturas y esculturas derramados por él, desde Lima hasta aquella agreste playa.

Al zarpar de Lota, el prudente Capitan del «Galicia», en el temor de algun trastorno geológico sub-marino, producido por los recientes terremotos que devastaran aquella

costa, dió el rumbo hácia afuera, y navegó en direccion sudoeste.

Dias de fatidio ante el limitado horizonte que la curva traza á la mirada, ansiosa de seguir al pensamiento; noches de insomnio escuchando el fragor de las olas estrellándose contra los flancos de la nave, y los mugidos del vapor, que las rompe, cual el unisono rugir de dos mónstruos que luchan en las tinieblas.

V

Una mañana, el «Galicia» viró, de súbito hácia el este; y pocas horas despues, con marcha segura y rápida, entraba en el Estrecho de Magallanes, cuyas montañas cubiertas de nieve desde el pié hasta la cima, presentaban el mas pintoresco aspecto.

Regocijo por la repentina transicion del tumultuoso oleaje á la linfa tranquila que nos arrullaba entre dos poéticas riberas.

Descenso á tierra, de donde volvimos trayendo ramilletes de lindas flores que se abren allí lozanas, no obstante la crudeza del clima.

Al salir de Punta Arenas, una barca tripulada por doce feísimas mujeres patagonas, vino á voltegear en torno al vapor.

Aquellas pobres criaturas, desnudas, súcias, con los ásperos cabellos enmarañados, calentaban sus ateridos miembros, en la llama de una fogata que llevaban al fondo de la embarcacion; y tendiendo las manos con ademan suplicante, pedíannos limosna, con gritos desapacibles, semejantes al graznido de las aves acuáticas.

El Capitan mandó echarles algunas sacas de galleta, que recibieron con avidez, y se alejaron enviándonos adioses en una estraña algarabia.

Las verdes olas del Atlántico habian sucedido, cinco

dias hacia, á las azules del Estrecho. Una corriente impetuosa, la corriente del Plata, chocando contra nuestra proa le imponia balances que el Capitan recibió sonriendo, cual si reconociera á un amigo.

No de allí á mucho, multitud de pajaritos de todos tamaños, y matices, arrastrados por el viento de la costa, invadieron nuestros camarotes entrando por las claravoyas, abiertas al sol de la mañana.

Acogimos á estos graciosos huéspedes como un augurio feliz; obsequiámoslos con esquisitas migajas de *pudding*, y les dejamos libre el paso para tornar á tierra, donde nos acercábamos teniendo en perspectiva la encantadora Montevideo.

Sentada entre el océano y el rio, alegre, primorosa, orlada de vergeles, semeja á una coqueta, que asomada á su balcon sonrie á dos galanes.

Nunca he llegado á Montevideo, sin sentir la alegria del que vuelve á ver un lugar conocido y amado.

No obstante, si esceptúo á un amable y estimado amigo, el señor Escardó, á nadie conozco en esa ciudad.

Pero, amo y me son familiares sus elegantes edificios; sus calles anchas y llenas de luz; sus pintorescos contornos; sus deliciosas quintas; su poético cementerio......

Mas ahora, apenas dí una ojeada á esos parajes.

Tenia prisa de llegar á la pátria, donde habia dejado tiernas afecciones.

Encontréla en una hora sublime. Sus hijos, hasta entonces divididos, por la política, en bandos enemigos, depuestos los ódios de partido, uníanse en un abrazo de conciliacion.

Y yo, elevando el corazon á Dios díjele desde el fondo de mi alma,

—Señor ya puedo morir; porque he visto la aurora de la felicidad para mi pueblo! —



LEYENDAS ANDINAS.

RECETA DEL CURA DE YANA-RUMI.

AL DR. D. ISAAC SCOBARI

Niña era todavia, cuando siguiendo á mi padre proscrito, vine con mi familia á Bolivia.

Atravesada la frontera, la multitud expatriada se diseminó en el territorio vecino; y nosotros fuimos á detenernos en un pueblo de indios situado en una vertiente de los Andes.

En aquella primera etapa sobre el suelo extrangero, todo era duelo para los desterrados que, perdidos en un dia, patria, fortuna y hogar, encontraban cuanto veian en torno suyo, tétrico y sombrío.

No así yo, para quien el hoy como el mañana aparecian siempre color de rosa.

Encantábame el aspecto agreste de aquellos lugares; y las jigantescas moles de granito que se alzaban sobre mi cabeza escondiendo en las nubes su nevada cima, me extasiaban de admiracion. Pasaba los dias recorriendo los alrededores; trepando á las alturas; saltando con las cabras sobre las sinuosas quebradas; descendido al fondo tenebroso de las huacas, con espanto de los indios, que me amenazaban con el *Chacho*, génio maléfico, habitante de aquellos parages subterráneos. Referíanme de él, historias

horribles que sin embargo, no llegaban á intimidarme hasta renunciar á tan deliciosas escursiones.

Un dia, buscando nidos en las grietas de las peñas, encontré, cubierto con una piedra, un objeto estraño, que me puse á examinar sin atreverme á tocarlo, con un sentimiento de curiosidad y de temor.

Eran dos figuras forjadas en cera.

La una representaba á una mujer vestida de *hanaco*,(*) peinados sus cabellos en multitud de trenzas rematadas con lazos de cintas de colores vivos; adornados cuello y brazos con hileras de corales, y sentada sobre un trozo de azúcar cubierto de canela, incienso y clavo de olor.

La otra figura, era un hombre prosternado á sus pies, juntas las manos, y en ademan suplicante. Vestia como los indios, calzon, poncho, escarpines y montera.

Rodeaba á este grupo la cola de una lagartija negra, que entrelazándolo estrechamente, escondia su cuerpo en el hanaco de la india.

Pudiendo mas en mí la travesura que el miedo, cojí por las asas la olla de barro que contenia aquel misterioso grupo, y fuí á mostrarlo á la mujer del ovejero, que vivia en una hondonada, á la entrada del pueblo.

La ovejera se apoderó de ella; pero apenas hubo mirado lo que en su fondo habia:

—¡Ah! pícara Chejra¡ bruja maldita!—esclamó, con una ira que me dejo espantada—Aquí está! ella es! ella misma, con su cara de vaca; con sus crines que peina el diablo, y los collares que le da para enredar al borracho de mi marido, que *hé la quí*, lo tiene atado con su cola!—

Y llevando en una mano la olla, asió con la otra de mí, y corrió hasta la casa del cura á quien me conjuró hiciera la relacion del hallazgo.

(*) *Acso*, vestido de las indias en la Puna.

Hícela, sin omitir el furor y los improperios de la ovejera.

He lá qui tatay—dijo esta, presentando al cura el cuerpo del delito.—Ahora sí que vas á quemar á la Chejra. Mira la brujeria con que tiene agarrado á mi marido, que ya no me quiere ni me hace caso— ¡Sucia! ¡desarrapada! —diciendo.

¡Quémala tatay! quémala, por los ojos de tu madre!

—¡Quemarla!—dijo el cura, sonriendo con malicia—Pero, hija mia, ¿con qué leña; si en estos parages tan áridos, apenas la tenemos para la cocina? — Yo te traeré, tatay; yo te traeré leña para hacer una fogata que se vea de una legua.

—¿Quiéres quemar á la Chejra para que tu marido vuelva á tí?

—Si tatay!

—Pues yo voy á darte para ello un remedio mucho mas eficaz. Hélo aquí:

Báñate cada dia en el remanso del manantial; cuida tus cabellos tan esmeradamante como el diablo cuida las crines de la Chejra; adórnate como ella, con zarcillos, collares y brazaletes; perfúmate, no con canela, ni con incienso, ni clavo, sino con las olorosas flores de los campos; opon á la cola de la lagartija negra, la dorada red de tus caricias; en vez de sentarte sobre azucar, derrámala en tus modales, en tus palabras, en tus sonrisas.

Haz todo esto, y.... ya verás!—

El cura rió con bondad; dió una benévola palmadita en la cabeza á la celosa india, y la despidió....

El siguiente domingo, la ovejera cuyas mejillas rosadas y lustrosas revelaban el efecto de un fresco baño, fué á misa enganalada cor gargantilla y pendientes de coral, peineta de símilor, y *lliclla* de lama de oro.

La sabiduria de los consejos del cura brillaba en las

miradas de triunfo que dirijia á la Chejra, agazapada en un rincon como una culpable.

El ovejero, arrodillado al lado de su mujer, dábase golpes de pecho, derramando abundantes lágrimas.

Serian de alcohol ó de arrepentimiento?

En cuanto al santo varon, en mas de un *dominus vobiscum* le sorprendí una ojeada de complacencia dada á su benéfica obra.

APRECIACIONES DE UNA OBRA

99 CATORCENOS DE ACISCLO VILLARÁN.—LIMA. 1877

I

Dicen que Apolo inventó el soneto para martirio de los poetas.

Esta conseja mitológica encierra una gran verdad artística.

Pocos son los modelos de este género con que puede enorgullecerse la literatura española.

Teresa de Jesús, Argensola (*) y Lope de Vega, son los autores que han descollado en la mas difícil de las composiciones métricas; en la estrofa, que dice Boileau—equivale á un largo poema.—

Los poetas modernos, haciendo gala de vencer obstácu-

(*) Os quiero confesar Don Juan, primero:
Que ese blanco y carmin de Doña Elvira
No tiene de ella mas, si bien se mira
Que el haberle costado su dinero.

Pero tambien que me confiéseis quiero,
Es tanta la verdad de su mentira
Que acompetir con ella en vano aspira
Belleza igual, de rostro verdadero.

Y qué estraño que asi perdido ande
Por un engaño tal, pues que sabemos
Nos engaña tambien naturaleza?

Porque ese cielo azul que todos vemos
Ni es cielo, ñi es azul ¡Lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza!

los insuperables, han obtenido algunos triunfos con la inmortal creacion del Petrarca.

Hartzembusch, Espronceda y Campoamor, dieron pruebas clásicas de pericia poética en sus sonetos, que son las joyas mas brillantes de la moderna musa castellana.

El primero, inspirándose en el tema de « La vida es sueño», presentó en realidad la gloria del mas grande y fecundo poeta dramático que produjeron los siglos.

El cantor de Teresa, perpetuando en un soneto su íntima ternura, decia á su amada:

« A tí las quejas de mi mal profundo,
Hermosa sin ventura, yo te envío:
Mis versos son tu corazon y el mio. »

Y el sublime vate de las « Doloras » describiendo « La vida humana » aparece en catorce versos, el mas filosófico de los literatos contemporáneos.

Y no son estos los únicos lauros conquistados por el génio con la artificiosa estrofa de que hablamos.

Manuel del Palacio la empleó en el género jocoso con éxito favorable, ciñéndose á los preceptos de la poética en rimas de admirable variedad.

II

Estas reflexiones nos ha sujerido la lectura de una série de sonetos de Aciselo Villarán publicados en la Crónica de « El Comercio » de Lima y hoy compiladas en una preciosa edicion que tenemos á la vista.

La originalidad de esas producciones, ricas de chiste y de intencion, han valido al jóven poeta merecidos elogios, y dádole inmensa popularidad.

Apartándose del sendero trillado, y con una modestia que lo enaltece, denomina CATORCENOS á sus lindos sonetos, llenos de sal ática, epigramáticos por excelencia.

Sátira delicada; objeto moral; conocimiento de costumbres; gusto esquisito y posesion de lenguaje: hé ahí, entre otras cualidades, las que mas recomiendan los armoniosos catorcenos.

Séanos permitido corroborar nuestros asertos.

III

Los versos eróticos en que los poetas echan mano de las flores, deduciendo su identidad con las facciones de la beldad cantada; han dado tema á Villarán para una crítica de sorprendente novedad en el soneto « Botánica ».

No menor mérito é iguales tendencias, hallamos al que titula « Joyeria ».

El que lleva por epígrafe « Química » escrito en términos técnicos de la ciencia á que dieron ser los célebres alquimistas; términos repetidos indistintamente en el lenguaje familiar, es tanto, ó mas ingenioso quizá, que los anteriores.

Es la piedra filosofal descubierta para ridiculizar la versificacion que peca de erudita.

La descripcion del escudo de armas de la República del Perú en el soneto « Heráldica », es aguda y oportuna.

Y así, la sátira de buena ley campea en muchos otros catorcenos, que las dimensiones de un artículo de periódico nos impiden revistar

IV

En las alusiones á las empresas privilegiadas, á vueltas del brillante chisporroteo del ingénio, revélase el benéfico anhelo de que las clases no acomodadas del pueblo cesen de ser víctima de las *esclusivas.*

En «Corte y tanteo» y en «Razones de peso», la ironía contra el abuso autorizado se alza como el campeon de la moralidad olvidada en el delirio de la especulacion.

V

Las prácticas risibles de determinados grupos sociales, y las excesivas pretensiones de ciertas individualidades copiadas con admirable fidelidad, son cuadros verdaderamente gráficos.

En «El Síndico del Monasterio», «Antipatía hidropática» y «Camino de Herradura» se encuentran retratos, que honran al crítico fisonomista.

En esos tipos exhibidos por el perfil que provoca la hilaridad, revélase el profundo estudio que el autor de los CATORCENOS ha hecho de las costumbres nacionales.

VI

Prescindiendo de la filosofia que encieran estos dos versos, rasgo notable de un catorceno magnífico, describiendo á la coqueta:

«Tiene la niña corazon por lujo
Y lleva la cabeza por adorno».

Bastarian para dar alta reputacion á un poeta, y contentar el mas refinado gusto literario.

VII

En las graciosas estrofas «Ganancia del idioma» y «Declinacion», el autor manejando el chiste incomparable que le es característico, juega magistralmente, y á su alvedrío con la lengua de Cervantes.

No un artículo sino una felicitacion, merecen esos brillantes destellos de inspirada inteligencia.

VIII

Los catorcenos de Villarán son la imágen perfecta de una época dada. Como todo lo bueno, su mérito se engrandecerá con el tiempo, y serán en lo futuro un monumento nacional.

Loor al poeta! y loor al país cuyos hijos por su alta inteligencia justifican este axioma:

« Las letras son la civilizacion. »

VELADAS DE LA INFANCIA

A Clorinda Matto de Turner

Aquella vez fué tambien Don Jerónimo quien tuvo la palabra en el círculo de seres minúsculos reunidos cada noche: en estío bajo los algarrobos del patio, durante el invierno, en torno al brasero donde se asaban las manzanas de la merienda.

—Niños mios — dijo el antiguo capataz — tengo en la mente un cuento que en otro tiempo me refiriera en Lima una vieja mandadera de convento. Os advierto que es de esos que nos siguen á la cama y relampaguean en las tinieblas. ¿Quereis este, ó Las Barrancas del Bañado?

—El que nos siga á la cama—respondimos en coro.

— Cuidado con ello, Don Jerónimo! — gritó mamá Teresa desde el rincon donde se ocupaba en confeccionar la lebadura para el pan de la familia — ¡Válgame Dios! quiere usted espantar á los niños? Ha de darles pesadilla.

—Oh! que no! –protestó la asamblea.

—Yo prometo dormir como un liron!

—Y yo como un muerta!

—Y yo como una piedra!

—Pues entónces cuente usted; cuente; que no seré yo quien trasude esta noche entre las sábanas—dijo enfadada

mamá Teresa, apartando la mano de la masa, para tenderla en señal de asentimiento.

—¡ Gracias !—esclamó suspirando donJerónimo—Pláceme hablar de aquella encantadora mansion, presente á mi recuerdo, despues de cuarenta años de ausencia.

El auditorio quedó inmóvil: cesaron las pláticas; reinó profundo silencio; y Don Jerónimo, tras un sonoro ¡hum! para afinar la voz, comenzó así su conseja:—

LA BALANZA DEL JUICIO

Habia en la ciudad de los Reyes un insigne libertino cuyos vicios eran al terror y el escándalo de sus habitantes, desde la corte del Virey hasta los mas oscuros círculos sociales.

Al oir su nombre, las madres miraban á sus hijas con medroso recelo; á sus hijos con doloroso espanto.

Sin embargo, Diego de Vargas no nació malvado. Era un mancebo de bella presencia, noble cuna, carácter elevado, y generoso corazon. La ternura de una piadosa madre, y el amor de María, doncella adorable, su compañera de infancia: estos dos sublimes sentimientos habrian hecho de Diego un modelo de virtudes, sin la funesta influencia de su intimidad con jóvenes de malas costumbres cuyo ejemplo estragó las suyas á punto, que muy luego dejó atrás á sus maestros en el camino de la depravacion.

Esclavo de las malas pasiones, habiales consagrado su vida, que repartia entre la orgia, el juego y sangrientas pendencias, de las que salia siempre llevando en la conciencia el crímen de Cain.

Mas la conciencia de Diego dormia; ó si hablaba, sus voz se perdia en el ruido tumultuoso de aquella desordenada existencia.

Lanzado en las nefandas regiones del libertinage, olvidado de la virtud, del honor, de las santas doctrinas del hogar, Diego vivia la vida cenagosa de la materia.

Abandonó á su madre y se alejó de María, destrozando aquellos dos corazones que solo latian por él.

La afligida matrona y la desolada jóven, unidas por el dolor, fueron á ocultarlo entre los muros de un asilo religioso fundado por aquella, en expiacion de los estravios de su hijo.

Allí dia y noche de rodillas en el santuario, elevadas al cielo sus inocentes manos pedian al cielo la conversion del ingrato.

Pero el cielo, sordo á sus plegarias dejaba á Diego adelantar cada dia mas en lo senderos del mal.

Entre las pasiones vergonzosas que se diputaban el alma del libertino, habia una á la que se entregaba con furor:

El juego.

No apreciaba el oro sino para ir á arrojarlo en el abismo insondable del garito, que en breve tiempo absorvió su cuantioso patrimonio.

Cada noche, llevando consigo una suma capaz de dar pan á un millar de hambrientos, Diego daba consigo en aquel lugar maldito, de donde salia: vacía la escarcela, en el alma la rábia. y la mano en el puño de su espada, espiando una ocasion, un pretesto para reñir y matar.

Y aconteció que una noche, siguiendo para buscarle querella á un capitan, que de manera desleal le ganara en el juego, acertó á pasar delante de un convento en cuyo pórtico ardia una lámpara ante la imágen de la Vírgen.

A su vista, Diego quedó inmóvil. Las tumultuosas emociones que agitaban su alma, huyeron dando lugar á nu dulce enternecimiento.

Pensó en su madre, en los dias de la infancia, esa edad

de fé y de amor cuando reclinado en el regazo materno, dormia al arrullo de piadosas plegarias, bajo el amparo de aquella divina protectora.

Diego se acercó á la sagrada imágen, dobló una rodilla y quiso orar; pero sus labios habian olvidado la fórmula de esa dulce comunicacion del hombre con el cielo.

—¡Vírgen santísima!—esclamó—mi alma está llena de iniquidades; el pecado ha echado en ella profundas raices; pero yo las arancaré para volver á ti.... !—

Y como en ese momento alzara los ojos hácia la santa efigie vióla sonreir tristemente, cual si pusiera en duda la sinceridad de ese voto.

Aterrado por aquel prodijio,—júrolo—añadió—por este bendito rosario!—

Y al buscar en su pecho la reliquia,recordó que la habia perdido en una orgia. Yba á jurar por la cruz de su espada; pero hallóla manchada con la sangre de un reciente homicidio.

Entónces, tomando del suelo una piedra: —¡Reina del cielo!—esclamó—ya que todo cuanto llevo conmigo está contaminado, sea esta materia primitiva de eterna duracion, el gaje del voto que te hago en esta hora, y se alce en mi favor ó en mi daño el dia del juicio postrero.—

Y se alejó dejando á los piés de la Vírgen aquella singular prenda de su promesa.

Al despertar, en la mañana siguiente, Diego se burló de su arrepentimiento, y volvió cual siempre, á los lugares de perdicion que frecuentaba.

Sin embargo, á pesar suyo, y como atraído por un poder sobrenatural, al mediar de cada noche, iba á prosternarse ante la Vírgen del pórtico.

Y cada mañana, el sacristan de aquel santuario—¿Qué perro judío—decía—se divierte en apedrear á la divina señora? Heme de poner en acecho para hacerlo tostar por la Inquisicion en el primer auto de fé—

Y arrojaba las piedras con devota indignacion.....

Un lance de honor en que mediaba el de una persona de alto coturno, ocasionó á Diego un encuentro con el favorito del Virey.

Era este un espadachin diestro en al manejo de todas armas.

No obstante, Diego lo mató en el combate.

Perseguido de cerca por la justicia, vagando en busca de un asilo, sus pasos lo llevaron hácia el lugar donde tenia empeñadas tantas promesas.

El pórtico estaba oscuro: la lámpara no ardia en el nicho cual solia; pero la santa imágen resplandecia rodeada de luces en el fondo del santuario, cuyas puertas abiertas y el suelo sembrado de flores, aguardaban la solemne alborada de Cuasimodo.

Diego se refugió en aquel sagrado recinto; y abrumado de fatiga, cayó postrado al pié del altar.

La hora; el lugar; la soledad; el silencio; las largas siluetas de sombra que las estátuas proyectaban en lo hondo de la nave; la luz oscilante de los sírios; la atmósfera saturada de incienso: todo esto comenzó á producir en la mente de Diego, estrañas alucinaciones.

El las rechazaba; pero en vano, porque volvian bajo mil estravagantes formas.

Fatigado de aquella, lucha fué cayendo por grados en un abatimiento letárgico; y entre el sueño y la vigilia, tuvo una misteriosa vision.

Un inmensurable espacio abria ante él su medrosa estension; vacia y silenciosa, suspendida entre el cielo y la tierra, veíase una balanza gigantesca, cuyos recipientes pendian sobre dos abismos: uno de luz, otro de sombra.

En el centro, un ángel de semblante bello y triste, esperaba el juicio de una alma cuyas culpas y virtudes iban á pesarse en la fatal balanza.

Diego sintió que sus cabellos se erizaban; porque una voz interior le decia que aquella alma era la suya; Y preso el corazon de mortal ansiedad, tenia fijos los ojos en la formidable balanza.

De repente, como traidos por ecos lejanos, gritos angustiosos de agonía llegaron al oído de Diego; y un torrente de sangre se precipitó en la balanza y la inclinó sobre el abismo tenebroso, del que se elevaron llamas y horrendas maldiciones.

Diego reconoció los gemidos y la sangre de sus víctimas; y el espanto heló su corazon.

Pero en el momento que las llamas comenzaban á lamer los bordes de la balanza, el ángel dejó caer sobre el opuesto recipiente una dulce plegaria que, pesando sobre él, lo llevó hácia la region luminosa.

Diego quiso repetir aquella plegaria que era la plegaria de su madre; quiso tender sus manos á ese ángel, que era el ángel de su guarda; pero el espíritu celestial fijó en el una mirada severa que lo hizo enmudecer.

Y hubo un silencio terrible de espectacion.

Y se oyeron tristísimos lamentos, sollozos y llantos desesperados.

Eran la voz de *Ramá*, el gemir de las madres, clamando contra el matador de sus hijos.

Diego dió golpes en su pecho con una honda contricion.

Pero á ese tiempo un rio de lágrimas cayó en el recipiente de las culpas que descendió hasta la boca del horrible cráter, abierta para recibirlo.

El ángel cubrióse el rostro con las alas y lloró. En los aires resonó la voz del *miserere*; y Diego acordóse de la Vírgen del pórtico, é invocó su nombre con fervor.

En ese momento, el cielo se iluminó con un resplandor intenso; y una mujer de hermosura celestial cruzó el espacio sentada en un trono de doradas nubes, y acercándose

á la balanza, dejó caer sobre ella de su estrellado manto un monton de piedras que la precipitaron en la region de la luz....

Las notas sublimes del *Hosanna* evaporaron aquel desvarío; y Diego al despertar, encontróse en los brazos de María y á lo pies de su madre, que unió á los dos amantes en un abrazo de bendicion.

ESCENAS DE LIMA

EL REGRESO

1875

—Héla ahí! hé ahí, la bella ciudad con su nacarado cielo, sus sombrosas alamedas, sus floridos vergeles, su perfumado aliento. Héla ahí, tal como á lo lejos aparecia á la mente en los prestigiosos mirages del deseo.—

Así decia yo, mientras, llevada por el vapor, atravesaba el polvoroso camino del Callao, arribaba á las puertas de la metrópoli y me detenia en la Estacion.

Lima! hé aquí tus calles anchurosas, llenas de luz. Con qué placer siento bajo mi pié la losa de tus veredas! A mi oido llegan como un arrullo los gritos del fresero, del *ante* y de la tamalera.

De lo alto de los balcones; al traves de las misteriosas celocias, que guardan las ventanas, rostros amigos, encantadores rostros, me envian al paso, afectuosas sonrisas.

Mas, yo tengo prisa. De larga distancia y abreviando jornadas, hame traido el anhelo de llegar este dia: el único ay! que el ingrato olvido de los vivos concede á la memoria de los muertos.

Apresurémonos á ir hácia ellos; atravesemos la bulliciosa ciudad; y cosechando flores en los jardines del Cercado, vamos á derramarlas en la mansion del eterno sueño

Invádela una inmensa muchedumbre. Los sepulcros desparecen bajo la fronda de perfumadas guirnaldas, precio de doce meses de abandono!

Y yo, tambien, llego con mi ofrenda á ese lugar sagrado donde dejé mi corazon.

Manos piadosas han reemplazado á la ausente, dejando allí cariñosos recuerdos.

Pero ¡ay! cerca de los nombres que el labio invoca entre sollozos de eterno duelo, otros encuentro pertenecientes á seres que no há mucho, al partir, dejé llenos de vida, y ahora yacian bajo el helado mármol de la tumba. Vigil! Ureta! angelical Fransisca! y tú, querida Rosa amor y orgullo de tus amigos!....

—Héla aquí—esclaman en un grupo de jovenes....

Y se arrojan á mí; y me estrechan en sus brazos, y con besos secan mis lágrimas.

Y llegan otras: Angélica, Julia, Amelia, Emma, Florinda; y otras, aun: las chicas esos ángeles que poblaban mi hogar y hacian de él un paraíso.

Ah! dulce es verse amada de esta suerte! ¿Qué dolor no se mitiga al suave calor de este afecto juvenil?

—Pero, señoritas, diríase que mi ausencia ha sido á Vds. favorable en desarrollo y belleza. Cuán bella estás, Delfina! y qué graciosa tú, y esbelta, Teresita... Mas nadie como esta hechicera Bebé. ¿A qué serafin le has robado esos sedosos rizos?

—Son mios! mios son, señora.—

Y la encantadora criatura mesaba los bucles de su cabellera luciente y perfumada.

—Así los llevé—añadia—cuando, vestida de paje, tanto me divertí en el último baile de fantasía. No es verdad Luisa?

—Sí: page de una condesa.

—Page de una condesa! yo, una republicana!.. Jamás! —esclamó con arrogancia aquella preciosa figurita.

—¡Singular coincidencia!—la dije—yo tambien, al dejar la opulenta ciudad de Buenos Aires, asistí á una fiesta semejante; y en ella ví á un lindo pagecillo, un cierto Rodolfito Carranza que te destino por esposo, allá en las rosadas nubes del porvenir.

—¿Y en dónde están esas bellas nubes? Aquí solo veo nubes grises; y, como dice mi abuelito, color de diablo aburrido.

—Las nubes color de rosa, linda mia, se forman allá, muy lejos, sobre un rio de plateadas ondas....

—Qué veo! detrás aquel grupo de rosales una jóven recata el rostro bajo la blonda de su manto. Creeria que es Marieta. ¿Ha dejado el convento?

—Sí; pero á pesar suyo. Las monjas la han despedido, por miedo á su tutor, cuya condena está ya para cumplirse.

¡Y ese hombre encontraba, desde alli, ocasiones de amenazarla!

Así, no sabe la infeliz donde esconderse para escapar del puñal de aquel malvado.

Un venezolano, hombre de corazon y de ánimo esforzado ama á Marieta y quiere hacerla su esposa; pero la desventurada, que corresponde á ese amor, rehúsalo, no obstante, porque no quiere exponer á su novio á la venganza de ese demonio.

—¡Por Dios! de quién se trata?

—Del tremendo ochenta y uno de la Penitenciaria, un rico hacendado del Norte, que hizo de su casa un cementerio con las víctimas inmoladas á sus celos, y cuyos corazones hacia comer á la pobre niña con un revolver en la sien.

—Horror!

—Por dicha, y para indemnizarnos de la presencia de esos monstruos, Dios en su misericordia, ha puesto en la tierra tantos ángeles de bondad y de amor.

—Clemencia S. tomó el velo de religiosa para ceder á

su hermana el amor de aquel á quien su corazon idolatraba.

—Y la santa madre del bandido Robles, que rogaba á su hijo huyera y le daba el itinerario de la fuga despues que la habia asesinado.

—Y aquella sublime María Armas, cuyo sepulcro hemos visto no ha mucho, que abandonaba su lujosa morada para vivir entre los desgraciados.

—Y vosotras, queridas mias, vosotras, tan buenas como bellas, ¿de qué virtud, de qué abnegacion no sois capaces? Sois la *sal de la tierra*, que sin vosotras quedaría lóbrega y triste....

A estas palabras, el eco de mi propia voz resonó dolorosamente en el fondo del corazon....

Uní en un abrazo á estas preciosas criaturas, y alejéme dejándolas entregadas á las frescas ilusiones de la vida.

EL TORNAR DE LAS HADAS

NUBES DE VERANO

Vinieron, en fin, por vez primera, despues del regreso, reunidas, y formando encantadora falanje, aquellas que me prefieren á las amigas de su edad; y cuya turbulenta alegria es, para mi alma cansada y triste, como el rocío á las arenas del desierto; como á la noche los primeros rayos de la aurora.

Inteligentes como bellas, ámanse, agenas á rivalidades y emulaciones gozando las unas con los triunfos de las otras.

Y yo que las amo con igual cariño, soy el lazo que las une.

Cuán dulce es para quien yace en la sombra, contemplar esos destellos de luz!

Invaden un salon como una bandada de canarios, riendo con su dulcísima voz; rejistrándolo todo; discutiendo en chistosas observaciones, y espirituales comentarios que recuerdan las deliciosas tradiciones de la saya y manto.

Para apreciar el brillante ingenio que caracteriza á las jóvenes limeñas, es necesario escuchar sus pláticas entre ellas, libres de la reserva que su timidez les impone en presencia de los hombres.

¡Qué donaire, qué gracia, qué ática sal derraman las palabras y las sonrisas de aquellos rosados labios!

Pero, ahora no rien. Al contrario, sus lindas caritas muestran severo el entrecejo.

Oh! Dios! ¿quién ha podido enojarlas? Cristina trae en la mano un periódico. Cual será ese desdichado? Presérvelo el cielo de su crítica, fina, flexible, aguda y mortífera como una hoja de Damasco!

Misericordia! es un número de «La Alborada de Lima.»

—Señora mia, no es verdad que este Semanario está consagrado esclusamente á las señoras?

—Cierto! y por demas es preguntarlo.

—Y entónces ¿por qué se ha dado lugar en él, y, todavia en su seccion de honor, á los calumniosos desatinos que, ni aun en son de chismografia, debió Ruy Blas referirnos?

—Publicar el relato de tales indignidades!

—Eso es infame!

—Inaudito!

—Es insultarnos en nuestra propia casa!

—No os irriteis tanto, queridas mias, contra el señor Ruy Blas. Su intencion ha sido buena. Y si no anduvo acertado en aquello de decir:—« Tal dijeron de vosotras; pero yo os defendí,» el pobre gallardo paje, vá á llevar su merecido por la blanca mano de Eva en un artículo que nos envió el viérnes.

Hélo aquí:—

Reclinadas unas en el hombro de las otras, léenlo todas á la vez.

—Bah! qué Evita tan santa! ¿A qué gastar sus bellas frases?

—¿Por qué no deja ladrar á los hombres?

—Que son unos perros!

—Y nosotras la luna!—

A estas palabras, el gracioso *meeting*, desarrugado el entrecejo, echó á reir con carcajadas tan picarescas, que á oirlas, habrian desconcertado á Ruy Blas. Sin embargo este mismo caballero habria doblado la rodilla en demanda de perdon, si escuchara á una de aquellas sus enemigas, que cesando de reir, dijo entre dos suspiros:

—Malvados! seres perversos!.... y tan necesarios á nuestra dicha, como padres; como novios; como esposos; como hermanos.

CON LA PUERTA EN LAS NARICES

Así fueron despedidos los novios de dos lindas niñas hijas de Don Pedro, Arciniega, hacendado de Ate, valle cercano á Lima.

Fué el caso que las chicas se antojaron dar un paseo á caballo escoltadas por ellos en los jardines de Surco, lindo pueblecito cercado de huertas sobre el camino de Chorrillos.

Requerida la respectiva licencia, negóse á darla el señor Arciniega, alegando inconveniencia.

Pero las picaruelas, amparadas por la condescendiente madre, pasáronse de esta formalidad; y abrochadas en elegantes amazonas de cachemira azul, chapeos del mismo color sobre los negros rizos, cabalgando en briosos caballos, emprendieron muy contentas la romántica camparia.

Justamente enojado por esta desobediencia, D. Pedro resolvió darles á ellas y á ellos, una buena leccion.

Fuése con gran diligencia á su chacra del valle de Ate; descolgó media docena de rifles que tenia para defensa del fundo; armó á otros tantos peones; montó con ellos á caballo, y cubriéndose el rostro con antifaces, tomó la direccion de Surco.

No de allí á mucho descubrió á las enamoradas parejas.

Picó espuelas al caballo, y seguido de los suyos, dióles alcance entre las tapias de un alfalfar.

—Dios mio! ladrones! —esclamaron las niñas, yertas de espanto ante aquella banda de enmascarados.

—¡Por Dios, Cárlos! no haga Vd. resistencia.

— Alberto! en nombre de nuestro amor, no exponga Vd. su vida que es la mia.—

Pero los mancebos no necesitaban de aquellas recomendaciones; y pálidos, y trémulos, aguardaron.

—A ver! esos mocitos pié á tierra!—

Ambos se apearon.

—De qué nacionalidad son estos zanguangos?—

Apesar de su miedo, los jóvenes se mordieron el labio de rabia; pero á mas no poder.—Ecuatorianos—respondieron.

—Ecuatorianos! ¡Si serán estos villanos los asesinos de García Moreno!

—No! señor! no!—gritaron las niñas, abogando por sus futuros.

—¡No! ¡y dejaron á ese monstruo, apoderarse de su patria y beber la sangre de su hermanos! Al suelo infames! al suelo, y boca abajo!—

Ellos obedecieron.

—Vosotros, apoderaos de sus caballos; que yo me encargo de las ninfas

—Piedad! por Dios! piedad para nosotras, señor—clamaron las jóvenes, llorando.

No teman las rapazuelas—dijo el bandido—aunque bien merecian un desaguisado, por haber tenido la boberia de confiar la custodia de su bulto á ese par de *maricas.*—

Y volviéndose á los aterrados novios.—Si osais moveros antes de media hora—les dijo—ahí dejo un centinela que os levantará la tapa de los sesos.—

Y cargó con las niñas y los caballos de sus acompañantes.

Cuando hubo pasado un tiempo que para ellos fué una eternidad, los asendereados pretendientes, levantándose, empolvados y maltrechos encamináronse á la estacion de Barranco.

Pero cuál fué su sorpresa al encontrar allí sus caballos y saber que Don Pedro Arciniega, que su futuro suegro, los habia dejado con encargo de entregárselos á ellos.

Todo lo comprendieron entonces; y avergonzados, no osaron presentarse en casa de sus novias.

Pero, cuando el corazon habló mas alto que la mortificada vanidad y los llevó á solicitar verlas, recibieron un portazo!

LA TÚNICA DE LA VÍRGEN

En una temporada célebre en los fastos de Chorrillos, Cristina B., una de las mas lindas muchachas que se bañaran en las ondas de su golfo, hallábase una mañana en el corredor de su *rancho* divisando algo en la calle, oculta entre los pliegues de la ancha vela de lona que cerraba aquella especie de vestíbulo.

¿Qué vé? Su actitud es del que espera.

Acechaba á la ora del tren, el paso de alguna persona conocida para hacerle un encargo.

—Manuel!—gritó de repente.

Mas de doce jóvenes, se volvieron, solícitos á ese reclamo.

—Manuel S.

Un buen mozo, el dueño de aquel nombre, se acercó á la vela de donde la voz salia.

—Oh!—Manuel, esperaba á Vd. para recomendarle esta carta.

—Démela usted pronto, que la campana ha sonado, y apenas tengo tiempo para llegar á la estacion.

— Héla aquí. ¿A qué hora regresará usted?

—A las cuatro.

—Ah! sea usted bueno hasta el fin: lléguese á casa por la respuesta, y reciba el vestido que Manuelita vá á recoger de la modista. Es el que llevaré en el baile de esta noche.—

Manuel recibió la carta y partió sonriendo.

Aquella tarde, á su paso para regresar á Chorrillos recibió de Manuelita una caja de carton y esta carta; escrita á toda prisa.—

«Va la falda de gasa de Italia: es lo único que ha acabado tu modista. Puedes llevarla con un corpiño de raso blanco, y todo está remediado.

«Con la falda te envio la linda túnica de tul blanco bordada de perlas que ofrecí en mi enfermedad á mí Señora de los Dolores.

«Vístesela tú misma. Lindísima! no es verdad? Ah! lo menos que debe á la hermosa Madre tú—

Manuelita.»

Manuel encontró en el tren unos amigos que lo invitaron á una partida de rocambor en la casa de uno de ellos, situada en la calle de la estacion.

Distraido con el juego, envió á Cristina la caja, pero olvidó la carta.

Peinados en rizos sus hermosos cabellos negros, y sobre ellos una lijera guirnalda de florecillas blancas, Cristina, envuelta en una bata, aguardaba el vestido que Manuel debia traerle de Lima.

Un criado, portador de la bienaventurada caja, arrancó á Cristina un grito de gozo. Era ya noche, y ella no estaba vestida.

Precipítase sobre el carton: lo abre, y.... se queda pasmada.

—¿Qué es esto? Una túnica de tul blanco con arabescos de perlas! Esa francesa está loca!... Bah!... y sin embargo, es magnífica!... Ensayemos! ...—

Cristina vistió la bella falda de gasa de Italia; abrochó sobre ella una cotilla escotada de razo blanco, y, entre risueña y recelosa, endosó la graciosa túnica de mangas perdidas escarchada de perlas, que la dió luego el aspecto de una de esas bellas matronas romanas de lós suntuosos tiempos del Imperio.

Nada comparable á la hermosura de Cristina en los salones del baile. Todas las miradas eran para ella.

A la mañana siguiente, media docena de sirvientas pertenecientes á otras tantas amigas suyas llegaron á pedirle de parte de sus amas la túnica de tul blanco bordada de perlas que llevó en el baile, á tiempo que el sacristan, avisado por Manuelita, se presentaba reclamándola para la Vírgen de los Dolores.

EN EL ALBUM DE H. F. V.

Desterrada de la patria y ligada para siempre á lejano suelo por el vínculo de un sepulcro, existe una mujer que, como Raquel, no quiere ser consolada; y envolviéndose en las sombras de un eterno duelo, desafiaba á la vida á verter en su alma una gota de alegria.

De las floridas playas de aquella pátria perdida, procedido de una gloria inmortal, vió un dia llegar á un hombre, ceñida la sien con los laureles del guerrero, del tribuno y del filántropo. Un pueblo inmenso lo espera con el hosanna debido á los héroes; y lo elevó en un pavés, y lo victoreaba con frenético entusiasmo.

Y ella, ella sintió que su corazon palpitaba con los dulces latidos del orgullo nacional; y sus ojos, secos por el llanto, derramaron dulces lágrimas. Y por vez primera, despues de largo tiempo, elevó á Dios una plegaria; porque aquel sentimiento habia refrescado su alma.

Lima, 1871.

«APUNTES DE VIAJE»

POR S. ESTRADA.

(En «El Autógrafo Americano»)

Dejo el libro para tomar la pluma. ¿Podrá ella expresar las impresiones que su lectura en mí ha producido?.

Imposible!

El título modesto que lleva—«Apuntes de viaje»—como esas pequeñas puertas con que los orientales ocultan sus magnificos alcázares, encierra tesoros de poesias, que hacen de él un perfume para el alma, un hechizo para el espíritu.

Para quien estas líneas escribe tiene un encanto mas —el dulce y melancólico mirage del pasado.—

Allí estan los inmensos horizontes de nácar y grana, contemplados en la edad de oro de vida; allí esas praderas tapisadas de flores, que recorrió la infancia con pié ligero; allí la hoguera campestre á cuya lumbre, sentada en una piedra y la mano en la mejilla, la niña escuchaba maravillada las trovas del payador, y las pasmosas odiseas del vaqueáno. Allí está la figura imponente y simpática del gaucho legendario que meció su cuna; allí el doloroso adios á la patria, y el triste camino al traves de esos Andes, ensangrentados los piés en el granito de los desfiladeros, aunque llena la mente de los rientes ensueños de la juventud; y mas tarde con el desaliento de la ilusion

perdida, y mas tarde ¡ay! entre las sombras de un eterno duelo!

Al recorrer esas encantadas páginas, paréceme escuchar la voz de la patria que me llama en el sacro rumor de sus selvas, en la brisa perfumada de sus prados, en el murmullo de sus rios en el canto de las aves en el mugido del Pampero, en el fragor pavoroso de las tormentas.

Ah! si alguna de esas cosas santas y amadas pudiera olvidarse, bastaría una mirada sobre los renglones de ese bello libro para recordarla, viva y palpitante de verdad, á la mente y al corazon.

LA VOZ DEL PATRIOTISMO.

PALABRAS DE LA SEÑORA GORRITI EL 25 DE MAYO DE 1875.

Damos un lugar preferente en nuestro periódico al siguiente discurso de nuestra coloboradora la Señora Gorriti, en el acto de la distribucion de premios de la Sociedad de Beneficencia de esta ciudad de Buenos Aires. Nuestro lectores nos lo agradecerán, porque él encierra belleza de forma, ternura de espresion, delicadeza de sentimientos; y sobre todo un perfume de patriotismo que inunda el alma de amor y de esperanza. Tan breve como es, él produjo honda impresion. Pronunciado con la voz temblorosa de una anciana, parecia venir de la region misteriosa donde moran los padres la patria.

Aceptemos esas palabras como fórmula del pensamiento generoso que animó un dia á los próceres de la independencia Sud Americana.

«La Gaceta Musical»

Señoras de la Sociedad de Beneficencia:

Señoras: Despues de muchos años veo al fin realizarse el voto ardiente de mi corazon encontrándome en estos dias clásicos de la libertad á orillas del legendario Plata.

Hija de un guerrero de la independencia, cuya espada contribuyera en primera linea á la emancipacion de la patria, creíame siempre con derecho á tomar parte en la conmemoracion de sus gloriosas tradiciones aquí, donde

partió el gritó y se alzo el brazo armado que echó por tierra el poder colosal de los tiranos.

Honrada con vuestra graciosa invitacion para presenciar este espectáculo conmovedor, me es grato señoras, felicitaros por los efectos de vuestro evangélico celo en los admirables progresos de la generacion brillante que nos redea. Sus triunfos son los nuestros; y estas tiernas niñas que os deben la vida del espiritu y del corazon, serán un dia imitando el ejemplo de sus bienhechoras, útiles ciudadanas y dignas madres de familia, que inspirarán á sus hijos las austeras virtudes republicanas. Tales eran las esperanzas del ínclito Belgrano al instituir premios para la educacion pública.

Señoras: la caridad cual vosotras la practicais, no solo cautiva y encanta, sino que penetra el alma de profunda veneracion.

Dignaos aceptar la mia, bellas y amables compatriotas, que es tanto mas sincera cuanto emana de la honda conmocion que sentí al visitar por vez primera este importante establecimiento.

Peregrina de un largo destierro, en el ocaso de la vida, sin otro título que un inmenso amor á la patria, os ruego en nombre suyo que persevereis en la mision sublime que os habeis impuesto de madres y consoladoras de los desamparados. Os pido mas todavia: emplead vuestra dulce y poderosa influencia en desvanecer pasados desacuerdos; que vuestras sonrisas derramen sobre ellos la concordia, la paz el olvido; y que de hoy mas, el Sol de Mayo, el sol de nuestros padres; nos encuentre unidos en un abrazo de tierna fraternidad, como herederos de una misma gloria, como hijos de una misma patria.

He dicho.

EL TIEMPO Y LA ETERNIDAD

(DEL FRANCÈS)

....Toda cosa humana en la tierra participa del tiempo y de la eternidad: del tiempo, cuando es una simple accion traida por la circunstancias y desvanecida con ellas; de la eternidad, cuando es una verdad ó una virtud.

Una verdad: es decir la palabra invariable de siglo en siglo, de comarca en comarca.

Una virtud: es decir una accion bella en sí misma, imperecedera, y resplandeciente por su propia belleza.

El hombre, á cada paso sobre la tierra, tiene la eleccion del tiempo y de la eternidad. Tú quieres vivir: es decir por el cuerpo, por la epidermis: sentir, gozar, recoger, desflorar el placer. Bien pero acuérdate, que arrojas tu alma al espasio, que la entregas trozo á trozo al tiempo que huye y muere para dejarlo huir con la misma rapidez y morir de la misma muerte. Has podido, sin duda jugar al juego de la vida: recoger, gastar, anotar el ruido del oro agotar la magnificencia de Sardanápalo, torturar la materia para extraer de ella una voluptuosidad mas, una mólecula mas á tus banquetes. Al cabo de cuenta, has pasado, no has vivido. Tu paso no habrá sido sinó un largo suicidio. Tú no has dado ningun gaje á la eternidad, y la eternidad, á su vez, no te conocerá el dia del recuento.

Ese dia recobrarás tu alma en el mismo punto de partida que la tomaste al nacer.

Al contrario, tú, que quieres vivir de eternidad: es decir: por la simpatia, por el pensamiento: amando, conociendo, elevando sin césar en tí la ciencia, la justicia, la abnegacion, la caridad, la austeridad, la meditacion: todas estas cosas divinas, como una escala celestial, para subir indefinidamente á la eternidad. Tú has vivido, y por ello vivirás.

Has alimentado tu alma, la has embalsamado de eternidad.

La eternidad te espera en un magestuoso misterio; y cuando la noche de tus dias haya venido, dirás:—He llenado mi jornada y puedo ir á dormir.

Tú encontrarás al otro lado de la montaña la parte de inmortalidad que desde este mundo habiás puesto en reserva. Recobrarás el ser en un grado mas en la gerarquia de la existencia, porque lo recobrarás enriquecido, ó por mejor decir, divinizado con todo el viático de merecimientos que hayas aglomerado en tu vida primera.

Cosa estraña! buscamos fuera de nosotros, léjos de nosotros, nuestra inmortalidad, cuando la llevamos con nosotros en cada verdad, en cada virtud: alusion de la esencia eterna depositada en nuestra alma para ser la forma inmutable de nuestra vida futura.

La hora marcha; la hora pasa; nosotros morimos; pero ninguna de estas cosas muere, ni pasa con ella; ninguna potencia de la tierra tiene poder sobre esta parte sagrada, invariable de nuestro ser, que aparece sin cesar á nuestro llamamiento, sin que la muerte contínua de nuestra vida desprenda de ella ni una sola partícula.

Así, el justo, habituado á vivir en intimidad constante con la idea de la eternidad, reviste en cierta manera su inmutable actitud. Así, escapa á la perfidia del tiempo y á la traicion de la fortuna, llevando al traves del flujo y reflujo de la victoria y la derrota, una paz profunda y una dulce impasibilidad. La afliccion de Job puede descender sobre su casa; el *simoun* dispersar sus rebaños; el fuego

devorar sus mieses; la fiebre quemar su carne hasta la médula.

¿Qué es para él la cólera del déspota; la punta del aguijon; el vinagre vertido sobre la herida; la ola inconstante de la opinion?

El, ha construido sobre la roca, para abrigar su cabeza, un templo de serenidad de un mármol mas espléndido y mas indestructible que el mármol de Páros........

GERVASIO MENDEZ (*)

I

El mundo moral es un reflejo del mundo físico; el pensamiento del hombre es una repercusion de la naturaleza que lo rodea; sus obras un mosaico formado con fragmentos de su propia existencia.

Cuando al hojear con mano ligera, una de esas producciones que el mundo llama del arte, encontramos escenas palpitantes de sentimiento y de verdad, acentos que hieren las fibras del alma, despertando en ella écos dulces ó dolorosos, achacamos á la imaginacion del poeta esos cuadros cuyos colores son la sangre de su corazon; esos acentos, vibraciones de su gozo ó de su pena.

—Fingen los poetas—dice Moreri, al hablar del tormento de Prometeo, que es el tormento de esos hijos de lo sublime, sintiéndose fatalmente encadenados á la tierra, despues de haber escalado el cielo y robádole su fuego.

Los recuerdos de la perdida luz inspiraron á Milton su radiante «Paraíso»; el proscrito de Ravena encarnó la nostálgia en su terrífico «Infierno»; Childe Harold derramó en las aventurosas peregrinaciones de su héroe, las ilusiones, los desencantos, los tedios y los dolores de su vida.

Tal carácter tienen tambien las producciones del poeta cuyo nombre encabeza estas líneas.

(*) Este trabajo fué leido por el Sr. Eduardo Bustillo, en la Actuacion literaria musical de Quilmes el 10 de Febrero de 1878, cuyo producto se destinó para aliviar las necesidades del poeta enfermo.

II

Escuché por vez primera sus versos entre los explendores de una fiesta literaria.

Era una noche de verano, á orillas del mar, bajo los dorados artesones de un palacio.

Allí se encontraban los mas distinguidos representantes de la poesía en Lima, esa ciudad donde todo es poético, hasta las olas de su rio. Palma, Arona, Rossel, Fuentes, Aciselo, Izquierdo, *Haravicu*; y la sentimental Juana Lazo, y la brillante Villarán, y Mercedes Carbonera, la filosófica escritora, y Adriana Buendia, *la divina adolescente de la lira de oro.*

Y alternando con novelas y tradiciones, uno hacíanos oir una oda; otro un romance; este una silva; aquel un soneto.

De repente, las notas del piano resonaron con el dulce arpegio del *recitado*, ese vaiven embriagador de la música y la poesía enlazadas; y en medio al rumoroso silencio de un selecto auditorio, la voz del poeta interpretada por la rosada boca de una niña, exhalóse suave y vibrante como el sonoro pleyel que la acompañaba, elevándose «A Dios.»

«No es este canto el éco de la ola
que azota el huracan de la desgracia,
y que envuelta en la espuma de la ira,
contra los muros de mi pecho brama;
es este canto,
¡Dios de mi alma!
La mas tierna espresion del sentimiento
en la flor del recuerdo perfumada.

Es la esencia del bien, suave perfume
que el pasado en mi espíritu derrama,
que el transcurso del tiempo no evapora,
que el viento del dolor no me arrebata;
única aroma
única lágrima
que ha quedado del llanto de la aurora
de mi vida en la adelfa deshojada.

....

Imposible seria describir la emocion que esos versos mezclados al timbre de una dulce voz y á los sonoros acordes del piano, produgeron en aquella asamblea de poetas.

A cada estrofa, entusiastas aplausos interrumpian el recitado; y el nombre del poeta, y su gloria, y su desventura, embargaron los ánimos el resto de la noche.....

Ironia del destino! Mientras que el infortunado jóven velaba en doloroso insomnio, al otro lado del continente, era el héroe de una brillante fiesta.....

Un año despues, tambien un capricho del hado, traíame á mí á estas playas y me daba la ocasion de conocer al poeta de los dulces versos.

Hijo de una tierra que tiene por patrimonio la hermosura y la poesía, Gervasio Mendez era un apuesto mancebo, del que ¡ay! solo quedan la cabeza y el corazon. En ellas hánse refugiado la belleza y la vida, devorada por la cruel dolencia en su gallardo cuerpo.

Al acercarme al lecho en que yacía, el mártir levantó la frente, que, meditabundo, reclinaba en la almohada; fijó en mí la luminosa mirada de sus ojos garzos, y tendióme con doloroso esfuerzo una mano blanca, fina y de rosadas uñas; pero, rígida, y fría cual la de un cadáver.

En ese momento, tres bellas jóvenes, frescas y ligeras como sílfides, invadieron la silenciosa estancia, y rodeando al jóven, sonreíanle con seductoras sonrisas.

—Miradnos, querido poeta—le decian—Estamos lindísimas, verdad?

—Oh! es que venímos de una boda.

—Y como diriais vos en un epitalamio, traemos el reflejo de la felicidad.—

Y aquellas bellas criaturas, en la intencion de distraerlo referíanle con inocente crueldad, rientes escenas de bailes, cabalgatas y paseos en los verdes campos, y bajo las sombrosas alamedas de los vergeles.

Él las escuchaba con una dulce sonrisa.

Un sollozo le hizo volver hácia mí los ojos; y viendo lágrimas en los mios:

«No hay esperanza—dijo—mas no importa,
si mi existencia fué en el mundo corta,
si una tumba me muestra el porvenir,
hay mas allá, tras el sepulcro helado,
otro cielo, otro mundo reservado,
al que en este nació para sufrir.»

....

III

Cuando dejé aquel santuario del dolor, llevaba en el alma hondo remordimiento por haber muchas veces pedido á Dios cuenta de las penas que le plugo enviarme. Sentíame avergonzada de mi cobarde impiedad, ante la serena resignacion que resplandecia en la frente de aquel bello jóven, que vee agitarse y sonreir en torno suyo la vida, en sus mas seductoras manifestaciones, mientras él se halla encadenado á una fatal inmovilidad.

RECUERDOS DEL DOS DE MAYO

INCIDENTES Y PERCANCES

En la vida de las naciones como en la de los individuos, hay dolencias para las que son necesarios remedios heróicos que á costa de dolorosos sufrimientos, los restauran y fortalecen.

Así, cuando un pueblo se halla bajo la accion fratricida de la guerra civil, nada hay para él, en el sentido moral, tan saludable como una guerra nacional.

Es el cauterio aplicado á sus llagas; es una sublime expiacion que él acepta con religioso anhelo, con santo entusiasmo.

Y el arma de Cain, arrojada con horror,cae de las manos; y los brazos se entrelazan con fraternal efusion, y el ósculo de concordia succede al ademan de amenaza; y el color de los partidos desparece, fundido en los sagrados tintes del pabellon nacional.

Tal espectáculo presentaba el Perú en Lima el primero de Mayo de 1866.

Habríase creido una sola familia la multtiud de pueblos venidos á ella ese dia, para combatir al enemigo que extendia ante nosotros una línea de naves potentes, amenazadoras, prontas á enviar sobre las rientes playas peruanas el estrago y la muerte.

Las campanas de la metrópoli tocaban á plegaria ; cual

en un dia de angustia; y sin embargo, en todos los semblantes resplandecia el gozo, y vítores anticipados de triunfo se elevaban de la muchedumbre que en inmensa oleada se dirijia al puerto.

Entre ella, arrebatado por las mismas emociones, iba un átomo:

Yo.

Perdonad, en gracia del epígrafe de mi relato, este pronombre intolerable y por demas impertinente cuando, como ahora, no lo disculpa una absoluta necesidad.

¿Qué movil me llevaba á mi sér débil, allá, donde iban á luchar los fuertes?

Deseaba ver abatido de nuevo ese pabellon de castillos y leones que nuestros padres en otro tiempo humillaron; deseaba contemplar de cerca en la frente de nuestros bravos la aureola de una gloria nacional; deseaba....Deseaba substraerme á un dolor inmensurable, cuyo espectro divisaba en un porvenir no lejano; y corria allí, donde la muerte iba á cernerse halagada por una lúgubre esperanza.

Salí furtivamente de casa y fuí á reunirme, en la estacion del ferro-carril á las hermanas de Caridad, con quienes debia ir al Callao.

Al tomar el tren llamé á un amigo que acertó á pasar por allí, y que me preguntó con inquietud á dónde iba.

Sin responderle, díle mis llaves.

—En el ropero de mi cuarto—le dije—hay unos soles. Dé V. uno cada domingo á mi niño. Pocos son; pero cuando se hayan acabado, Dios proveerá.—

Mi amigo hizo un ademan de dolor; guardó las llaves, y quedóse llorando.

Yo auguré bien de aquellas lágrimas pensando en mi hijo.

El tren partió entre dos murallas de espectadores que hendian el aire con inmensas aclamaciones, repetidas por

los pasajeros, que iban todos alegres. Motivo tenian de sobra.

Para los dichosos allá estaban el triunfo, la gloria; para los desgraciados el fin de todos los duelos: la muerte!

De súbito, los que con tanto entusiasmo corríamos, sentimos el frio de una desagradable sensacion.

El tren se habia detenido delante de Bella-Vista á una decena de cuadras del Callao.

De allí á este punto el camino habia sido despojado de sus rieles.

Los pasajeros saltaron alegremente á tierra y siguieron la marcha á pié.

Yo iba á seguirlos.

—¿Dónde vá V.?—díjome la superiora.—Aquí hemos establecido el hospital de sangre.

—Pues qué! ¿No vamos al Callao? Yo creia que nuestro puesto habia de ser detras de las baterias.

—No hija mia esos sitios seran barridos por la metralla.

—¿Y los primeros auxilios que los heridos deben recibir allí de nosotras?

—¿Y las andanadas de balas que nos alcanzarian á unos y otros?—

Seguí á la madre Maria, asombrada de que hablara así, ella, que en Crimea se halló en todos los campos de batalla de aquella terrible guerra; y que en la brecha misma de Malakoff, recibió una cruz de honor de mano del General en gefe del ejército francés, en premio de su heroica abnegacion.

¡ Adios, gloriosos proyectos! Adios fúnebres esperanzas!

Forzoso fué contentarse con el papel de barchilona bajo la inspeccion de la hermana boticaria, que se apoderó de una sala, tomado que hubimos posesion del hospital, donde habian trasladado á los enfermos del de el Callao.

Aquel dia, en que habiamos creido tendria lugar el com-

bate, pasóse en impaciente espera y en siniestros preparativos.

En una hilera de mesas adheridas en torno á las paredes del salon, amontonamos millares de vendas, mechas, compresas, ligaduras y emplastos, auxiliadas por algunas señoritas tan bellas como inteligentes, con cuya cooperacion dimos cima á nuestra tarea.

Los bomberos de Lima, faltos de alojamiento, invadieron el salon; y *muellemente* recostados en el duro entarimado entregáronse á las delicias de un suculento almuerzo que, á mano, traian en sus elegantes sacos de noche; sazonándolo con chistes espirituales, y de un gusto esquisito.

Hácia el anochecer, la esposa del General Prado, llegó por el tren de Lima acompañada de una falange de beldades.

Al mismo tiempo el Presidente, los Ministros y su comitiva desmontaban en el patio del hospital.

Las madres los recibieron bajo una ramada que transformaron en salon iluminandola con bujías sostenidas á mano.

Se charló, se rió; hiciéronse diversas hipótesis respecto á los sucesos que tendrian lugar el siguiente dia. Galvez, de suyo tan grave y meditabundo, bromeó y estuvo amable como nunca.

A las ocho, la brillante reunion se disolvió. Ellas tomaron el tren para volver á Lima; ellos regresaron al Callao.

Idos los huéspedes, las monjas apagaron sus bujías y desaparecieron como sombras, dejándome á mí agradablemente embobada con aquel repentino cambio de decoracion, pero sola en las tinieblas de una noche oscurísima, entre dos campamentos: el de los bomberos de Lima, y el de los franceses, situado en el patio.

Una mirada en torno me hizo pensar en la inconveniencia de mi situacion y en la falta de cortesia de las

religiosas que se habian recogido sin pensar en mi hospedaje.

Echéme á buscarlas, llamando á todas las puertas en aquel dédalo de pasadizos y callejones.

Encontrélas al fin, aposentadas en un hermoso salon.

—Madre Maria ¿se han olvidado Vdes. de mí? No tengo donde alojarme, y vengo á pedirles un sitio en su dormitorio.

—Lo siento muy mucho,—respondióme, con los almivarados giros del francés en los labios de una monja,—deploro no poder darme el contento de tener á V. entre nosotras; pero la regla lo prohibe!—

Y así diciendo, cerró la puerta y me dejó plantada.

—¿Qué hacer?—me pregunté—Nada!—respondíme—nada, sino sentarme á la puerta de estas hijas de la Caridad y esperar el dia á la gracia de Dios.—

Hícelo así y para distraerme púseme á contar las estrellas.

No de allí á mucho, y de entre las tinieblas de un cuarto ví destacarse y venir á mí una sombra negra, larga y escuálida.

—Veinticinco años antes, habria pensado con horror en el MONJE NEGRO del cuento; en el Uscoco, en CLAUDIO FROLLO. Pero, el tiempo cura de espantos.

Ademas aquel fantasma no podia serme mas hostil que las santas señoras que dormian tranquilas detras de la puerta.

El figuron se llegó á mí y me hizo una muda salutacion. Era el capellan del hospital.

—¡Señora!—me dijo en voz baja, y mirando en torno con recelo,—perdone V. la conducta de las hermanas en esta ocasion; porque, en efecto, la regla les prohibe recibir á V. entre ellas; y aunque las circunstancias les permitian relajarla, segun el ejemplo de Jesucristo que

curaba en Sábado, las mujeres son timoratas, y por tantó escusables.

Pero yo conozco á unas señoras que han venido huyendo del Callao, y estan alojadas en el tercer patio del hospital. ¿Quiere V. que les pida la den albergue esta noche?

—Pues no he de querer? Ah! señor! reciba V. la espresion de mi gratitud, y apresúrese á llevarme al ladó de esas amables huéspedas; que tal serán si tienen la bondad de acogerme.—

El capellan echó á andar al traves del campamento de los bomberos franceses. Yo lo seguia embozada en mi manto y provocando un escándalo que se traducia en un fuego graneado de apóstrofes y dicharachos escuchados por el pobre sacerdote con santa paciencia.

Las señoras á quienes el capellan iba á recomendarme salieron á recibirme y me abrazaron con fraternal cordialidad.

Eran dos jóvenes hermanas, bellas, amables y hospitalarias.

La menor era soltera y acompañaba á su hermana que estaba casada con un italiano, capitan en la marina mercante. Dueño de un lindo buque, hacia comercio de sederia entre la China y el Callao.

Mis lindas huéspedas hiciéronme entrar al reducidó cuarto que ocupaban, y donde habian amontonado su rico moviliario de laca y preciosas maderas incrustadas de bronce, nácar y marfil.

Arregláronme una cama con almohadones y cobertores de damasco; obligáronme á que me acostara y me sirvieron un té delicioso, verdadera bebida de Mandarin; obsequiado por un celeste dignatario en cambio del perfumado sahumerio de Lima.

Aunque rendida de cansancio pasé la noche escuchando la agradable plática de mis huéspedas, que me referian

sus viajes á la China, donde debian ir otra vez, al regreso del capitan, que se hallaba en los puertos del norte.

Y las amables criaturas divisaban rientes mirajes, en la perspectiva de esa nueva excursion que debia serles fatal.

Sí: porque al regreso, doscientos chinos á quienes el capitan habia imprudentemente dado pasaje, subleváronse en alta mar, matáronlo á él y ultrajaron á las desventuradas jóvenes abandonándolas despues en una playa desierta.

El Cónsul peruano en Canton prestóles auxilios y les ofreció enviarlas á Chile, su patria; pero ellas rehusaron, y acogiendo su vergüenza á la sombra del claustro, tomaron el hábito religiosas en un convento de monjas consagradas á la conversion en aquellas lejanas regiones ......

La luz del glorioso dia nos sorprendió sin haber cerrado los ojos; pero ¿quién pensaba en insomnio, ni en fatiga entre la vorágine de fuego, de sangre, de dolor y de gloria que llenó las horas de aquella jornada inmortal?

Las naves enemigas huyeron en vergonzosa derrota; los vencedores diéronse al descanso; y nosotras regresamos á Lima conduciendo á los heridos.

En Baquijano, donde habíamos formado otro hospital, no pudiéndo soportar la atmósfera de sangre que aspirábamos en el reducido espacio de los wagones, dejé el tren y seguí el camino á pié entre una multitud inmensa que ébria de gozo llevaba á sus hogares el relato del triunfo.

La noche era tenebrosa; pero la zona inflamada que se alzaba sobre las negras arboledas guiaba nuestros pasos.

No menos apiñada muchedumbre obstruia las calles, de la ciudad y se arremolinaba exhalando gritos de tumultuosa alegria.

Entre las turbas que rodeaban el tren de donde, con la lentitud necesaria, extraian á los heridos, divisé al amigo que el dia anterior recibiera entre lágrimas mi última voluntad.

Miraba, receloso bajar á los pasajeros. Quise acercarme á él; pero una oleada de gente nos separó. Yo habria deseado recobrár mis llaves; porque estaba cubierta de sangre y polvo y necesitaba un baño y ropa fresca.

Sin embargo, aquel sentimental depositario no pareció en muchos dias; y cuando solicitado por mí, vino á verme:

—Ah! yo sabia bien—exclamó—yo sabia bien, porque el corazon me lo decia, que V. volveria sana y salva; y que nuestro Julio ninguna necesidad tendria de esos soles que su madre, destrozándome el corazon, destinaba á sus propinas. Tan cierto es ello, que los presté á un amigo horriblemente apurado por el pago de su alquiler.—

Así diciendo, muy fresco me saludó y se fué....

Y perpetuo nublado cubrió mis pobres soles, cuya cara jamás he vuelto á ver.

Confiaos en albaceas, morid, y vereis!

COINCIDENCIAS

LA INFLUENCIA DE UN MAL DESEO

I

Siempre dada á la supersticion!—exclamó el coronel T., una noche que cenando conmigo, con el doctor R. y otros, oyóme decir un ensalmo sobre el salero, que en su aturdimiento acababa él de volcar.

—Y lo peor es—continuó—que todos los amigos de usted están contagiados de esa fatal preocupacion.

Mis hermanas escriben á usted todos los dias consultándole sus sueños; estudian la llama de las bugías, y cuando nos paseamos por el campo van levantando las piedras, á riesgo de malograr sus guantes, en busca de maleficios. Cárlos S. y Luis C. interpretan los rumores del agua; y yó mismo, yo que rio de ello, héme sorprendido, mas de una vez, vacilando ante la nefanda influencia que usted atribuye al viérnes.

—Ah! es que, mas ó menos, todos somos supersticiosos.

—Yo—dijo uno—creo en la *jettatura* de los italianos.

—Yo en el *gualicho* de los salvajes.

—Yo—repuso un tercero—he probado el poder misterioso del conjuro, haciendo volver hácia mí, la linda cabeza de una orgullosa por la virtud de este simple impe-

rativo—Mírame!—formulado en la mente con toda la fuerza de mi voluntad.

—Y yo—dijo con acento lúgubre el doctor R.—por mas que lo rechazo como una supersticion, no puedo arrojar de mi conciencia, un remordimiento que me acusa de haber causado la muerte á una criatura encantadora, cuyo crímen fué solo encontrar á otro mas digno, que yo, de su amor.—

A estas palabras se siguió un profundo silencio.....

II

La cena habia concluido; los criados, servido el café y los licores, habíanse retirado.

El doctor R., viendo que lo escuchábamos, apuró una copa de *Mosto* pasó la mano por su frente, y abstrayéndose un momento, evocó así, un doloroso recuerdo del pasado:

—Amaba yo, con un amor correspondido, á una bella jóven con quien debia unirme tan luego como recibiera el grado en mi profesion.

Aunque yo no necesitara ejercer, porque era rico, mi familia y la de Isabel habian estipulado esta dilacion, á la que fuerza fué resignarse.

Mas, en verdad, mi impaciencia tenia numerosas compensaciones en esa deliciosa luna de *espera* que precede á la de miel, y que es la primavera del amor y el recuerdo mas radioso de la vida.

Siempre juntos, su mano entre las mias, mis ojos fijos en sus ojos, apenas si pensaba en una dicha superior á aquella fruicion infinita del alma.

Pero, hé aquí que de repente surge una guerra internacional, y necesario fué hacernos todos soldados.

Invasion; batallas; victoria.

Triunfamos.

La ciudad se llenó de prisioneros, detenidos bajo palabra de honor, hasta la celebracion de un tratado.

Casi todos jóvenes apuestos y de notable distincion, encontraron en nuestros salones la mas cordial acogida. Su desgracia misma añadía un grado mas al favor que les conquistaran la gracia de su porte y la esquisita finura de sus maneras.

III

Al regresar de la campaña apenas eché pié á tierra, sin darme tiempo para quitar el polvo de mis vestidos, corrí á casa de Isabel.

Los dos meses que de ella me separaban, parecíanme dos siglos; y corria atropellando cuanto hallaba en mi camino.

Al divisar la casa de mi amada, ví á esta asomada al balcon.

Miróme ella tambien, y al reconocerme llevó con un ademan brusco, la mano á la frente y desapareció.

— Viene á mi encuentro!— pensé—y redoblando mi carrera atravesé el umbral de aquella morada que habia estado presente siempre en mi pensamiento.

Pero nadie venia hácia mí; el zaguan y la escalera estaban desiertos.

Subo corriendo; cruzo el corredor; entró en el salon....

La hermanita de Isabel, que estaba allí sola jugando con su muñeca, dió un grito de alegre sorpresa y corrió anunciando á vóces mi llegada.

Sin embargo, Isabel habíame visto. Huia de mi?

Alarmado, inquieto dí una mirada en torno.

Todo estaba como antes. Aquí la mesa de los albums; allí el velador de los periódicos; las jardineras; el targetero; los dijes; el divan donde ella se reclinaba; el taburete en que yo me sentaba á sus piés; los grandes espejos que entonces reproducian aquel grupo, y ahora mi pálido semblante.

Ante el piano habian colocado juntos dos asientos, y sobre el pupitre, la partitura de «Hernani» estaba abierta en el duetto—*Ah morir potesi adesso.*

Los ojos y el pensamiento abarcaron todos estos detalles en el corto espacio de un segundo, mientras la voz de la niña repetia con alegre acento mi nombre y el de su hermana.

En ese momento, abrióse la puerta, y un hombre, sin previo anuncio, se introdujo en el salon.

Era un jóven de porte arrogante y desembarazado ademan, en quien creí reconocer al coronel Alberto S., uno de los gefes que un mes antes hiciéramos prisioneros en el campo de batalla.

Saludó con graciosa cortesía, y fué á dejar su sombrero sobre una mesa.

IV

No queriendo en presencia de un estraño volver á ver á Isabel tras largos dias de ausencia, hice á este una ligera inclinacion de cabeza y salí.

Pero no bien las cortinas de la puerta cayeron detrás de mí, oí una gozosa exclamacion que casi me hizo regresar.

Era la voz de Isabel, y creí que me llamaba; pero en el instante mismo llegaron á mi oído estas palabras:

—Fuese, en fin! qué felicidad!—

Un rayo que hubiese caido sobre mí no me habria dejado tan inmóvil. Mis piés parecian haber echado raices en aquel umbral funesto; y por mas que deseaba alejarme, permanecia allí, como suspenso en la pendiente de un abismo.

Muy luego los acordes del piano resonaron en notas vibrantes, ejecutadas por una mano vigórosa; y dos voces, cuya armonía derramó un frio mortal en mi corazon, eleváronse cantando el duetto fatal.

No sé lo que fué de mí, ni como salí de aquella casa....

V

Encontréme vagando solo en una alameda lejana. Un sol de fuego desplomaba sus rayos sobre mi cabeza; helado sudor bañaba mi frente, y mis labios estaban secos y ardientes.

Sentéme en una piedra al abrigo de un nopal silvestre.

Por un movimiento maquinal, arranqué una de sus grandes espinas, y me puse á escribir sobre la arena. Qué? Lo ignoro: quizá maldiciones.

De repente llamó mi atencion un cintillo de oro que Isabel me diera al partir, junto con su retrato.

Arranqué aquel de mi dedo y á este de sobre mi pecho; rompí el medallon que lo encerraba, y estrujando en mi crispada mano la hermosa imágen, leí estas palabras escritas por la mano de Isabel:

—Te doy mi corazon—

—Oh!—exclamé, riendo con rabiosa ironía—acéptolo, sí....pero ahora, para matar en él el monstruo que alberga—

Y en un arrebato de indignacion, con la espina que guardaba todavia en la mano, atravese la preciosa fotografía, eligiendo para herir, el sitio en que una suave ondulacion de luz dibujaba el bello seno de Isabel.

Un asperje de gotas frias salpicó mi rostro.

Anillo y retrato, arrojados con furor, habian caido en un charco de agua que la lluvia de una tormenta dejara allí.

Avergonzado de la accion pueril á que habiame llevado la cólera, huí de aquel paraje, y vagué largo tiempo al traves de los campos, formando proyectos de olvido; de desprecio; de venganza....

VI

Cuando llegada la noche, regresé á casa, mi hermana salió á mi encuentro, llorosa y aflijido el semblante.

—Valor! querido Enrique—díjome, estrechando mis manos con ternura—¡valor! y sobre todo esperanza!

—Qué me dices?—pregunté con estrañeza.

—Sí! Los médicos la han desahuciado, pero la juventud es un poderoso elemento de vida que la salvará.

—Por Dios! de quién me estás hablando?

—Cómo! ¿De dónde vienes pues?

—Yo....

—¿Ignoras que Isabel ha sido atacada de una enfermedad violenta y que está en la agonía?—

A estas palabras, todo lo olvidé; todo, para escuchar solo la voz de mi amor, que me llamaba al lado de Isabel.

Y, como algunas horas antes, corria tambien, anhelante y derribando cuanto hallaba al paso; pero ahora, llevando el corazon transido de dolor.

Y entré otra vez en aquella casa á la que pensé no volver jamás.

Reinaba en ella una confusion de mal agüero.

Subo las escaleras; penetro en las habitaciones, y llego, en fin, hasta el pié de un lecho, donde pálida, desmelenada, y comprimiendo el seno con las manos crispadas

por algun atroz sufrimiento, una mujer yacía presa de horribles convulsiones.

Era Isabel.

De sus lábios entreabiertos y amoratados exhalábanse prolongados gemidos, entre los que parecióme escuchar estas palabras:

—La espina! la espina!... Arráncala por! piedad!... No ves que está traspasando mi corazon?—

Un siniestro recuerdo surjió de súbito en mi mente, reproduciendo en aquel lecho de agonía, el simulacro de venganza á que mi furor celoso habíame arrastrado.

Poseido de terror, de un terror supersticioso, caí de rodillas; y, tomando la mano á Isabel, llaméla con los nombres mas tiernos.

Pero ella no me oía: estaba delirando.

De repente, con voz suavísima, ténue, casi imperceptible, comenzó á cantar—*Ah! morir potesi adesso*—

Al escuchar aquella melodía, alcéme impetuoso; y rechazando la mano helada de Isabel —¡ Muere!—exclamé. Y huí de allí....

VII

A la mañana siguiente, mi hermana vino á echarse en mis brazos llorando.

Isabel habia muerto.

Desde entonces, la espina con que en un mal deseo atravesé su pecho, está clavada en mi corazon.—

La sonrisa burlona que retozaba en los labios del coronel T. al principiar aquel relato, estinguióse al escuchar su tráfico fin.

EL PAN DE SALUD

I

Manuel era un niño engreido.

Al venir á la vida encontró los brazos cariñosos de un padre que lo crió con el mimo de un amor engrandecido por el desamparo maternal.

El buen señor habíase consagrado enteramente á ese hijo de su viudez. Jamas se apartaba de él: era á la vez su nodriza y su esclavo. Dormia al lado de su cuna; jugaba con él como un chiquillo; paseábalo estrechado contra su pecho, comprando cuanto el niño se dignaba señalar con su rosado dedito en las lujosas vidrieras de Mercaderes y Plateros.

Así cuando regresaba á su casa, parecia una tienda ambulante de titiritero.

La simpática figurita del rapazuelo halló tambien gracia en el ánimo de doña Chepita Cueto, cuando fué á leer bajo la férula de esta intransigente preceptora el Primario de Mandevil.

A ello debió Manuel que sus orejas salieran intactas de aquel recinto: exencion de que no podrá alabarse ninguno de los elegantes jóvenes de la presente limeña generacion.

Tal fué la infancia de Manuel.

Gracias á su alta inteligencia, hizo grandes progresos en el estudio, apesar de ser pocas las horas que, para consagrarle, robaba al inmenso programa de placeres, fraguado con sus compañeros de San Cárlos en el patio de los Naranjos, y ámpliamente realizado por la inagotable liberalidad paternal.

Asi, entre un sarao y una partida de campo, Manuel arreglaba una tésis, y la sustentaba con una elocuencia que llenaba de admiracion á sus oyentes; de orgullo á sus profesores.

Habituado á lograr cuanto deseaba, desconocia lo que se llama: contrariedades de la vida, y cuando sus amigos hablaban de las decepciones que cada ilusion oculta, sonreía incrédulo, y le parecia imposible encontrarlas jamas en su camino.

Sin embargo, el dia llegó en que una, y tremenda, viniera á visitarlo bajo la forma de una calabaza..........

—Vas á partir!—decia una linda jóven, mirando á Manuel con espresion de amorosa pena—¡Ah! si fuera un viaje forzoso demandado por el deber ó el honor. Pero una partida de recreo! el estreno de un ferro-carril!...... Gran motivo para contristar mi corazon!

—Te juro, amada Sofia, que........

—No jures, Manuel! Vas á decirme que no puedes desairar la invitacion de Meiggs y su deseo de que hagas la descripcion de las perspectivas de ese camino al traves de los Andes; pero yo te dígo que sobre esos motivos, muevete el deseo de ver Arequípa; de llevar por vapor la adoracion á sus hermosas moradoras.

—Tú sabes bien que mi adoracion está monopolizada, y que no me es dado extraer de ella ni la mas ligera partícula en ese espacio de ocho dias, que te empeñas en llamar separacion.

—¡Quién sabe! Yo soy superticiosa, y siento en el fondo del corazon algo como un presentimiento

—Pues si tal recelo tienes, no hablemos mas de ese viaje. Daré una escusa á Meiggs, diré á mis amigos que se marchen sin mí, y asunto concluido. Estás contenta?

—No: yo no quiero que tus amigos me maldigan, ni defraudar á Meiggs en la adquisicion de ese bellísimo texto, para el album de las vistas fotográficas de aquellas alturas. Ademas; seria una crueldad privarte de esa deliciosa romería al país de las amorosas tradiciones:

—He dicho que no hablemos de ello: Me quedo.

—Pues yo digo que habras de ir, porque lo quiero!— dijo Sofia con una mueca hechicera que encantó doblemente á Manuel por la gracia que tenia, y el permiso que espresaba.

—Mas si esta corta separacion hubiera de apesararte, alma mia?—objetó hipócritamente el taimado.

—Procuraré distraerme con algo........ por ejemplo, haciendo desollar el castellano al Capitan ingles recomendado á mamá, que llegó ayer al Callao, y que mañana debemos recibir. Te parece poca diversion?........

Las once! Jesús! ¡Cómo vuela el tiempo en la felicidad!........Pero ¡ay! el portero no tiene cuenta con ello, y nos encierra sin misericordia. Adios!.....adios!—

Y la bella Sofia, arrebatando su preciosa manita á los labios de Manuel, huyó del salon.

II

Al siguiente dia, no sin algun tanto de pena mezclada á su alegria, Manuel hacia parte de la brillante compañia que el magnifico yankee llevaba en un vapor especial á la inauguracion de una de las grandiosas obras que haran su nombre inmortal.

La travesía hasta Mollendo fué una continuada fiesta. De allí, y despues de un banquete servido bajo una tienda

de campaña levantada sobre las rocas del puerto, los viageros tomaron el ferro-carril, que en pocas horas los condujo á la blanca ciudad que se asienta en la pintoresca falda del Místi.

Manuel miró indiferente á sus bellísimas hijas; porque la imágen de Sofia llenaba su alma. En los bailes con que los arequipeños celebraron el fausto acontecimiento, en medio á los placeres de la danza; el pensamiento de Manuel volaba á Lima, dejándolo inmóvil y absorto al lado de su pareja, enteramente olvidado del sitio en que se hallaba.

Habríanle pesado esos dias de ausencia, si el próximo regreso no le sonriera con deliciosas promesas.

Despues de quince dias trascurridos entre fiestas y regocijos, los convidados de Meiggs, volvieron á Lima, encantados de aquel viaje, y deplorando su brevedad.

No así Manuel, que al apearse en la estacion, sin pensar en su casa ni en el cariñoso padre que lo aguardaba con afan, corrió á la de Sofia, devorando el espacio á largos trancos, palpitante el corazon, y el semblante iluminado por los destellos de una inmensa alegria.

Nunca le parecieron tan largas las calles de Boza, Baquijano y la Merced; y en tanto que las atravesaba con el nombre de Sofia en los labios, iba aspirando, en fruicion anticipada, la dicha suprema de volver á verla.

Divisa, en fin, la anhelada puerta; corre; llega..........

Pero al trasponer sus umbrales, detiénese inmóvil de asombro.........

El lindo principal que habitaba Sofia, abiertas de par en par sus puertas y ventanas, hallábase vacio y abandonado.

Pasada la primera impresion de sorpresa, Manuel se precipitó llamando á Sofia en aquella desierta morada, que repitió con éco sonoro el adorado nombre.

La muger del portero, ocupada de recoger del pavimento esos objetos menudos, despojo de una mudanza, oyó las voces de Manuel y le salió al encuentro.

—Cómo! ¿no lo sabe U., señor?—preguntóle admirada.

—¿Qué sabré, si acabo de llegar. Pero ¿dónde está Sofia?

—Se casó con un Capitan inglés que llegó, la vió, la amó, pidió su mano, la obtuvo, y con esposa y suegra marchóse á Europa. Todo esto en menos de quince dias! ¡Qué! si le digo á U., señor que ha sido un escopetazo. Eso sí, ¡qué magnificos regalos de boda! El capitan se habia traido toda la sederia de la China para obsequiar á su novia........Y las joyas! Aquello era un cielo estrellado!

Qué envidia ha tenido la hija del escribano de en frente aquella que tanto bromeaba á U., con sus risitas cuando lo veía venir donde la señorita Sofia. Ahora se habrá mordido la lengua. ¡Qué rabie! motivo ha tenido de sobra!

Dicen que el capitan posee inmensas riquezas. ¡Dios, se las deje gozar á los dos!—

La portera habria podido hablar largo tiempo sin que nadie la interrumpiera; Manuel no escuchó sinó dos frases que lo dejaron pálido y yerto ante ella.

¿Cuánto tiempo quedó así?

Al volver de su estupor, encontróse solo en aquella mansion vacía y silenciosa, que abandonó sin darse cuenta de ello, mudo, rigido, marchando ante sí, como un autómata.

Pero al salir á la calle, una vocesita agridulce que descendia de tras las celosias de los balcones de en frente, llegó al oido de Manuel cantando con burlona espresion:

—Por el vapor se ha marchado
La bellísima Sofia;
Y Manuelito ha quedado
Tocando la *chinfonia!*—

El puñal de un enemigo en pleno corazon no habria hecho á Manuel tanto daño como aquella voz fresca y armoniosa que le enviaba cantando, ese cruel sarcasmo.

Un sentimiento mas amargo que el dolor: la rabia, inva dió su alma. Rabia impotente! ¿Contra quién se armaria, si los culpables habian huido?

III

Manuel entró en su casa como un somnámbulo. Estrechó maquinalmente la mano á su padre, que con los brazos abiertos habia salido á recibirlo, y tétrico y silencioso, apartóse de él con despego, y fué á encerrarse en su cuarto

Aquel desvío habria destrozado el corazon al pobre anciano, si conociera menos á su hijo; pero él, que le habia consagrado su vida, sabia á qué atenerse respecto á esa indiferencia.

—¡Borrascas de primavera!—exclamó con una triste sonrisa, dada, sin duda, á algun lejano recuerdo—Vijilemos, para apartarla de esa jóven cabeza.—

Y fué á situarse en una puertecita que de su cuarto comunicaba con el de Manuel, y que en otro tiempo sirviérale para velar al niño.

Aplicó el oido á sus rendijas:

Silencio!

El ojo á la cerradura:

Manuel estaba sentado ante un escritorio con la frente oculta entre las manos.

Y pasaron las horas sin que cambiara de actitud.

La campana del comedor llamó.

El anciano dejando su puesto de observacion, fué á dar tres golpecitos en la puerta del cuarto de su hijo, y le avisó que la comida estaba servida.

—No tengo apetito—respondió lacónicamente Manuel.

El viejo no comió, y volvió á su asecho.

Manuel guardaba la misma actitud.

El pobre padre tampoco se apartó de aquella puerta sino para ir á llamar en la de su hijo á la hora de las comidas. En el curso del siguiente dia, Manuel no respondió ya.

Hácia las once de la segunda noche, un organito ambulante púsose á tocar en la calle la bella romanza de «*Un ballo in maschera*»:

—«*Nell'ombra e nel silenzio*»

Al escuchar esa melodia, Manuel levantó la cabeza. Su mirada parecia buscar en el espacio la huella de gratas memorias, y sus labios murmuraban, siguiendo las notas lejanas del organillo—*O dolcese perdute*!....—

De repente el anciano se estremeció, y su mano buscó vivamente el cerrojo de la puerta.

Manuel se habia levantado, y acercándose á una panoplia donde se hallaba colocado un revolver, apoderóse de él y lo examinó con sonrisa siniestra.

El anciano descorrió cautelosamente el cerrojo y aguardó en dolorosa espectacion.

Manuel volvió á su asiento; colocó á su lado el arma, y se puso á escribir.

Estaba pálido, y sus dedos rígidos apretaban la pluma con febril impaciencia, trazando frases que él repetia con voz sorda y lúgubre.

En ese instante, en el teatro inmediato acababa una funcion, y los carruages se ponian en movimiento.

A favor de aquel ruido que ahogaba el de sus pasos, el anciano abrió la puerta; y acercándose á Manuel que escribia con la cabeza inclinada sobre el papel, tomó furtivamente el revólver, dejó en lugar de este un objeto, envuelto en un paño blanco, y llevándose el arma, volvió á su escondite.

IV

En tanto que escribia, la febril agitacion de Manuel iba acreciendo.

De repente arrojó lejos de sí la pluma, y fué á tomar el revólver.

Pero en vez del frio cañon del arma homicida, su mano asió un objeto blando, tíbio, del que se exhalaban aromáticos vapores.

Manuel miró asombrado, en torno suyo, y se halló solo.

¿Cómo se habia hecho aquella extraña sustitucion? ¿qué ocultaba ese blanco paño, de entre cuyos dobleces se desprendia algo que le recordaba el dulce tiempo de la infancia?

Manuel deshizo la blanca envoltura y descubrió el objeto blando, tíbio y aromático, oculto entre sus misteriosos pliegues.... Era un pan de manteca, tierno, calientito, apetitoso, tentador, recien salido de los hornos de Bejarano.

A su vista un reñido combate se travó en el ánimo de Manuel.

El dolor y la cólera clamaban: — ¡ Muere !—

Su estómago gemia:—Estoy sufriendo los horrores del vacío! mis paredes se entrechocan! Sepáralas por piepad! ....¡ Lastre ! ¡ lastre !—

El pan de manteca, enviando al aire sabrosas emananaciones, cantaba:—¡Qué esquisitos son los perfumes de la vida! Y tú quieres abandonarla, grandisímo tonto, por el desamor de una pícora! ¡Imbécil! da un voto de gracias al inglés por haberte librado de ella, y muerde en mi corteza, que sabe á gloria!—

Manuel seducido por aquella insinuacion, mordió....

Mordió y comió á grandes bocados, y con un hambre de dos dias, la rica pasta, que cual nunca, le pareció deliciosa.

—¡Pan á secas!—oyó que le decia su padre, presentándose de repente.

—He aquí algo con que remojarlo—

Y le puso delante una taza humeante de *soconusco.*

—Padre querido!—exclamó Manuel, arrojándose en sus brazos—perdona á tu hijo su extravío. ¿Sabes? en premio de tu ternura, de tu inagotable bondad, iba á hundir tu alma en el dolor!

¿Y por qué? me dirás. Oh! vergüenza! Por el engaño de una coqueta!....—

El anciano dejó á su hijo dormido en su lecho y se fué, diciendo:

—Juventud! juventud! cuántos errores de menos habrias de deplorar, si los viejos, inspirándose en el espíritu de su edad, aceptando su sagrada mision en la tierra, consagraran la experiencia que emplean en extraviarte, á vijilar tus pasos, y conducirte par el camino del bien á la felidad!

LEYENDAS BÍBLICAS

UN DON DE PRECIO INFINITO

AL CORONEL D. SANTOS MONROY

Arrojado del Paraíso, vagando errante en las tétricas soledades del mundo vacio y silencioso, camina Adan.

Fijos en tierra los ojos que no ha osado levantar desde la hora de su caida; velado el bello cuerpo con su dorada cabellera, Eva le sigue temerosa y triste.

El, ya no busca la mirada de aquella que es *la carne de su carne*, el alma de su alma; ni su lábio, desde esa hora fatal, pronunciara mas su dulce nombre.

Y severo, desdeñoso, entre abrojos y precipicios, marcha, marcha..........

Sus inciertos pasos lleváronlo un dia hácia el perdido Eden.

De pié en el vedado dintel, ceñudo el semblante, el arcángel guardaba la puerta, tendida al través su flamígera espada.

El desterrado dirigió á la deliciosa mansion su triste mirada.

Los perfumados efluvios de aquella morada de beatíficos deleites, llegaron á él, trayéndole en ráfagas embriagantes el recuerdo de su perdida ventura.

Ah! — exclamó, tendiendo al querube sus manos supli-

cantes — déjame contemplar un momento esas verdes frondas; aspirar esa aura embalsamada!......

Un sol de fuego quema mi cabeza; mis piés sangran; mi pecho falto de aliento, desfallece...... Perdida la fé en aquella que Dios formara de mi propio ser, el dolor me ahoga sin que me sea dado depositarlo en su seno........—

El celestial espíritu cambió en tierna compasion la severidad de su rostro divino.

—Aléjate—le dijo—marcha al grado de tu destino sobre esta tierra que regarás con sudor y lágrimas. Hasta que en polvo tornes á ella, el dolor será tu alimento.

Pero he aquí —añadió, dándole un vaso de oro purísimo de donde se exhalaba suave fragancia—hé ahí un bálsamo que curará tus llagas, secará tu llanto y refrigerará tu cansancio. Es la esencia de los sublimes consuelos. En el cielo es el amor de los ángeles. Su nombre es—Amistad.—

El proscrito sintió el misterioso encanto que de ese perfume emanaba.

Algo que semejaba al hálito de Dios, cuando á él descendia, inundó su alma.

Volvióse hácia su compañera, y encontrando fijos en él sus ojos con una mirada de ternura intensa, atrájola á sí; la recostó en sus brazos, y ambos lloraron, por vez primera, dulces lágrimas: lágrimas de resignacion y de esperanza.

LAS DOS MADRES

EPISODIOS DEL 2 DE MAYO

AL DR. DN. JOSÉ ROSENDO GUTIERREZ

I

Anochecia el 30 de Abril de 1866. La escuadra española, surta detrás de San Lorenzo habia enviado su ultimatum.

El Callao, imponente en su silencio, sublime en su desnudez, alzaba en la ribera, con unos pocos sacos de arena, las baterias formidables que iban luego á arrojar sobre el enemigo el estrago y la derrota.

Hecho esto, inmóvil y mudo aguardó. Entre tanto un febril entusiasmo ajitaba á Lima. En sus calles y plazas rebullia inmensa muchedumbre. pidiendo armas y preparándose al combate. Los salones habíanse convertido en talleres; y grupos de bellas jóvenes ocupabanse anhelosas en confeccionar hilas, vendas, apósitos, cucardas y reliquias. Todo esto, entre diálogos sentimentales y entusiastas que derramaban frescura y gracia sobre aquellos lúgubres aprestos.

—¡Qué bien estaran los colores de esta escarapela en el uniforme de Alberto.

—Y esta medalla bendita que escudará su pecho.

—Y estos siniestros aparatos! ¡Ah! preserve Dios de ellos á los nuestros!

—Sin embargo, desde papá, todos van mañana al combate.

—Y Eduardo tambien.

—Y tambien Guillermo.

—Ah! si fuera posible ir con ellos y estar á su lado en las baterías!

—Llevar la mitad del peligro! qué dicha!

—¡Quién fuera hermana de caridad! Dicen que ellas estaran allí, y que su puesto será en el sitio mismo del combate.

—¡Qué luminosa idea!....Vistamos sus hábitos, y vamos entre ellas.

—¿Y crees tú que nuestras madres lo permitan? Imposible!

—Bah! ¿á que contar con su permiso?

—Nos iremos furtivamente?

—Por cierto!

—Oh!...... sí!...... eso es!......qué felicidad!

—Silencio!

Y aquellas picarillas, sentadas en estrecho círculo, tendido el cuello, y dirijiendo una mirada recelosa á las señoras mayores, que platicaban en un ángulo del salon, tuvieron una larga conferencia:

Qué dijeron?

Conspiraron.

II

A la misma hora, en la puerta interior del colejio militar, dos jóvenes, asidos de las manos, y mirando en torno con recelo, hablaban quedo.

El uno representaba la temprana edad de diez y ocho años, y llevaba la casaca de artillero.

Vestia el otro el uniforme del colejio, y se hallaba en el punto de transicion de la infancia á la juventud.

—Así,—dijo el artillero, continuando una conversacion ya comenzada,— en la noche de mañana se realizará el proyecto de evasion.

—No, sinó esta noche misma.

—Esta noche! ¿Y cómo burlar inspectores y cerrojos?

—De la manera mas sencilla.

Acostados, y bajo los cobertores de la cama, nos vestimos de gala. En seguida, cuando todo vicho duerma, nos levantaremos como sombras; marcharemos silenciosos como espíritus, escalaremos los muros como gatos y correremos á las baterias como soldados.

—Bravo! Pide que te destinen á la de Maipú. Hace parte de la línea que manda el coronel Lacotera.

—Basta ese nombre para que yo le dé la preferencia.

—Y estaremos juntos.

—Y en el combate volveremos á ser los dos Abeles de la Escuela Normal. ¿Te acuerdas?

—Apenas comenzamos á vivir, y ya tenemos un pasado que recordar.

—Pensemos en la gloria que nos promete el presente.

—Yo anhelo tanto el combate que desde el veinte y siete veo sangre sobre todos los objetos en que poso la mirada.....

Pero ¿por qué te estremeces....Ah! ya sé: recuerdas que el mismo fenómeno visual se presentó á Enrique IV la víspera de su muerte.

—Bah! quién piensa en la muerte á los diez y seis años!

—Por cierto! Mi alma encierra un mundo de aspiraciones que es preciso realizar......—

En este momento oyóse la voz de una corneta.

—Me llaman—dijo el alumno artillero.—Hasta muy luego querido Abel!

—Abel querido, no olvides que en la bateria de Maypú te espero.—

Y los dos amigos separáronse: el uno para tomar el tren y regresar al Callao, el otro para realizar con sus compañeros la audaz evasion que los hizo protagonistas en el gran hecho de armas que glorificó al Perú.

III

Amaneció el primero de Mayo con su alegre sol, sus nacaradas nubes y su fresco ambiente. La ciudad presentaba un aspecto singular. Su pueblo, gozoso y engalanado como para una fiesta, dirijíase anhelante hácia un solo punto: el Callao.

En el tren, en coches, á caballo, á pié, la muchedumbre acudia en apiñadas turbas; y esperando la hora de combatir, arremolinábase en torno al puerto.

Las bellas entusiastas que en la noche de la víspera, entre un emplasto y un escapulario, forjaban una conspiracion, llamaron muy de mañana á la porteria de Santa Teresa.

—Deseamos hablar con la madre Elena.—

Madre Elena, presentándose luego:

—¡Levantadas tan temprano! ¿qué quieren de mí estas lindas señoritas?

—Ay! madre Elena! el mas grande favor que se puede hacer á tres aflijidas jóvenes cuyos padres, hermanos y novios han marchado al combate.

—Y bien! ¿en qué puedo serviros?

—Uds. se encontrarán allí.

—Ciertamente! Nuestro puesto está en los campos de batalla y en los hospitales al lado de los moribumdos.

—Nosotras queremos acompañar á Uds, querida madre Elena! Vistannos sus hábitos y llévennos consigo!

—Hijas mias, á eso se opone la regla—respondió la relijiosa, sonriendo, á pesar suyo de aquella candorosa audacia.

—El hábito de nuestra institucion solo se viste para entrar á ella.

—Dios mio! Es decir que nos niega Ud. esta gracia? Ah! qué crueldad! ¡quién lo habria creido de Ud., tan amable y buena!

—Pero, señoritas, ¿qué necesidad teneis de disfrazaros? ¿por qué no vais con vuestros lindos vestidos?

—¡Qué escucho! Nos llevará Ud. en su compañia, querida madre Elena!

—No yo, precisamente, sinó la hermana María, que partirá ahora mismo con seis hermanas como ausiliares de las del Callao.

—¡Madre Elena! es Ud. una santa de Dios! un ánjel del cielo! Exclamaron las jovenes, besando con fervor las manos á la religiosa.

La Madre Maria y sus compañeras presentáronse luego, y las lindas fujitivas, velando á medias entre las sombras de la manta sus graciosos palmitos marcharónse entre ellas á la estacion del Callao, de donde en medio á entusiastas aclamaciones, partieron en el largo convoy que llevaba á medio Lima á tomar parte en el combate.

El tren se detuvo en Bellavista y desembarcó al innumerable jentío, que como impulsado por un solo resorte, echó á correr hácia el Callao.

—¿Qué es esto madre María? ¿Por qué no seguimos adelante?

—El tren se detiene aquí, á causa de estar cortados los rieles, y nosotras, porque aquí vamos á establecer el hos-

pital de sangre, que de ninguna manera estaria bien, por cierto, en una ciudad que vá á sufrir el bombardeo.

—Pero, madre, usted que se halló en la campaña de Crimea, y tiene larga esperiencia, debe tambien saber cuan dañoso habrá de ser, para los heridos el trayecto á la intemperie, antes de recibir la primera curacion. ¿No seria mas conveniente establecer detrás de las baterias algo como una ambulancia para socorrerlos?

—Ud. no tiene idea, hija mia, de la suerte de combate que se prepara. Aun al abrigo de las fortificaciones aquellos sitios seran asolados por las bombas que estallarán sobre ellos.

—Dios mio! qué palabras tan horribles pronuncia Vd. madre! Ay! y no estar allí para morir con ellos!

—¿Y por qué han de morir, hija? Dios nos tiene á todos bajo su santa guarda; y El los preservará sin necesidad de la presencia de ustedes.—

Las jóvenes inclinaron la frente consternadas ante aquel contra tiempo, que desbarataba sus proyectos. Pero luego, la alegria de la juventud cambió el curso de sus ideas.

—Al menos estaremos cerca de ellos,—dijéronse,—y cada hora hemos de tener noticias suyas.—Y siguieron á las relijiosas al hospital.

IV

Aquel dia se pasó en impaciente espectativa. Era el último del plazo señalado por los españoles; y sin embargo, estos, abrigados detrás de la isla, no daban muestra de vida.

En tanto, el Callao se ajitaba en bulliciosa animacion.

A cada instante nuevos combatientes llegaban á las baterias pidiendo el honor de un puesto, que se disputaban con caloroso afan.

Al mediar de la noche, catorce alumnos del Colejio Militar, presentáronse en la de Maipú, uniformados y llevando al pecho las medallas de sus premios.

—Abel!

—Abel! ¡cuánto he tardado!

—Hé aquí veinticuatro horas que te espero con una impaciencia que iba tornándose en cólera. Figúrate que te habia anunciado á mis compañeros, y estos comenzaban á sonreir.

—¡Por tu vida! ¿quién sonrió?

—Calma! calma! Fierabrás! Yo habria hecho otro tanto.

—Recelándolo, imajina que dia espantoso he pasado hoy, inutilizados anoche nuestros proyectos por la suspicacia del Director, que mantuvo en pié la jauria de inspectores, rondándonos y venteando nuestros designios al traves de las sábanas en que cobijados, finjíamos dormir. Por dicha, esta noche rindiólos la fatiga, y pudimos evadirnos.

Un huertero, amigo mio, nos estaba aguardando en la Portada con seis caballos en que cabalgamos enfilados como los hijos de Aymon, y hénos aquí, á tiempo todavia, para tomar nuestra parte en el triunfo de mañana.—

Y el jóven alumno arrebatado de entusiasmo, se arrojó en los brazos de su amigo.

V

Lució por el fin el dos de Mayo, ese dia memorable que el Perú contará siempre entre sus mas gloriosas fastos; dia en que, ensayando su brazo, al parecer, enervado por

largos años de molicie, encontróse fuerte y lo probó á la España con una leccion de severo escarmiento...........
..........El fragor del combate ha cesado; la escuadra española, en son de derrota, retírase al abrigo de San Lorenzo, arrastrando en pos suyo dos naves mortalmente heridas.

El triunfo fué todo del pueblo, que aquel dia se alzó como un solo hombre, y cual en los tiempos de la guerra sagrada, corrió á la pelea, sin mas esperanza de recompensa que la muerte, sin mas título que el de héroe.

Y lo fué.

Sin embargo, la esplendida jornada tuvo grandes y dolorosas pérdidas. Atestiguábanlo bien, los humeantes escombros de la Merced, esa bella fortificacion alzada por Gálvez, entre cuyas ruinas, deudos y amigos buscaban los mutilados cuerpos de sus defensores.........

VI

Viniendo de los opuestos puntos sur y norte, dos mujeres recorrian la línea de baterias, deteniéndose en cada una de ellas, mirando en torno y clamando con anheloso acento:

—Abel!....

—Abel!....—

Llegadas ambas al mismo tiempo á la bateria de Maypú.

—Abel!

—Abel!—repitieron.

Sentado en un monton de balas, un jóven artillero velaba un cadaver.

Las dos mujeres se precipitaron hácia ellos.

—¡Vivo!—gritó la una arrojándose en los brazos de su hijo.

Y se desmayó.

—Muerto en defensa de la patria—exclamó la otra.

Y cayendo de rodillas, y estrechando contra el pecho el cuerpo helado de su hijo, con el corazon traspasado de dolor; pero en la frente la serenidad beatífica de los mártires, oró.

Madres! lo que hace sublime vuestro amor, es la parte inmensa que en él tiene el heroismo!

ESCENAS DE BUENOS AIRES

EL MES NEGRO

Tibias, floridas y rientes ha deslizado sus treinta jornadas ese nefando sagitario, tan temido de los espíritus supersticiosos.

¿Y quién no lo es? Quién no ha sentido alguna vez ese misterioso terror del porvenir, que nos lleva á buscar su imágen en el jiro de los astros; en la forma de las nubes; en el vuelo de las aves, y hasta en los mirages de nuestros sueños?

Dicen que la supersticion es hija de la ignorancia. Yo creo que lo es del dolor.

Entre dos besos de saludo, una linda amiga mia dijo á mi oido estas palabras:

—Cuánto sufro! Eduardo no parece desde el primero de este mes maldito.

—Y hoy estamos á doce! Qué maldad!

—Por ello paso desvelada y llorando, las noches; y en esta última que logré adormecerme algunas horas, la congoja del ánimo trájome un sueño horrible: ví á mi gato Mustafá, mi engreido, arrojarse contra mí, y clavando, el perverso, las uñas en mi garganta procuraba ahogarme....

—Dios mio! eso es grave!

—Sí? Ah!.... Y desperté angustiada, y con un horrible dolor, no en la garganta sinó en el corazon.

Dime tú, á quien los Hurus del Titicaca enseñaron el símbolo de esas fantásticas visiones de la mente que se llaman sueños, ¿qué me anuncia el mio?

—Una negra ingratitud.

—¡Oh Dios! no me venga de Eduardo!....y el resto nada me importa.

....

—¿Sabes que Lucia R. se ha casado?—fueron á decirle, dos dias despues, unas íntimas amigas suyas, de esas que gustan contar una á una las palpitaciones de un corazon destrozado.

—En verdad? Y quién es el esposo?

—Eduardo S.—

La pobre jóven cayó desmayada en brazos de aquellas *dulces* criaturas, que pudieron así contemplar los estragos del dolor.

Mas yo, que hice la siniestra prediccion, dije á mi amiga, cuando pudo escucharme:

—No hay mal que por bien no venga!—

Ella ignoraba la verdad encerrada en este probervio aplicado á su roto enlace; pero yo sabia que Eduardo era indigno de ella: y sabia, además, que un jóven bello y de noble corazon la amaba, y estaba aguardando para demandar su mano, que el fatídico Noviembre pase, y que Diciembre enviase su primer sol.

MEMENTO

¿Quién no lleva uno, á la vez querido y triste; en la mente y el corazon, durante estos dias clásicos del hogar!

El año desvanecido nos aparece, envuelto en las nieblas de la distancia, que todo lo poetiza: hasta el dolor.

—¿Te acuerdas?—decimos, parientes y amigos, en estos dias de dulce remembranza:

—¿Te acuérdas?—dice al alma la memoria. .

—¡Qué lindos *chiches* nos compró mamá el año pasado!—decia una niñita á su hermana—por què nada nos dan ahora?

—Porque mamá ha muerto, y papá se ha ido á Europa—respondió la otra, con voz grave y triste.

INOCENTES

Quiso darme patente en esa grey una picarilla amiga mía, y llegó á mí vacilante y trémula, y al estrechar mi mano cayó desmayada en mis brazos!

Habríame alarmado, si la rosagante frescura de su linda carita no delatara la farsa.

—¡Una apoplegía!—exclamé fingiendo espanto—Maria: déme Vd. esa lanceta (y señalaba una corona de yerbas)

—Pronto! es necesario sangrarla detras de la oreja!....

—Bárbara!—gritó la accidentada, alzándose mas ligera que una corza.—Bah! por poco me imposibilitas para el baile de esta noche.—Y se fué, haciendo mohines á la corona de inocencia que yó planté sobre su atroz peinado.

LA NOCHE DE SAN SILVESTRE

Celebrábamos á este santo, y con el siguiente brindis saludó un poeta á cierto personaje exótico que á la última campanada de media noche apareció en el salon, trayen-

do en la frente un cartel con esta leyenda:—Año de 1878— y en las manos una bandeja provista de copas y botellas de Champagne.

« Señora á brindar me atrevo
con vino que no hace daño
porque entremos en buen año
al entrar en año nuevo »

Por cierto que lo acogimos con cien reverencias; le sonreimos con superticiosa alegria; usamos largamente de sus dones;....pero ah! en nuestras almas habia una sombra de duelo....del duelo de la patria por la pérdida de uno de sus preclaros hijos....

Y *á la sombra de esa sombra*, cuántas se deslizaban, tétricas, mudas, como un enigma, y se escondian en los repliegues del corazon!

—¡Cual será para mí, dentro de este año—pensaba una jóven—aquél que ha jurado amarme hasta la muerte!

—Voy á partir—se dice otro—¿me olvidará ella durante este año de ausencia?

—A cuántos de los aquí reunidos nos encontrará el 79 durmiendo bajo los mármoles de la Recoleta!—añadió un tercero.

¿Hay nada tan triste como el corazon humano?

—Es un tambor enlutado que toca redobles fúnebres desde la cuna hasta la tumba—ha dicho Longfellow.

ESPIRITISMO

Una pobre costurerita de la calle de Santa-Fé, salió una noche de su casa, entre once y doce para esperezar el cuerpo y dar un poco de aire puro á sus pulmones rendidos por el trabajo.

La calle estaba desierta y la muchacha iba á retirarse,

cuando vió pasar delante de ella un jóven, casi un niño; que deteniéndose á pocos pasos, púsose á tocar una flauta dulcísima que cautivó su oido, fijándola inmóvil con un pié en el umbral de la puerta, y el otro en la vereda.

El jóven se alejó hácia afuera, tañendo siempre el melodioso instrumento; y la muchacha quedose escuchándolo, en un estraño arrobamiento.

De repente creyó ver que las casas se movian y caminaban, dirijiéndose al interior; y tras de ellas, la campiña que cual una marea, invadió la ciudad.

Y escuchaba siempre la flauta de dulce voz que tañia alejándose...

....Los rayos de sol cayendo perpendiculares sobre su cabeza, despertaron á la jóven costurera, que se encontró vagando en un campo desierto, roto el calzado y los vestidos mojados con el rocio de la noche.

Unos pastores vascos que acertaron á pasar por allí, dijéronla que se hallaba una legua mas allá de Saavedra.

Eran las doce del dia. ¿Qué habia sido de ella en ese espacio de doce horas, del que no tenia conciencia alguna?

Misterio!

ECHAR DE MENOS

Ah! ¿quién no sabe cuánto de amargura encierra este doloroso sentimiento que nos sigue desde la cuna hasta el sepulcro!

El recien nacido llora porque echa de menos el cielo. Cuando llega el dia tristísimo del destete, llora porque echa de menos el amoroso sustento que el seno maternal

le brindaba; en el colegio, echa de menos el hogar; en las luchas de la vida, echa de menos el tiempo en que los dias de vacaciones, y las horas de recreo, entre la angustia de dos clases, eran el bello ideal de su existencia.

—Hasta en la felicidad echamos de menos algo: el pasado penar:

Desde el primer vagido de la infancia, hasta la postrera lágrima del moribundo, la vida es una perpétua nostáljia.

—Vengo con el alma en el pasado—díjome una señora de años, que venia á mostrarme sus compras de aguinaldo.

—En verdad? ¿Y qué ha podido, querida Luisa, llevar tan lejos esa bella mitad de tu ser?

—Las lindísimas muñecas de la calle de Victoria.

Ah! de aquella dorada edad de la vida, echo de menos, sobre todo, ese mundo maravilloso de seres encantados, á los que damos animacion y movimiento al grado de nuestra fantasía, cuyos caprichos obedecen sonriendo con su eterna sonrisa. Nunca paso delante de un almacen donde haya muñecas, sin detenerme, atraida por un invencible prestigio.

—¡A quién lo cuentas, querida mia! Yo he jugado con ellas hasta que las niñas, indignadas de ver alternar una mujer casada en sus infantiles diversiones, me arrojaron de su lado, vedándome la entrada á esa region de bellísimas hadas, que nunca se han borrado de mi memoria, y me aparecen siempre con sus galas estrambóticas, y su aire de reinas. Ayer, en las vidrieras de Weber, les encontraba parecidas, y evocaba sus nombres—Margarita! Desdémona! Arabela! Ofelia!—

A estas fantásticas denominaciones, una bandada de chiquilinas que estaban escuchándonos, echaron á correr y tomaron la calle.

—¿Dónde van estos angelitos?—exclamaban, alarmadas,

las cariñosas madres. Mas con no poco gozo viéronlas tornar, no de allí á mucho, trayendo cada una en brazos una muñeca.

Weber estaba de plácemes: habia vaciado su escaparate.

¡Hermosa edad de los rosados ensueños! dichoso quien no abondonó tu azulado nimbo sino para volver á la patria celestial!

EL GAUCHO

Cuando el viento de la vida me hubo devuelto, despues de larga peregrinacion, al suelo de la patria, ansiosa de contemplarla, tendia la mirada en torno al encantado panorama, buscando cuanto la mente habia guardado vivo y palpitante en el recuerdo.

Y allí estaba todo: el prado, el bosque, los altos gramadales, el ombú, el cielo azul, las grandes lontananzas. Todo menos el ser que los animaba: El gaucho!

¿Qué ha sido de ese bello tipo argentino? Su pintoresco ropaje, el arábigo chiripá, llévanlo, sucio y profanado, hombres de país extrangero. Busqué en la arena de los senderos la huella de su elegantísimo coturno arrancado al jarrete de los potros, y solo hallé zuecos y alpargatas.

La figura que completaba el paisaje: el gancho, ha desaparecido de los campos de Buenos Aires.

Por dicha vive inmortal en las páginas de Hidalgo, Ascasuvi, Hernandez, Del Campo.

CHARLAS DE SALON

I

—Adivina que proyecto traemos—han me dicho unas lindas amigas al divisarme.

—¡Qué adivine vuestros proyectos! lo mismo seria decirme—Busca un alfiler en una mar revuelta.

—Mas claro ¿qué haremos, ahora, que vas á dar una vuelta por el interior?

—Esperarme hasta Marzo.

—Esperarte? No señora: marcharnos contigo.

—Magnífico!

—Ya lo creo! figúrate seis muchachas turbulentas, que cansadas de la monotonía de Buenos Aires,quieren ir en busca de impresiones, á sorprender á los gauchos en torno á la fogata, payando con la guitarra.

—Qué dicha para esos señores! Seis primorosas porteñas á guisa de auditorio! Desde ahora auguro los idilios mas interesantes. Por de pronto, Contreras, el vaqueano, perdido de amor por Zoraida, se echará á seguirle el rastro....

—¡Qué horror!

—Presiento que la linda Anita será el ideal de Nicamoto.

—Dios mio! qué nombre! de oirlo, solo, me espeluzno.

—Cómo! ¿no te cuadra ese armonioso compuesto? Pues tendrás que elegir entre lcs simples, animados allá, por individuos de excéntrica existencia. ¿Qué dices de: Vera, Chano, Quirico, Avendaño?....

—Mi ensueño es Celiar....Pero ah! este y Gubi Amaya son mentira tuya y de Magariños Cervantes.

—Te engañas, querida mia: son dos figuras reales, de las que se ha apoderado la novela....

II

—Nuestro divan estuvo anoche mas brillante que el de la Sublime Puerta. Componíanlo muchas notabilidades literarias. Hubo miscelánea, esto es: plática, conversacion y parla. Leyéronse y se discutieron diversas poesías, entre ellas una muy bella de Eduardo Bustillo: «Las tres épocas de la vida».

Allí estaban: la infancia con sus inocentes juegos; la juventud con sus doradas ilusiones; la vejez con su majestuosa serenidad.

—Edad de los rientes ensueños—exclamó un caballero que frisa en los cincuenta—luminoso nimbo donde el alma vive extasiada ¡ay! ¿por qué eres tan fugaz? Apenas comenzamos á saborearte, y ya eres solo un miraje en la memoria!

—¿Quisiera V. una juventud eterna? Fácil es: ahí está, la receta de Apolonio de Tyana.

—¿Pues, qué dijo ese impostor?

—Encontró el secreto de tener siempre veinte años. A los ciento decia á las mujeres, cuando, contemplándolo maravilladas le pedian el talisman que lo preservara de las injurias del tiempo: Entregaos diariamente á los cuatro elementos: que vuestro cuerpo absorba la savia de la tierra, el húmedo frescor de la onda, la elasticidad del aire, el calor vivificante de las llamas.

—¡Por Dios, querida mia!—gritó una chiquita—no sepa tal mi abuelito; porque un dia lo tendremos chamuscado.....

III

—Hastiada con la lectura de los realistas—decíame anoche una jóven—fuí á buscar en la biblioteca de mi hermano aquella encantada época del sentimentalismo, que yo, ay! no alcancé ya. Eduardo la tiene clasificada con sus mas célebres representantes, en un sitio de honor y al alcance de mi mano.

Cerré los ojos, y tomé uno al acaso.

Era Alfredo de Vigny. Abri el libro y leí.

—Dejadme—dice, para narrar el poético amor de Cinq-Mars y de Maria de Gonzaga—dejadme presentaros el mundo, no como es, sino cual debia ser.

Y yo he pasado el dia, en la contemplacion de esas beatíficas regiones del alma, cerradas hoy como un templo sin altares.

—Repite esas jeremiadas, y caerás en redículo. Pasó el tiempo de la ambrosía: ahora nos perfumamos con trementina.

IV

—Una falange de curiosas, señoras mias, me envian de Lima, en cartas, tiernas, parleras y turbulentas como sus lindas autoras, allá cuando Dios queria, un millon de interrogaciones, mas ó menos, todas como estas:

—Háblanos de esa explendorosa ciudad que se estiende entre el argentado rio y la magestuosa inmensidad de la

Pampa; dinos como has encontrado á las bellas bonaerenses. ¿Encantadoras siempre, como las dejaste? Cual entonces, esbeltas, flexibles, garbosas al andar, y graciosas en el decir? Dí: fastídianse ellas tambien con la odiosa moda que nos empaqueta y agarrota, quitando á nuestros movímientos la mitad de su hechizo?

En cuanto á nosotras, sabe que, antes de emprender las escursiones véraniegas, vamos á celebrar un congreso con el objeto exclusivo de proscribir en Chorrillos, Miraflores, Barranco, Magdalena, y Ancon, la atroz confeccion *princesa*, verdadera túnica de Deyanira, que nos abrasa vivas, aun en las frescas orillas del océano—

Y añaden colectivamente, remedando el tiempo en que juntas venian todos los dias, á verme.

—Por Dios! dime que me parezco á la encantadora Maria Elia, cuyo retrato he admirado, gracias á tí, en un establecimiento de fotografia.

—Yo anhelo tener los ojos celestiales de Sabina Castañon.

—Yo, los de *infierno* de la hechicera Matilde Tassié.

—Si pudieras decirme que hay algo mio en la bella Josefina P. de S., que reune en sí hermosura y talento! Dile que sé de memoria sus versos, y que adóro su «Margarita».

Y firman—Laura, Julia, Herminia, Rosa, Eleodora, Cristina, Maria, Delfina, Angela, Josefina, Florinda.—

Nombres dulces como una caricia, y que suenan á mi oido cual una suave melodía!

V

—Me voy, queridas mias. -Por dulce que sea nuestra plática, cierto pliego de papel está llamándome con el gesto imperioso del deber.

—Qué! ¿habrás de dejarnos tan pronto? No, señora, no!

—No, ciertamente.

—Por supuesto! Cuando cuesta un sentido arrancarla de su casa!

—Es que falta la Revista, para cierto periódico. Está en su primer párrafo. Quién confeccionará el resto?

—Nosotras.

—Vosotras! qué felicidad!.... Mas, contad que son cinco artículos señalados de antemano.

—Nosotras somos cuatro, pero!.... alguien sube.... Ah! es misia Leocadia, que no obstante sus *cincuenta*, podrá muy bien llenar su parte en la seccion.

—De qué se trata?

—Se trata de una revista.

—¿Una revista?

—Sí, señora; y nosotras vamos hacerla.

—Que me place! Comencemos. ¿Quién inició la idea?

—Yo.

—Pues dá el ejemplo.

—Hélo aquí:

Bello dulce y provechoso es el aguinaldo que la hija de un hombre acaudalado se propone hacer á los niños de la Casa de Expósitos, con una bandeja de confites, en la que vaciará, mezclándolas á estos, quinientas piezas de oro de su coleccion de monedas.

El padre, que es un avaro, al saber el generoso propósito de su hija, hase hechado á buscar el sitio donde guardara el monetario.

Pero ella, que es una muchacha vivísima, y que, ademas, conoce al que la diera el ser, ha puesto su oro á buen recaudo.

Así, en la Pascua del divino Infante, los pobrecitos desheredados del alhago maternal, tendran oro, y esas dulces golosinas, encanto de la niñez.

—Preciosa invencion es la de una señorita, que tuvo la feliz idea de tomar, cien hojas de vitela, y dibujando en ellas: paisages, edificios históricos, retratos, flores y escenas de todo género: campestres, grotescas y fantásticas, las repartió entre sus amigos, dándolas como asunto para sus composiciones. De ello ha formado un lindísimo y elegante album.

Así, de hoy mas, estos interesantes accesorios del salon llenaránse con las producciones de la inteligencia y los juegos del ingénio, en vez de los obligados piropos á quema-ropa, que ofenden la modestia, y hacen el efecto de un bofeton.

—El artículo que á mí me toca, pesa millones:—

Valioso es el tesoro que acaba de encontrar una pobre muchacha mercachifle natural de la Candelaria, pueblo de la frontera de Salta, quien montando un mal caballejo recorria las *estancias* con una exigua merceria encerrada en dos maletitas de cuero.

Un dia que de Metan se dirijia á las Piedras, habíase apartado del camino real para acortar la distancia, y marchaba por un paraje cubierto de árboles y tupidos matorrales, donde, en otro tiempo, se alzaban las ruinas de Esteco, ciudad floreciente y rica, tragada por un cataclismo.

De repente, la buhonera sintió hundirse la tierra bajo

los pies de su caballo, que cayó con ella en el fondo de una sima.

Pasado el primer aturdimiento, la jóven se alzó, y mirando en torno suyo, encóntrose en un estrecho recinto, cuya bóveda acababa de desplomarse dejando descubiertas cuatro paredes de ladrillo con dos órdenes de anaqueles, donde habia, apilados, centenares de lingotes de oro.

La buhonera quedó deslumbrada, y se estremeció de alegria; pero muy luego siguió á esta el terror. Si alguien la descubria allí, lejos de socorrerla, daríale muerte para apoderarse de aquel tesoro.

Por dicha el sitio era extraviado y desierto.

La buhonera procuró poner en pié su caballo, que se hallaba cojo y mal trecho; pero que se alzó sin mucha dificultad, y sostuvo á la jóven, la que subiendo sobre su lomo, quitóse el largo chal de lienzo azul que envolvia su talle; arrojólo con esfuerzo, y alcanzó á enlazar con él la copa de un arbusto; lo atrajo á sí, y asida á sus ramas salió de la sima.

En seguida arrastrando un árbol seco, traido allí cerca por las avenidas pluviales de los vecinos cerros, lo arrojó en el subterráneo, proporcionándose un descenso cómodo, por donde ha logrado extraer el tesoro que en una hora de liberalidad, el destino la obsequiara.

—En cuanto al relato mio, *si non è ben trovato, è vero.*

Habíame prohibido mi padre la lectura de los filósofos del sigto XVIII, y yo adoraba á Rousseau; rabiaba por leérlo, y buscaba para ello una ocasion, que jamas se presentaba.

Cierta noche de verano, desvelada por el calor, dejé la cama y subí á respirar en la azotea, el aire fresco que faltaba en mi cuarto.

La luna llena de Enero, brillaba con tan claro rayo, que pensé en el vedado autor y en la posibilidad de extasiarme en sus anheladas pájinas.

Bajé de puntillas; y de puntillas entrando en la biblioteca, púseme á buscar, á la luz de un fósforo el codiciado libro.

Mas; cuál me quedaria al oir derepente un enérgico—¿quién va ahí?—de mi padre, cuyo cuarto estaba inmediato!

Sobrecogida, y no hallando por dónde escapar, pues el fósforo habia caido de mis manos y me encontraba á oscuras, quise salir del aprieto con una chuscada; y á otra nueva interpelacion de mi padre—Soy—respondí ahuecando la voz—soy Juan Jacobo Rousseau.....y vengo á pedirte licencia para que me lea Merceditas.

—¡Filósoto entre dos aguas! progenitor sin entrañas esposo de una ¡Maritornes, haz la prueba de ponerte en manos de mi hija, demasiado pulcra para no arrojarte con repugnancia, por mas que estés ricamente encuadernado—respondió mi padre, con la voz tonante de un orador.

El silencio que sucedió al terrible apóstrofe me aterró, cual si se encontrara junto á mi el ilustre difunto.

—Y por supuesto, el libro se quedó en su sitio—observó álguien.

—¡Ojalá eso no mas hubiera sido--respondió la narradora—Pero la que admiraba á los descreidos inmortales del siglo XVIII creyóse entre las almas del purgatorio, y dió gritos de espanto que atrajeron á toda la familia, y la entregaron á sus burlas; por lo cual tomó el partido de desmayarse.—

....

VI

—Asómbrame—quedóse diciendo, cuando se hubo despedido la tertulia, una picaruela que pesca al vuelo todos los ridículos de la humanidad—asómbrame, cómo gentes que profesan culto tan fanático no erijen un templo á su divinidad.

—¿Qué divinidad es esa, tijerita viviente?

—El dios YO. ¿No has oido á la señora S., decir que la llaman la bella de las bellas? Y al doctor M. que nadie le aventajó nunca en el arte de persuadir? ¿Te fué posible colocar, ni con la punta de un alfiler, la mas pequeña frase de elogio á las poesías de R.? si ya él se lo habia dicho todo!....

Gran noticia! Mi prima organiza ya un baile de fantasía. Tendrá lugar en los espaciosos salones de su nueva casa, y á él asistirá toda la elegancia de Buenos Aires.

La muy maligna, en la intencion de brillar ella sola, guarda las invitaciones para última hora; mas yo, que lo he averiguado bajo cuerda, envié una circular anónima que puso en campaña á todo el mundo en busca de sus arreos.

Hoy todo está pronto; y el chasco de mi prima va á ser famoso.

Mi hermana que es *morocha* representará la Noche. Vestido de tul negro recamado de estrellas de plata sobre fondo celeste. Un velo del mismo color é idénticos adornos, descenderá de bajo una media luna de brillantes prendída en lo alto de la frente, cayendo en largas ondulaciones hasta la orla de la extensa cauda.

Al cuello llevará un gran brillante remedando la estre-

lla de la tarde, y cruzada al pecho una banda con los signos del Zodiaco, bordados con pedreria.

—¡Bellísima fantasia! Y tú?

—Yo? Desde luego, mirando mis detestables cabellos pensé que al menos, en esta ocasion, servirian de rayos á la Aurora.—

Frescas y encantadoras pláticas! *Sentada en las riberas de la vida* escuchaba yo enternecida las risas y gorgeos de esa bandada de blancas aves que se mecian en sus olas.

CLUB LITERARIO DE LIMA

«ANALES DE LA SECCION DE LITERATURA»

SESION DEL 4 DE FEBRERO DE 1875

En la noche del Juéves tuvo lugar en los salones de esta asociacion literaria, una actuacion muy interesante, así por su novedad como por su objeto

Congregados los miembros del Club y muchas otras personas notables, el Sr. D. Ricardo Rossel, Presidente de la Seccion de Literatura, abrió la sesion con las siguientes palabras:

SEÑORES:

Al abrir esta sesion notable por mas de un título, permitidme que os felicite y manifieste la profunda satisfaccion que siento al ver que nos haya sido dado cumplir la obligacion que nos impone nuestro reglamento de dar una conferencia anual de una manera tan poco comun como brillante.

Poco comun, porque debemos considerar como un acontecimiento literario muy importante, que el que debe llenar este deber sea uno de nuestros miembros que pertenece á la mitad mas preciosa de la humanidad. Brillante, porque cuando este miembro se llama Juana Manuela Gorriti, puedo asegurar que nuestras esperanzas

serán satisfechas de la manera mas completa y explén-dida.

Sí, vamos á escuchar á la ilustre escritora digna de los mayores elogios, no solo por su conocido talento, manifestado en las producciones con que cada dia nos hemos deleitado, sino porque ella ha influido poderosamente en que se desarrolle el gusto por las letras en la inteligente juventud que pertenece á su sexo.

Debemos pues creer que tan noble ejemplo, no dejará de tener imitadoras y que mas de una vez vendran á este modesto, pero augusto templo de las letras, algunas de las otras que dan lustre á la literatura peruana, á rendir su tributo, y á recoger los lauros con que, gustosos ornaremos sus hermosas cabezas, que no marchitan, ni los rigores de la edad, ni la mano del tiempo.

Agradezco, mientras tanto á nombre de la Seccion de Literatura, el primer paso dado en este sentido por la ilustre literata, en el seno de nuestra asociacion y ya que el destino debe alejarla de nuestras playas, temporalmente, viva segura de nuestros sinceros votos, que envueltos en las brisas del magestuoso Plata acariciarán su noble frente, y ellos serán el ósculo de nuestro verdadero afecto y el tributo de nuestra justa admiracion.

He dicho.—

En seguida la Señora Juana Manuela Gorriti, cumpliendo el ofrecimiento que tenia hecho al Club, leyó el siguiente trabajo:

Señores:

Desde que fuí llamada por vosotros al seno de esta ilustre corporacion, he anhelado venir á espresaros personalmente mi profunda gratitud por tan alta honra. Hoy,

que un incidente imprevisto me obliga á emprender un viaje, no he querido realizarlo antes de obtener el honor de esta audiencia, que llevaré como un timbre de gloria para mi humilde individualidad.

Si las circunstancias no me hubieran tomado tan de improviso, habria deseado dejaros un recuerdo de esta noche, en algun trabajo meditado, que correspondiera mas ó menos, á los grandes y nobles fines que este instituto se propone para el bien trascendental de la gran sociedad, en cuyo seno ha plantado sus raices fucundas y regeneradoras.

Mas ya, que no me es dado llenar este deber al grado de mis deseos, y al nivel de las altas miras que se traen á este recinto, permitidme consagrar unos breves momentos, no al desarrollo, histórico y filosófico de una idea que, hace largo tiempo, tortura mi mente; sino tan solo para llamar sobre ella vuestra atencion, si como yo, la encontrais digna de tomarla en cuenta. Porque siendo, el objeto de esta asociacion acojer y aclimatar toda idea nueva que, en la ciencia, en la literatura ó en el arte, tienda á elevar el tono moral del individuo y de las sociedades, debe serlo tambien, combatir las aberraciones y las falsas ideas que se apoderan de ellas, apoyadas por el prestigio de la costumbre, de la moda; y á véces sancionadas por la aparente necesidad de progreso.

Hablo, señores, de ese funesto empeño de enviar á nuestro hijos, en su temprana edad, á educarse en Europa, principiando por sacrificar, de antemano, los sagrados vínculos que unen al hombre con la familia y con el país natal.

Lejos está de mí, la idea de que la educacion en Europa, sea dañosa en general para la juventud americana.

Aquellos países son, en su historia, en su literatura, en sus monumentos, en sus génios, en sus hechos diarios, el modelo de la perfeccion humana, en todo sentido, así en

sus razas, como en sus progresos intelectuales, morales y materiales.

Allí está el gran laboratorio de los hechos y de las ideas que marcan el rumbo á la humanidad entera; y el jóven americano que va allá á estudiarlos, llevando el corazon y el alma formados ya, retemplados en el amor del hogar y en la severa sencillez de las costumbres republicanas, alcanzará sin duda, de esa contemplacion inmediata: provechosos frutos.

No así, el pobre niño á quien arrancan un dia al calor de la cuna, á los brazos de una madre, para embarcarlo, anegado en lágrimas, enviándolo, entregado á extraños, lejos de todo aquello que tiene custumbre de ver y de amar.

Arrojado en un mundo desconocido cuya lengua ignora, languidece, durante algun tiempo, amilanado, entristecido, en ese aislamiento doloroso.

Despues, con la ligereza inherente á la infancia, olvídalo todo: madre, familia, hogar. Arrójase en los brazos del primero que le sonrie; entrégale su alma; aprópiase las costumbres y gustos del país que habita; se empapa en ideas monárquicas, adquiere hábitos de lujo, de derroche y de sensualismo que lo hacen egoista; y cuando un dia vuelve á la patria, en vez de la santa alegria del regreso, trae el alma lacerada por el dolor de un doble ostracismo: Allá el ostracismo de la nacionalidad; aquí el ostracismo del corazon.

O bien, sediento de fausto, riquezas, de goces á todo trance, á toda costa, conviértese en instrumento de todas las tiranias que se levantan en el suelo americano, y es el resorte de las especulaciones mas fraudulentas, audaces y ruinosas. Autócrata en el poder, y comunero desenfrenado cuando está con el pueblo, inspira el crimen en los palacios y en las multitudes, dándole una atrocidad

elegante y científica de que carecen los hechos de barbarie de las tribus africanas.

Sé bien, señores, que examinar la condiciones peculiares de edad, raza, nacionalidad y familia, en que un jóven va á Europa; á la vez que aquellas en que trasportado allá, se le coloca en esas sociedades; y de que modo unas y otras, se convinan para producir los funestos resultados que acabo de exponer, seria un trabajo de alta psicologia y de la Ciencia Social, no menos honroso para su autor, que de profunda enseñanza para las naciones hispanos americanas y de sérias consecuencias para su porvenir. Pero, careciendo yo de las dotes necesarias para llenar debidamente esa digna tarea, al ofrecer á vuestras reflexiones un tema de tanta importancia para el presente, como para lo venidero, desahogo mi conciencia del peso de un deber, y mi alma de una idea que la aflije y la oprime.

Confio en que le dareis acogida preferente en vuestros trabajos humanitarios, por cuanto ella se relaciona con lo mas íntimo de la familia, con lo mas sensible del corazon humano, y, por una trascendencia inevitable, con la suerte futura de nuestras sociedades.

He dicho.

Terminada que fué la lectura de este discurso, el poeta colombiano Sr. Juan Francisco Ortiz, hizo leer al Sr. D. Vicente Holguin la siguiente composicion poética, que habia improvisado en honor de la Señora Gorriti:

A LA SEÑORA JUANA MANUELA GORRITI.

Una Musa, es una hermana
Sea chilena ó argentina
Como la Musa divina
Que la inspira á Doña Juana.

Y la mia colombiana
Aunque enferma y achacosa
En noche tan deliciosa
Quiere un verso improvisar,
Ya que no le puede enviar
De diamantes una rosa.

De diamantes la querria
Y que valiera millones
Y con veinte corazones
A sus plantas la pondría;
Válgame Dios que alegria
Sintiera mi corazon
Si en esta corta sesion,
Alcanzara á demostrarle
Que aquí he venido por darle
Pruebas de mi estimacion.

Nuestra vida es un conjunto
De « Sueños y Realidades, »
De mentiras y verdades
De bien y mal un trasunto;
Pero conviene hacer punto,
Callar será lo mejor
Cuando un Génio superior
Hoy, se presenta á animarnos
Y tambien á deslumbrarnos
Con todo su resplandor.

El señor Presidente del Club, Dr. D. Francisco Garcia Calderon, antes de levantar la sesion, se expresó mas ó menos en los siguientes términos:

Señora Gorriti:

Siempre ha procurado el Club atraer á su seno á las distinguidas escritoras que se consagran entre nosotros

al cultivo de las Letras; y por eso fué un dia á interrumpir vuestras labores, solicitando el valioso concurso de vuestra inteligencia. Ese concurso nos fué ofrecido en el acto, con la promesa de venir personalmente á leer uno de esos trabajos que recoge luego con avidez, y conserva con religioso respeto la literatura americana, que os debe tan importantes servicios, y por cuyo progreso trabajais sin descanso.

La circunstancia de haber sabido nosotros ayer solamente vuestra resolucion de leer una conferencia ántes de partir al Plata, nos ha impedido dar á este acto toda la solemnidad debida, y ha privado á muchos sócios del inefable placer de trataros y de escucharos; pero, llevad señora la seguridad de la profunda estimacion que os tiene el Club; de lo mucho que os agradece la iniciatíva que acabais de tomar, dando al bello sexo un ejemplo que muy pronto será imitado; y llevad en fin, los votos que haremos por vuestro pronto y feliz regreso á esta segunda patria, que os estima por vuestras virtudes, y os admira por vuestro talento.

Prueba elocuente de ello, es la concurrencia numerosa que ha asistido á este acto, sin haberse hecho las invitaciones de costumbre; prueba de ello es el interés con que se os ha atendido, y los aplausos que os han interrumpido durante la lectura.

He dicho.--

LEYENDAS ANDINAS

El secreto de los peñascos

~~EL CHIFLE DEL INDIO~~

I

Bernardo Quispe era un indio nativo de Chongos en la provincia de Jauja.

Avecindado desde su juventud en la montaña de Chanchamayo, poseia un pequeño trozo de tierra conquistado á fuerza de hacha y fuego, en la inextricable espesura de la selva.

Llenábanlo, un yucalito, un arrozal y algunos piés de maíz, que con un rancho sombreado por dos chirimoyos, constituian toda su fortuna, y el único recurso con que contaban él y su hija, la linda Lauracha.

Mucho era esto, en verdad, para la sóbria existencia del indio, á quien bastaban, una *chua* de *mote* y algunos granos de *tostado.*

Pero Lauracha era una mocetona exhuberante, de apetito despótico y antojadizo paladar, que hacia la mueca á esas sencillas viandas del pobre; que pedia las conservas esquisitas y las delicadas pastas saboreadas en los viajes que mas de una vez hiciera con su padre á Tarma y Jauja.

Y si solo hubiera sido aquello! Pero, Lauracha, desde-

ñando el faldellin y la *lliclla* de las hijas de su raza, codició las galas de esas pálidas beldades que Lima envia á la sierra, en busca de la salud.

Y ¡ extraño misterio ! el indio satisfacia aquellos caprichos, y regalaba á su hija con todos esos valiosos goces.

¿ Con qué los compraba ? Él nada poseia sino la exigua cosecha de su terrenito, apenas suficiente para la anual manutencion ; y aunque Lauracha era la niña de sus ojos—*querer es poder*—no pasa de ser una utopía.

Y no obstante, mientras el pobre indio vestia el viejo calzon de bayeta negra y la agujereada camiseta de *picote* ; comia un puñado de maíz y dormia, acurrucándose al lado del fuego, sin mas abrigo que la fronda de los chirimoyos, en el rancho habia para Lauracha un lecho con mullidos colchones, finísimas sábanas y cobertores de sedosa vicuña; una alhacena provista de dulces, y un armario donde el gró, el raso y el terciopelo ostentaban todos los colores, en vestidos que ella arrastraba entre la maleza de los bosques, cuando iba cada tarde, á visítar á sus amigas en los caseríos vecinos.

Allí, como en todas las haciendas de la montaña, el lujo de la jóven india era objeto de interminables comentarios ; de estrañas suposiciones. La pobreza de Bernardo y los valiosos arreos de su hija constituian un enigma que preocupaba á los habitantes de la comarca.

II

Muchas veces, el indio habia sido acechado y seguido, cuando con el hacha al hombro se internaba en la sélva ; pero los haces de leña con que salia cargado, y las frutas silvestres que llenaban su *quepi*, mostraban cómo habia empleado su tiempo.

Cansó, al fin, á los vecinos de Bernardo aquel inútil espionaje; y su curiosidad chasqueada, limitóse á, conjeturas que variaban á lo infinito.

Unos suponian que el indio habia encontrado una mina en *barra;* otros sospechaban la perpetracion de un robo; los mas, un pacto con el diablo.

Pero Bernardo Quispe era honrado y piadoso. Nadie podia quejarse de su integridad; y en cuanto á su conducta como cristiano, si su devocion no se manifestaba cual la de los indios acaudalados, con misas y oblaciones, ofrecíala á Dios como los pobres: en lágrimas y plegarias.

Mas ¿cómo si no tenia ofrendas para el templo, las prodigaba al ídolo de su casa, que resplandecia cubierta de joyas y telas preciosas?

Si entre los hacendados de la montaña se encontrára alguno que, por lo menos, no fuera pobre, de seguro, habríanlo dado por amante á la hija de Bernardo.

Pero, los pobladores de aquella agreste comarca eran una falange de indigentes; algunos de ellos, agricultores honrados, pero sin mas caudal que sus brazos: los mas, sibaritas arruinados en los placeres de Lima, que venian á ocultar en aquellos apartados parajes la vergüenza de su mala ventura.

III

Uno de esos fugitivos de la miseria, perdidos: rumbo, vela y lastre, en deshecho naufragio, pero jóven, buen mozo y adornado con el romántico nombre de Arturo, llegó un dia á la villa de Huancayo.

Dióse por agente de una sociedad científica enviado á

la exploracion de terrenos auríferos; y como tal, pidió datos á los habitantes del pueblo, que le suministraron muchos y muy importantes respecto á la existencia de vetas riquísimas en la vertiente oriental de uno de los ramales de los Andes, sobre los linderos de la montaña de Chanchamayo.

Pero si el bello Arturo buscaba oro en aquella antigua morada de cresos, no era *entre la oscura tierra*, sino en la blanca mano de sus herederas.

Arrullaban esta esperanza las dulces miradas que las lindas huancayinas dirijian al dandy, cuando, retorciendo su negro bigote se paseaba, azotando con el flexible junquillo la charolada bota, en la prolongada calle que divide en dos secciones el pueblo.

Mas, en tanto que se decidía á una eleccion, sus burlados acreedores de Lima, descubriéronle la pista; y una jauria de comisionados cayó sobre él, presentándole miriadas de letras á cuenta y cargo, por sumas que, reunidas, representaban un caudal.

Firmábanlas:—Bar, Chapelier, Brenner, Quintana, Broggi, Capella, Ramirez, Velasquez, esos *restaudores* del hombre exterior y del hombre interno.

Asaltado tan brutalmente en medio á su dorado ensueño, el bello Arturo recurrió á la calidad de agente explorador con que se habia decorado, y echando tierra á los ojos á sus perseguidores, dejó á Huancayo, donde las bellas lo echaron de menos, cada tarde, en el paseo de la calle larga.

Traspasó el ramal andino que separa la vega de los deliciosos valles cubiertos de selvas, que se extienden al oriente, y fué á vagar de hacienda en hacienda en la montaña de Chanchamayo, acojido con benévola hospitalidad por los habitantes de aquella apartada region, encantados con la presencia de un representante del mundo civilizado.

Las sencillas hijas de los plantadores contemplaban con admiracion la gallarda apostura de aquel jóven tan dife-

rente de sus agrestes novios. Juzgábanlo un ser de naturaleza superior á la suya, y no osaban alzar hácia él los ojos, cuando se encontraban á su paso en los senderos de la montaña.

El bello Arturo pasaba sin hacer atencion en ellas. Su pensamiento estaba lejos: en Lima; en sus bulliciosas calles; en sus perfumados salones; en las nocturnas fiestas de sus teatros poblados de beldades....

Una sombría desesperacion, la desesperacion del ostracismo se apoderaba del pobre dandy.

Los terrenos auríferos de su farsa veníanle á la mente en respladecientes mirages; y sus ojos buscaban, ávidos, el mágico metal, y lo pedian á las grietas de las peñas, á la arena de los arroyos....

IV

Una vez, entre las consejas de las campestres veladas, en torno al hogar de los plantadores, Arturo oyó referir la historia de la opulencia con que Bernardo Quispe rodeaba á su hija.

Al escuchar aquel relato, la gozosa exclamacion de Arquimedes relampagueó en su alma, y se exhaló en un suspiro que contenia mundos de esperanzas....

V

Lauracha habia oido á sus compañeras hablar del bello huesped venido entre ellas como un dulce paréntesis en la monotonía de su existencia.

El acento apasionado de esas confidencias produjo en la jóven india una impresion que hasta entonces érala desconocida. Sintió en el corazon un vacío inmenso, y un inmenso anhelo de llenarlo con una imágen que habia forjado su mente.

VI

Un dia que Lauracha, sola en el rancho, soñaba con ese misterioso ideal, recostada en su hamaca de plumas, un hombre se detuvo á la puerta y llamó suavemente en la estera de mimbres que cerraba la entrada.

Lauracha fué á descorrerla, y se encontró delante á un cazador que, apoyado en su fusil, la contemplaba.

Mas, apenas la jóven hubo fijado en él su mirada, un nombre, cual una exclamacion, se exhaló de su lábio.

—Arturo!

—Laura! ....

—Sabe mi nombre!

—Te amo!.......................................

....

VII

Lauracha está radiante. Nunca arrastró con tanto gusto, gracia y coquetería sus ricos vestidos á la vera de los setos, sobre los polvorosos caminos vecinales, provocando envidias y admiraciones. Nunca le pareció tan bello agradar y ser hermosa.

Hasta entonces habia sonreido solo á su imágen, cuando ante el espejo ensayaba sus galas: ahora sonreia al universo entero, que se habia tornado para ella un paraíso!

Mas ¿por qué la alegría de Lauracha entristecia á su padre, que habria dado su vida por verla contenta?

Ah! era que los ojos de Bernardo, al través del prisma del amor paternal, que es casi una adivinacion, veian lejos.....

VIII

Lauracha, envuelta en un peinador de blanquísimas blondas, reclinábase en su hamaca, meciéndose suavemente, entregada á un dulce desvarío.

—Laura!—murmuraba con acento apasionado—Laura!.... Qué bello es este nombre en sus lábios!.... Oh! ¿quién pudo darme el horrible de Lauracha?—

Y en tanto que ella rechazaba ese cariñoso diminutivo con que su padre la habia arrullado en la infancia, no lejos de allí, Bernardo, inclinado sobre el surco que su arado dejaba en pos—Lauracha! — exclamaba.

Y lágrimas se deslizaban por sus bronceadas mejillas y caian sobre la removida tierra.

IX

— Arturo! — gritó, de súbito, la jóven india, con una gozosa exclamacion, corriéndo al encuentro de su amante. Estaba esperándote.... ¿Sabes que cuando te acercas, algo, en la luz, en el aire y en mi corazon, me anuncia tu presencia?....

Pero.... ¡oh! Dios!.... Qué nube sombría oscurece tu frente?

— La duda! Laura, la duda!

—La duda! Yo no sé qué dice esa palabra: debe ser horrible!....

—Escucha. Anoche, mientras en alegre ronda bailabas con tus compañeras, cerca de mí, de en medio á un corro de espectadores, salió, mezclada á tu nombre, una

frase que hirió mi corazon con luz siniestra, despertando en él ese amargo sentimiento que se llama—*duda*—....
¿Comprendes ahora?

—¿Dudarias, acaso de mí, amado mio?

—Ah! Cuéstame confesármelo á mí mismo ¡Laura!.. .. Pero, dirije una mirada en torno tuyo—¿Qué ves?— te preguntaré yo; y tú habrás de responderme:—oro, seda, valiosas joyas—

¿Quién te prodiga esos tesoros?

—Mi padre!—respondió la jóven india, con el candor sereno de la verdad.

—Tu padre!—replicó el dandy con amarga sonrisa.

—Míralo allá abajo, vistiendo harapos, ocupado en echar unos pocos puñados de cimiente en su reducida heredad. Dí: puede aliarse tu lujo con su miseria?

—Pobre padre! Ah! nunca me detuve á pensar que, olvidándose á sí mismo, me consagrára todo el fruto de su trabajo!....

Mas ¿por qué sonries con ironía?.... Te alejas!.... Arturo! Arturo!

—Héme aquí. ¿Cuál es el orígen de tu opulencia?

—¡Ay! de mí! lo ignoro.... Sí; porque ahora, yo tambien, comienzo á ver en los dones de mi padre, un extraño misterio.... Pero, cualquiera que sea, yo lo develaré!

—¡Plegue al cielo que sea pronto! porque ¡ay! hasta entonces, tu vista seria para mí un suplicio.

El dandy se alejó con trájico ademan, pero llevando en el lábio una sonrisa de triunfo.

X

Lauracha se quedó apoyada en la puerta con la cabeza inclinada sobre el pecho :

Lloraba.

—Oro! seda! valiosas joyas!—decia con acento de profunda cavilacion. —En verdad! ¿con qué compra todo esto el pobre Bernardo Quispe, el mísero indio que, huyendo de la miseria vino á disputar á estas selvas un trozo de tierra para arrancarle su mezquino alimento? Con qué paga los caprichos de su hija que nunca detuvo la mente á pensar si acaso costaban un crímen?

Ah! yo recibia esos beneficios como se reciben los de la Providencia: sin indagar sus arcanos.

Mas hoy, forzoso es que penetre ese misterio y lo devele á los ojos de Arturo para disipar las sombras que ha aglomerado en su alma.—

XI

Desde ese dia, Lauracha se consagró á espiar á su padre.

Con la refinada astucia que caracteriza á su raza, seguiálo invisible por todas partes; ora arrastrándose como una culebra bajo la yerba de los sembrados; ora agazapada tras de los matorrales; ora oculta en la fronda de los bosques.

Nunca la malévola curiosidad de los vecinos del pobre Bernardo puso en juego tan activa vijilancia.

Pero, cual ellos, Lauracha nada descubria; nada que pudiera darle alguna luz sobre aquel extraño enigma.

Y el tiempo pasaba; y Lauracha sentia la desesperacion invadir su alma; porque Arturo, cada dia mas sombrío, llegaba á ella ceñudo, con el sarcasmo en el lábio; interrogábala con una severa mirada, y se alejaba sin dirijirla una palabra.

Ah! que diferencia entre ese *hoy* doloroso y el delicioso *ayer*.

Y Lauracha, pensando en la inutilidad de sus investigaciones para descubrir el tenebroso misterio que se alzaba entre ella y la dicha, lloraba lágrimas de rábia.

XII

Una tarde que, sentada en el umbral de la puerta, apoyando en la mano la mejilla, miraba el camino por dónde Arturo solia venir, Bernardo, que notaba su tristeza, hacia tiempo, halló la oportunidad de una esplicacion.

—¿Qué anhelo te aqueja, hija mia? la dijo—¿Te falta algo? Mañana saldré á comprártelo en los pueblos de la vega. Habla! dí: ¿qué deseas?—

Estas palabras de su padre fueron para Lauracha un rayo de luz.

Habíale seguido los pasos por todas partes: menos en sus viajes al exterior. Allá, sin duda encerrábase el fatal misterio que anublaba el cielo de su amor.

Un destello de esperanza brilló en el alma dolorida de la jóven india, y llevando á sus lábios una dulce sonrisa:

Ah!—exclamó, abrazando á Bernardo.—Este querido padre es adivino. Sí: estaba pensando en los dias del

verano que se acercan, y en mis vestidos de gasa desgarrados por las zarzas, y en la necesidad de renovarlos con unas preciosas muselinas, traidas el mes pasado á Jauja por un mercader de Lima. Pensaba en un sombrerito de paja blanca y cintas color de rosa para resguardarme del sol cuando bailemos en los prados.

¿Qué dices á esto, padre mio?—

El indio, sin responder á su hija, púsose á hacer sus aprestos de viaje.

Descolgó de las ramas del chirimoyo sus sandálias, sus escarpines; su *quépi*; la bolsa de su coca; el chifle de la chicha; y cuando llegó la noche; y su hija se hubo recojido, despidióse de ella, diciéndola que iba á partir antes que viniera el dia.

Lauracha se despojó de sus bellas ropas; y apagando la luz, para ocultarse mejor, vistió el *hannaco* de las indias de la puna, cubrió sus hombros con una *lliclla* negra, la cabeza con una montera; calzó sandálias como su padre, y veló acechándolo, pegado el ojo á la rendija de la puerta.

XIII

Al mediar de la noche, el indio, alzándose del lado del fuego, echó el *quépi* á la espalda; cruzó al pecho, en bandolera, la correa de su chifle, y dando una mirada recelosa en torno, echó á andar, perdiéndose entre las tinieblas.

Pero, Bernardo no iba solo: su hija lo seguia, deslizándose en pos suyo, silenciosa y leve como una sombra.

Mas, con grande asombro de Lauracha, su padre, en vez de tomar el camino de las alturas, internóse en la selva, dirijiéndose hácia al norte, por el lado donde uno de los infinitos ramales de los Andes, desciende y se pier-

de, en agrupados peñascales, bajo la fronda de los bosques.

Al tocar con las primeras rocas de aquel recóndito paraje, el indio cayó postrado en tierra; y Lauracha lo oyó gemir, invocando el nombre de *Pachamama*.

Alzóse luego, y siguió su camino entre un dédalo de riscos que se enclinaban los unos sobre los otros bajo el espeso ramaje.

El indio caminaba con paso quedo, como el que teme ser sentido.

De repente, Lauracha vió que su padre se detenia ante una masa de sombra.

Era la boca de una caverna.

El indio, con ademan cauteloso, vertió tres veces en el hueco de la mano la chicha de su chifle, y otras tantas, roció la tierra en torno. Esparció sobre esas libaciones un puñado de hojas de coca, y penetró en las tinieblas del antro.

XIV

Lauracha se quedó oculta entre el follaje de una enredadera, á pocos pasos de la caverna, trémula y el corazon palpitante, al choque de encontrados afectos.

Allí estaba encerrado el misterio que buscaba; pero ¿érale dado á ella develarlo sin traicionar á su padre?

—No; mas ¿érale posible soportar, sin morir de dolor, el desvio de su amante?

¿Y el deber filial?

¿Y el amor de Arturo?

Estas reflexiones pasaban confusas por su mente; pero á este último argumento que apareció, neto y terrible, á su alma, Lauracha no vaciló.....

XV

El indio salió de la caverna y se alejó con el ademan temeroso y el rápido paso de un delincuente.

Lauracha se precipitó entre las sombras del antro, que un ténue rayo del alba comenzaba á iluminar.....

Si Bernardo no estuviera ya lejos, habria oido una extraña exclamacion de su hija.....

Lauracha salió de la cueva con los cabellos erizados; pero radiante el rostro.

Fácil le fué seguir los pasos á su padre por el camino que ella se trasara con hilos arrancados á la trama de su *lliccla*, y puestos como señales sobre las ramas de los árboles.

Al llegar á los linderos de la selva Bernardo se detuvo:

Sentóse en una piedra; apoyó sobre la rodilla su chifle pendiente de una correa de cuero; y bajando la cabeza con ademan natural, dirijió una mirada de reojo á la profundidad de la fronda.

Pero nada descubrió, ni oyó rumor alguno, si no era el canto de las aves á las rosadas luces de la aurora.

El indio se levantó, cruzó la tierra labrada por entre los setos de los sembrados, dirijióse al oeste, y tomó el rocalloso camino de la cordillera.

Cuando hubo entrado en la primera hondonada, detúvose de nuevo. Despojóse del sombrero de alpaca blanca, del *quépi* y del chifle de chicha, que dejó ocultos entre un matorral; envolvióse en su poncho negro, y se puso á escalar una peña que, en forma de pirámide, alzábase dominando una grande extension del paisage.

Al llegar á la cima, arrastróse, pecho en tierra, como un reptil, y desapareció entre las escabrosidades del opuesto borde.

XVI

Lauracha que, á su vez habíase detenido, y acechaba á su padre, al verlo tomar el camino de la sierra, salió del bosque y corrió deshalada hasta el rancho.

Arrojó lejos de sí, *hannaco*, *lliclla*, montera y sandálias; calzó un lindo coturno de razo, vistió sus mejores galas, y miróse al espejo con orgullosa complacencia. Estaba hermosa cual en los primeros dias de su amor.

—Arturo!—exclamaba—Ah! por qué no está aquí para saber, que Bernardo Quispe puede comprar el Perú; y su hija llevar los atavíos de una reina!—.........

Hablando así, la jóven, india, poco antes, amante sumisa, doliente y llorosa, sonreia con un dejo pronunciado de soberbia.

Un grito la interrumpió; y Lauracha vió la imágen de su amante dibujarse detrás de la suya en el cristal del espejo.

Arturo la escuchaba.

El arruinado dandy sintió tan fuerte golpe de gozo en el corazon, que cayó á los piés de la india.

—Habla!—decia, estrechando sus manos—Tu semblante me anuncia que has penetrado, al fin, en el misterio que yacia como un abismo entre nosotros. ¿Quiés es Bernardo Quispe? ¿Cuál es la palabra del extraño enigma que os envuelve?

—Sígueme—respondió ella, arrastrándolo en pos suyo.

Los hilos de la *lliclla* de Lauracha, pendientes de las ramas, guiaban á los dos amantes, que asidos de las manos, palpitantes, silenciosos, corrian con la rapidez que les permitia la espesura de la selva.

Un mundo tumultuoso de pensamientos se afilaba en la mente de ambos. De vez en cuando, el dandy fijaba una mirada ávida en los ojos de Lauracha, procurando leer en ellos el sentido de las misteriosas palabras de la india, que relampagueaban en su espíritu.

Lauracha atravesó, hollando con pié profano el sitio donde su padre se prosternara, á la entrada de los peñascales; y asida á su amante, apresuró el paso y penetró con él en la caverna, que á esa hora el sol naciente alumbraba con un alegre rayo.....

XVII

Todo cuanto el dandy, pudiera imaginar de extraño, magnífico y terrible, quedara muy atrás ante el espectáculo que se presentó á sus hojos.

En toda la vasta extension de la caverna, apoyados á la roca, mirábase una línea de esqueletos.

Sentados en la actitud de la momia, tenia cada uno delante de sí, su arco, sus flechas, y un enorme monton de gruesas pepas de oro.

Aquella sucesion infinita de aglomeraciones auríferas que el rayo de sol hacia resplandecer en la oscuridad del antro, bajo los ojos vacios de los esqueletos, formaba un cuadro extrañamente fantástico.

Arturo se creyó, de pronto, juguete de una pesadilla.

—Laura—exclamó—dime que estoy despierto, y que la maravilla que contémplo no es la vision engañósa de un sueño !—

Y sus miradas devoraban aquellos tesoros

La india sonrió con aire de triunfo.

—¿ No es verdad amado mio—le díjo—que mi lujo era

miseria, y que mi padre se quedaba corto en sus dones?—

El dandy no le escuchaba: su mente estaba lejos.

—¡Millonarios sin dinero!—murmuraba—ricos á crédito, que despues de haberme explotado me despreciabais, yo os haré ver lo que es riqueza!....y caereis á mis piés. Y vosotras orgullosas beldades: Luisa S. Rosa M. Emilia G., que cerrasteis vuestros salones á Arturo el arruinado; Arturo el opulento los abrirá con llaves de oro, y os aprisionará con lazos de brillantes.

Y tú,—ciudad de los mágicos ensueños!—¿qué placeres deliciosos me guardas, en recompensa de los magníficos palacios de mármol con que embelleceré tu encantado recinto?—

Y arrebatado de gozoso entusiasmo—¡Lima!—exclamó—¡Lima!....

—Lima!—repitió Lauracha—¡Lima! anhelo de toda mi vida! muy luego, rodeada de todos los esplendores de la dicha: riquezas, juventud, amor, seré la reina de tus fiestas, y la envidia de tus hijas, esas beldades de tez nacarada y sedosas cabelleras, que dejan en pos de sí una atmósfera perfumada. Oh! Arturo mio, imagina los inmensos goces que nos prepara el destino!.... Ah la felicidad abruma como el dolor. Vamos á respirarla entre el aroma de las flores y la luz del cielo......—

Y arrastraba al extasiado dandy fuera de la caverna. Mas al llegar á la entrada, Lauracha exhaló un grito, de espanto y retrocedió......

De pié, y los brazos cruzados sobre el pecho, severo, y mudo, Bernardo Quispe estaba delante de ellos.

XVIII

—Padre!—exclamó Lauracha, pasado el primer momento de pasmo. Y arrojándose al cuello del indio ocultó el rostro en su pecho.

—¿Temeraria!—replicó él, apartándola de sí con despego. ¿No sábes que los secretos de los padres son sagrados para los hijos? no sábes que la morada de nuestros muertos es un santuario vedado á un blanco, y nuestras riquezas un misterio que no deben contemplar sus ojos?—

Lauracha estaba anonadada. De rodillas y las manos suplicantes, —¡Perdon, padre!—exclamaba—Lo amo; y él dudaba de mí: el lujo que me prodigabas le hacia sombra.

—Amor paternal!—exclamó Bernardo con acento de honda contricion—amor paternal, cuánta debilidad encierras!...... Todos tres hemos sido culpables!.... Acercaos, hijos mios, y redimamos nuestro crímen con una libacion expiatoria.—

Arturo, que resuelto á defender aquellos tesoros á costa de su sangre, se mantenia erguido, buscando con los ojos una arma, serenóse al escuchar las mansas palabras de Bernardo. Acercósele con semblante afectuoso, y le pidió perdon por su involuntaria falta.

El indio, sin responderle, púsose á destornillar la parte posterior de su chifle, que una segunda base de madera negra, dividia en dos secciones.

Hecha esta operacion, el recipiente se trasformó en dos vasijas.

La parte inferior era un vaso lleno de pepas de oro; la superior, una copa rebosante de espumosa chicha.

Bernardo arrojó aquel á tierra.

—He ahí—dijo á su hija el precio de tu opulencia y de mi pecado—

Luego fué á tomar de uno de los carcaxes colocados ante los esqueletos, una saeta ornada de vistosas plumas; removió con ella el chispeante líquido, y presentándolo á Arturo—Bebed—le dijo este licor de mis padres, á fin de aplacar sus sombras y hacer propicia á *Pachamama.*—

Y en tanto que el dandy bebia, un relámpago de sombrio gozo fulguró en los ojos del indio.

Mas cuando de los lábios de aquel pasó á los de su hija, temblóle la mano y una palidez mortal cubrió su semblante.

En seguida, apurando él mismo el resto de la copa:

—Ahora,—continuó—escuchad la historia de estos tesoros y la de la heróica fidelidad de aquellos, cuyos restos parecen guardarlos todavia........

Era en aquellos dias de iniquidad, cuando los pérfidos blancos tenian al Inca prisionero, cargadas sus augustas manos de cadenas....—

Hablando así, la voz del indio era sombría, casi lúgubre.

Arturo y Lauracha sentian que un sudor frio inundaba sus sienes.

El indio continuó:

—Miéntras que en la sombra afilaban el hacha para sacrificarlo, sonréianle con rostro amigo, y le ofrecian la libertad á trueque de un rescate.

El Inca los creyó: Hijo del Sol, no podia sospechar la obra de tinieblas............

—Padre!—exclamó Lauracha—tus palabras me hacen daño! Una dolorosa ansiedad oprime mi pecho....y.... Mirad: Arturo palidece tambien!—....

El indio sonrió amargamente, y repitiendo su última

frase -- Creyólos el Inca—prosiguió—y envió mensageros á todos los países del Imperio en demanda de oro.

Y muy luego nuestros aéreos caminos de las alturas, tornáronse otras tantas hileras de hombres que en direccion al norte caminaban, cargados del funesto metal causa de nuestra ruina......

Pero, menos crédulos que el Inca, llevaban, tambien, ocultas, previendo el caso de traicion armas para libertarlo.—

Un suspiro fatigoso cortó la voz al indio, que apoyándose en las paredes de la caverna, al lado de un esqueleto—Estos—continuó—ó mas bien, aquellos que esos helados despojos animaron, empleadas dos lunas en la extraccion de los tesoros que veis, llevábanlos, segun el mandato del Inca á la gran cancha del palacio de Cajamarca, que debian llenar hasta la señal trasada por el cetro imperial en la muralla.

Caminaban noche y dia sin detenerse ni aún para mojar el sediento lábio en su paso al través de las cristalinas corrientes....

Mas al trasponer las cumbres de Huairos un grande lamento llegó á sus oídos, traído en álas de todos los vientos, desde el setentrion al mediodia—El Inca ha muerto!—gemian las altas cimas—¡ el Inca ha muerto!—clamaban los hondos valles.

Los caminos quedaron desiertos: aquellos que en inmensas multitudes, cargados de oro los surcaban, dijeron á los peñascos—¡ Abridnos vuestros antros, para ocultar los tesoros del Inca, á la rapacidad de sus verdugos, y morir de dolor!................

Y los peñascos abrieron sus entrañas y guardaron su secreto.—

El indio se interrumpió otra vez y pasando la mano por su frente, enjugó el sudor que la bañaba.

—Padre!—dijo Lauracha con voz ahogada—tengo

frio !........tengo miedo........¡ Ah !....mirad....Arturo palidece mas, todavía !....

El indio, haciendo un supremo esfuerzo, atrajo hácia sí á su hija, cuya cabeza cayó inerte sobre sus rodillas.

Y fijando en Arturo una mirada en que al través de la sombras de la muerte brillaba un destello de ódio.

—Estos tambien—dijo señalando la línea de osamentas—estos tambien, cual tú, palidecieron mas y mas, antes de llegar al estado en que ahoran yacen, teniendo delante, inútiles, sus tesoros y sus armas impregnadas de mortal ponzoña........

—Envenenado—balbuceó el dandy cuya lengua helada empezaba á paralizarse.

Y arrastrándose sobre sus trémulos miembros, lanzóse fuera de la caverna.

El indio, viéndolo alejarse se sonrió con rencorosa ironia..

XIX

Una banda de cazadores que, en persecucion de un gamo, cruzaba la selva, encontró tendido en tierra y moribundo á un hombre que, en sus últimas palabras, refirió el trájico desenlace de esta historia.

....

Los habitantes de aquellos valles exploraron hasta en sus mas recónditos parages, la selva y los aglomeramientos de rocas, sin encontrar indicio alguno de la caverna.

Como el indio habia dicho, los peñascos guardaron su secreto

INDICE

COINCIDENCIAS:

LEYENDAS BÍBLICAS:

ESCENAS DE BUENOS AIRES: